ÓSCAR
VELA
LAS
MÁSCARAS
QUE
HEMOS
SIDO
Planeta

Óscar Vela

Las máscaras que hemos sido

Planeta

© Óscar Vela, 2022

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Diseño de cubierta: Departamento de Diseño Grupo Planeta Colombia

Primera edición: noviembre de 2022
ISBN 13: 978-628-7568-82-2
ISBN 10: 628-7568-82-8

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Stefi, con amor
A mis padres, con gratitud
A mis hijos, con esperanza

No se puede ser y no ser algo
al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto.
ARISTÓTELES

Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo
y todo es del olvido, o del otro.
No sé cuál escribe esta página.
JORGE LUIS BORGES, "BORGES Y YO"

Contenido

PRÓLOGO
ANÍBAL
CLARA VERÓNICA
JERÓNIMO
YOLANDA
ALEJANDRA
DANIEL
VICTORIA
ROCÍO
APOLIÓN
ENCARNACIÓN
MOARRY
JIŘÍ
MARCO ANTONIO
CARLITOS
LAS MÁSCARAS QUE HEMOS SIDO
- I. AMADO
- II. PILAR
- III. IRENE

PRÓLOGO

Este libro, que reúne doce cuentos y tres relatos, fue concebido hace algo más de veinte años alrededor de una idea común: los secretos inconfesables que guardamos todos los seres humanos, nuestras máscaras, nuestra doble vida.

Y es que no existe persona alguna que no oculte algo en su interior, quizás simples trivialidades o vergüenzas, aunque lo más frecuente, lo normal incluso es que resguardemos con celo absoluto esas mañas, vicios, episodios turbulentos o aquellas perversiones que nadie jamás llegaría a conocer por nuestros propios labios, ni siquiera esa gente que es más cercana o confiable, pues esa misma confianza podría quebrarse de pronto de forma irremediable si el azar, la mala fe o la crueldad de alguien descubriera un mal día alguno de los pasajes oscuros de nuestra vida. O sí, en un momento de debilidad o de arrepentimiento, en un instante de locura, de riesgo, dolor o miedo, llegásemos a confesar por boca propia nuestras más profundas intimidades.

La historia de Aníbal, el celador de El Paraíso, que encabeza este libro, es también la más antigua de las que escribí sobre la idea central de los secretos inconfesables, aunque entonces tan solo se trataba de un esbozo preliminar sobre algo que tomaría muchos años (nunca imaginé cuántos) en ser terminado.

Durante todo ese tiempo cada uno de los personajes y sus máscaras nació por circunstancias diversas. “Clara Verónica”, por ejemplo, se gestó inicialmente gracias al dibujo de Rocío Pozo, una artista cuencana que retrató a una mujer delgada, frágil, vulnerable, que hacía trucos de magia en las calles para sobrevivir. El cuento “Yolanda” nació en París, en la Gare d’Austerlitz y dos estaciones de metro comunicadas por un pasadizo que parece estrecharse de tal forma que ya no será posible salir nunca de allí; o “Jerónimo”, que se gestó en un viaje por carretera cuando un amigo, en tono confesional, pronunció

de pronto esas desgarradoras palabras que repite el protagonista del cuento al inicio de esa historia: "*…todos los homosexuales hemos sentido alguna vez el impulso de matarnos".*

"Alejandra", por ejemplo, es un homenaje al invento más bello que ha surgido del ser humano, el libro, y, por supuesto, también a las bibliotecas. Pero además es una muestra de respeto y admiración por algunos de los grandes maestros de la literatura que me han acompañado en la vida, desde Juan Rulfo hasta Elías Canetti, pasando por Benet, García Márquez o Kawabata, escritores espectrales que en este cuento se abrieron paso de forma espontánea, casi caprichosa, para ocupar alguno de los anaqueles de esa biblioteca que atesora una pareja de ancianos entregada a la lectura.

Otras historias como la que cierra esta compilación, "Las máscaras que hemos sido", es la única que lleva un título común para tres personajes entrelazados por una misma tragedia: Amado, Pilar e Irene. Este cuento surgió de una extraña obsesión que he tenido desde hace varios años, quizás resultante de un sueño o de algún temor oculto, sobre esos largos pasadizos de los aeropuertos en los que se cruzan las personas que se van y que llegan, y que solo pueden verse o acaso reconocerse durante un instante, un par de segundos cuando más, a través de un vidrio impenetrable, insonoro e imposible de ser franqueado. Sobre el título de este cuento, que es además el del libro, como en varias de mis obras anteriores, ha sido tomado (parafraseado y fragmentado arbitrariamente en este caso) de un poema de Borges, "Piedras y Chile", que dice en uno de sus versos: "Absuelto de las máscaras que he sido, seré en la muerte mi total olvido".

Decía al inicio de este breve prólogo que el libro encierra cuentos y relatos. En los primeros, además de los citados, aparecen también ciertos espectros que me acechan desde el pasado ya sea como parte de la realidad o como personajes de novelas de los que, al parecer, no he logrado distanciarme del todo: criminales, víctimas, dementes, proxenetas, mujeres abusadas, pederastas, infieles, enamorados, corruptos…

Y, en cuanto a los relatos, "Daniel", "Encarnación" y "Jirí", son parte de este libro porque sus historias me impactaron en algún momento de la vida de forma más o menos cercana o incluso familiar, pero, sobre todo, porque sus personajes se

llevaron consigo, aposta o de forma accidental, muchos de los secretos que solo la literatura, este inmenso archivo del alma humana, se atreve a veces a desentrañar.

ÓSCAR VELA DESCALZO
QUITO, JUNIO DE 2022

ANÍBAL

Aníbal, el celador de El Paraíso, era un hombre obediente y cerril. Los últimos treinta años había cumplido con rigor las órdenes que dejó su amo antes de marcharse a una expedición de la que aún no retornaba.

En ese tiempo muchas cosas habían cambiado en El Paraíso: la casa de hacienda, clausurada, envejecía fatalmente; las extensas heredades del amo habían sido invadidas de forma progresiva por centenares de forasteros que recalaban en los valles cercanos al volcán en busca de tierra fértil y agua abundante; por el contrario, los sirvientes del amo —indios y mestizos con sus respectivas proles— emigraban a las ciudades sin que se volviese a saber de ellos.

Treinta años después, permanecían en la casa principal, solamente el celador y los condenados que habitaban la prisión de El Paraíso.

Cada mañana, invariablemente acompañado de la vieja escopeta Mossberg del amo, cargada siempre con sus dos cartuchos, el celador recorría las celdas subterráneas en las que se mantenía detenidos a media docena de indígenas por fechorías mayores —así dictaminadas por las leyes orales de El Paraíso: abigeos, estupradores, pedófilos, ebrios consuetudinarios, ladrones, habían recalado por más de tres décadas en los oscuros intestinos del latifundio. En aquel lugar recibían, con toda puntualidad, de parte del celador, los alimentos de la tierra y la arenga general respectiva para expiar los pecados y lavar sus culpas.

"*Confinados han sido a este lugar de infortunio por pecadores. Solo el arrepentimiento y la bondad infinita de nuestro amo los liberarán…*".

Para entonces, la mayoría de los prisioneros ya no sabían con certeza cuál había sido su culpa ni el término de la condena impuesta por el amo. Se limitaban a sobrevivir en la penumbra

húmeda de sus mazmorras aguardando como un regalo del cielo el momento en que el celador —su único contacto con el mundo exterior— abría aquella portezuela y dejaba pasar la luz del sol con los alimentos diarios.

Por supuesto que hubo entre los prisioneros, alguna vez, inconformes e indisciplinados, cuestionadores e insurrectos, pero incluso ellos, con el tiempo, entraron en ese letargo que solo el aislamiento absoluto es capaz de brindar a los seres humanos. Así, entre la primera y la segunda década de reclusión, los diálogos personales con los que aún hablaban se desarrollaban más o menos como
el que sigue:

PRESO 1: ¿Tú quién eres?

EL CELADOR: El celador de El Paraíso. ¿Acaso ya no me recuerdas?

PRESO 1: No. ¿Por qué tendría que recordarte?

EL CELADOR: Quizá porque he venido aquí cada mañana desde hace años…

PRESO 2: ¿Y para qué vienes aquí, tanto te gusta este lugar?

EL CELADOR: Debo hacerlo, cumplo con mis tareas cada día, puntualmente…

EL CELADOR (DIRIGIÉNDOSE AL PRESO 3): ¿Y a ti te gusta este lugar?

PRESO 3: No sé, supongo que está bien, tengo paz…

EL CELADOR (DIRIGIÉNDOSE AL PRESO 4): ¿Y tú no desearías ser libre?

PRESO 4: ¿Por qué debería desearlo?

EL CELADOR: No sé, quizá porque yo soy libre…

PRESO 4: Tú no eres libre, debes cumplir tareas, debes venir cada día aquí, lo acabas de decir. ¿Acaso podrías este instante tomar un camino cualquiera y marcharte para siempre?

EL CELADOR: No, debo cumplir con las tareas que me encargó mi amo…

PRESO 3: Entonces no eres libre…

EL CELADOR: Pero yo puedo mirar el cielo, el sol, las estrellas, todas las cosas hermosas que tiene El Paraíso.

PRESO 2: ¿Y de qué te sirve mirar todas esas cosas si no son tuyas, le pertenecen al amo, al dueño de tu libertad?

Llegaba un momento en que el celador ya no respondía, se limitaba a dejar los alimentos en las celdas y subía presuroso los

escalones. A pesar de que su amo nunca le prohibió dialogar con los presos, a partir de cierta época, entre la segunda y tercera década, el celador resolvió mantenerse en silencio al entrar en la caverna, pues no se sentía cómodo con las extrañas interrogantes e imprecaciones de los que habían perdido la libertad y conservaban aún el don de la palabra:

PRESO 1: ¡Oye, tú! ¿Podrías decirme quién soy?

…

PRESO 2: ¡Eh, esclavo! ¿Queremos conocer a tu amo?

…

PRESO 3: ¡Pecados! ¿Qué pecados hemos cometido en este encierro?

…

PRESO 4: ¡Cuéntame un cuento, por favor, uno de esos en los que aparecen el cielo y las estrellas de tu amo!

Normalmente todo terminaba en estruendosas carcajadas que se estrellaban contra las paredes de adobe de la prisión, multiplicadas por un eco que al celador le resultaba insoportable.

En el transcurso de la tercera década, el celador notó que las preguntas y exclamaciones disminuyeron casi por completo, y, a la vez, el comportamiento de los detenidos se orientó notablemente hacia la calma y el sosiego, con grandes expectativas —pensaba él, recordando las palabras enrevesadas de su amo— de alcanzar en poco tiempo la *condición de seres humanos redimidos*. El celador encontró en esta reacción natural de los prisioneros la prueba fundamental de la sabiduría de su amo.

El celador fue siempre un hombre robusto como el tronco de un eucalipto centenario, y jamás enfermaba, pero una noche, sin mediar motivo alguno, fue asaltado por fiebres altas y pesadillas.

"*Te recuerdo que eres el celador de El Paraíso. He confiado en ti para que se cumplan mis órdenes y nadie, jamás, sea liberado sin cumplir con su proceso de expiación*".

Entre desvaríos, sudores y desvelos, el celador no logró despertarse hasta bien entrada la mañana. Cuando se levantó del camastro, extrañamente, no recordaba uno solo de los malos sueños que había sufrido en la noche, pero las palabras de su amo flotaban en su mente con total claridad. Al salir de su choza notó que el sol golpeaba de forma perpendicular su cabeza. Se estremeció. Sabía que aquel aciago suceso y el retraso

injustificado le ocasionaría problemas serios con su amo cuando este volviera. Aunque se sentía abatido por el castigo que le sobrevendría, efectuó las labores diarias con mayor diligencia y presteza. Le llamó la atención que ninguno de los presos hubiera protestado hasta ese momento por el atraso en la entrega de los alimentos y la ausencia del sermón general matutino. Confirmó, una vez más, la sabiduría de su amo por el grado superior de paciencia y humildad que los condenados de El Paraíso habían adquirido en la reclusión.

Apenas despuntaba la tarde cuando el celador llevó los alimentos a los detenidos. Abrió la portezuela recostada en el patio central de la casa y descendió, como siempre, contando los catorce escalones de tierra que conducían a las mazmorras. No obstante, el celador supo de inmediato que algo extraño sucedía en las celdas aquel día, pues, según bajaba por los escalones numerándolos como procedía, un fantasmal rayo de luz se filtraba en contrario buscando la salida por la portezuela que él acababa de abrir. Aceleró el paso abruptamente sin dejar de contar y terminó cayendo de bruces en el terreno frío del pasillo que separaba las mazmorras. Se desparramó la olla del potaje y causó un gran estrépito que no produjo eco alguno ni se estrelló con los muros terrosos de la caverna, pues el ruido escapó, igual que lo habían hecho los presos, por el gran orificio que brillaba como una siniestra puerta abierta en la pared trasera de la celda.

El desconcierto del celador se reflejó en resplandores intermitentes que emitían sus ojos llenos de ira y lamentaciones cacofónicas multiplicadas por cada una de las celdas abiertas y por todas las cerraduras usurpadas. Alguien, desde afuera, había ayudado a los prisioneros a escapar. En su ofuscación, y hasta el final del penoso recorrido, el celador no se percató de que en la celda número uno aún permanecía el detenido más antiguo de El Paraíso. El viejo, arrinconado a horcajadas en una esquina, temblaba por el inusual estrépito ocasionado aquella tarde.

En actitud ofensiva, el celador verificó que la cerradura de la celda también había sido abierta. Con la voz pedregosa, iracundo, gritó:

—¿Y tú por qué no te has largado también con esos malditos?

Tras un breve momento de silencio, el celador preguntó otra vez:

—¿Te das cuenta de que eres cómplice de esta fuga, de que

has ofendido al amo?

Pero el prisionero primero no respondió, no dijo una sola palabra. Quizá ya no recordaba cómo hacerlo. En lugar de voces o sonidos, su cuerpo se replegó instintivamente intentando fundirse con la gruesa pared de adobe de su celda.

Durante toda la noche el celador meditó sobre los acontecimientos del día y las consecuencias nefastas que traerían a El Paraíso. De no tomar medidas oportunas, el caos podría apoderarse de las tierras del amo y solamente él sería responsable. En la madrugada, el celador escuchó la voz del amo reprendiéndolo y conminándolo a cumplir la ley no escrita de El Paraíso:

¡Te lo advertí! Nadie podía escapar de El Paraíso sin haber cumplido su condena. ¡Tu deber es reparar el daño causado!

Finalmente, el hombre durmió un par de horas.

Unos días después, estando el celador en sus últimos momentos de agonía, en medio de la sórdida penumbra de esa celda que lo recluía por propia voluntad, pensaba en el preso primero que yacía a la intemperie, al pie del paredón de fusilamiento, en el patio central de la casona, perforado por varios perdigones de los cartuchos disparados por la vieja Mossberg. Lo imaginaba tumbado de cara al cielo de El Paraíso, con los ojos cerrados y el rostro fruncido por el sol incandescente que no había visto durante tanto tiempo. Lo imaginaba pudriéndose, pero entre todas esas imágenes se filtraba la de su amo que debía volver de un momento a otro, y entonces abriría esa puerta, y un rayo de luz penetraría en el espacio negro de la prisión. El amo descendería los catorce escalones para encontrar los restos de su celador, siempre obediente, ocupando la primera celda de El
Paraíso, una celda inviolable, hermética, restaurada para que nadie, jamás, pudiera salir de ella.

CLARA VERÓNICA

Ella ha vuelto a desaparecer en su sombrero. En esta ocasión me parece que ya no volverá. Me encuentro solo, una vez más, a pesar de que hace apenas unas horas nos amamos con pasión renovada, como la primera ocasión, como cada noche desde que Clara Verónica llegó a mi vida.

La madrugada es oscura y espesa. En la habitación todavía flota una nube de humo provocada por los últimos cigarrillos que fumamos juntos. Nos habíamos dormido abrazados, desnudos, anestesiados por el torbellino de aromas que aún exudaban nuestros cuerpos después
de hacer el amor. En los últimos momentos de oscuridad, poco antes de que ella se levantara, tuvimos una discusión. Creo que mis gritos la asustaron. Mis manos intentaron retenerla. Mis manos…

Su último truco ante mí fue evaporarse. Se esfumó entre mis dedos mientras la sujetaba con todas mis fuerzas. Segundos más tarde, solo lograba intuir sus fugaces movimientos para regresar a la galera: primero un pie, el izquierdo, y luego el derecho, que se introducía siempre con una ligera contorsión de bailarina. Después, elevó los brazos por encima de su cabeza, flexionó ligeramente las piernas y desapareció.

Recuerdo con amargura la tarde en que la conocí. Yo caminaba por el centro de la ciudad. Acababa de cerrar el bar y volvía a casa. Hacía frío y amenazaba con llover. En una esquina, al pie de la vieja iglesia, me detuve ante el semáforo en rojo. Ahí la descubrí. Llevaba un sombrero raro, como un cono invertido del que salía una cinta larga y tiesa que se enroscaba a un lado y le daba un aire divertido. Se había hecho unas trenzas rematadas con pequeñas bolas de colores. La falda era amplia y antigua, llena de encajes y vuelos, pero el vestido ceñía su cuerpo mostrando dos senos grandes que se bamboleaban con sus movimientos cuando lanzaba las pelotas al aire y jugueteaba con

ellas haciéndolas girar. Luego las reunía entre sus manos y, súbitamente, se esfumaban. Al terminar su acto caminaba entre los automóviles extendiendo su mano. Su truco era bastante bueno y su aspecto, encantador. Gracias a esto recibía generosas recompensas. Me quedé allí, de pie, mirando sus trucos hasta que anocheció.

Antes de retirarse, empezó a recoger sus bártulos en una bolsa de tela. Aproveché la oportunidad para atravesar la calle y acercarme a ella. Le di una moneda. Me miró mientras seguía guardando las cosas y agradeció con voz cascada. La luz de una farola iluminó su rostro blanco de rasgos delicados. Sus ojos eran de un color terroso, opacados de algún modo por una especie de aura melancólica. Cruzamos unas pocas palabras. Le dije que me habían gustado sus trucos. Tenía los labios tan delgados que parecían haber sido delineados con un lápiz muy fino. Cuando sonreía esos labios delicados se abrían mostrando una hilera de dientes torcidos. Era una mujer atractiva. Se incorporó después de un momento, se colocó la galera negra con un gracioso movimiento de manos y empezó a caminar a mi lado. Recorrimos durante varios minutos las calles frías y vacías de la ciudad. En algún punto me pareció que dábamos vueltas sin sentido y le pregunté dónde vivía. Me señaló el sombrero que llevaba puesto sobre la cabeza y, con una mueca graciosa, dijo: *Aquí, obviamente*…

Esa noche me acompañó a casa. Hicimos el amor sobre la alfombra de la sala hasta caer rendidos, y más tarde, embriagado por el deseo, la volví a poseer entre las colchas revueltas de mi cama. Arropados siempre por una deliciosa oscuridad, nos abrazamos desnudos. Sus senos abrigaban mi pecho, sus labios rozaban los míos, nuestras piernas se entrelazaban, y nuestros sexos reconocían aún los aromas ajenos del primer encuentro. Cuando estuve a punto de enredarme en los laberintos del sueño, recordé que no me había dicho su nombre y, aunque era tarde para volver, escuché su voz lejana que me decía: *Clara Verónica*…

Durante varias semanas amanecí desnudo sin ella, abrazando apenas los rastros del olor que su cuerpo dejaba durante la noche, rescatando de mi memoria cada uno de sus besos, las caricias de sus manos, la suavidad y tibieza de su lengua recorriendo mi cuerpo, sus humedales de aromas penetrantes, nuestros gemidos engarzados en la penumbra y sus permanentes escapes al final de

la noche. Amanecía extrañándola demasiado, deseándola, y temiendo siempre que todo hubiera sido un sueño o uno de sus hechizos, y entonces me asomaba a su lado de la cama y allí, sobre la alfombra de mi habitación, seguía intacta la galera negra, su acceso a ese otro mundo que nos separaba.

La intensidad de la pasión crecía cada noche cuando yo regresaba y abría la puerta para encontrarme aquel olor que ondeaba, invocándome, entre las sombras estáticas y silenciosas de mi casa. Y cuando nos sumergíamos una vez más en las aguas tumultuosas del delirio, cierta dosis de felicidad nos cobijaba. Sin embargo, al alcanzar los remansos del éxtasis, ella caía en unas extrañas hendiduras de tristeza, y lloraba en silencio…

La discusión de esta última noche se tornó violenta. Aquella fragilidad que nos envolvía tiempo atrás, que se mantenía apenas en equilibrio, de pronto terminó por quebrarse. Yo le había pedido que amaneciera conmigo, que no huyera como cada noche, tan solo eso... Quería ver su cuerpo desnudo despertando a mi lado. Quería deshacerme de su galera y tenerla solo para mí.

—Eso es imposible —me dijo, apartándose y dándome la espalda.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque allí guardo las cosas que acumulo en la vida, y las que más me pesan se quedan encerradas al regresar… —respondió.

—Entonces iré contigo —insistí, mientras intentaba sujetarla de un brazo. Y cuando este se me escurrió, me aferré a su mano que pronto se convirtió solo en vapor, y luego del cuello que, repentinamente, se volvió agua entre mis dedos…

Y entonces la vi hundiéndose en la galera. Intenté alcanzarla, grité su nombre, pero ella se perdió en la oscuridad del agujero. Enloquecido, me deslicé hacia el otro lado de la cama y tomé el sombrero. No había nada en su interior. Furioso lo lancé contra la ventana. Cayó sobre la alfombra. Grité de rabia, de impotencia y lo pisoteé. Me levanté y lo tomé con mi mano rabiosa, lo sacudí varias veces y lo volví a tirar, esta vez contra la pared. Y el sombrero cayó una vez más hacia arriba, desafiándome…

Por eso resolví entrar en él. De todos modos, la voy a buscar ahora que faltan apenas unos minutos para que la oscuridad se diluya del todo. Sigo paso a paso la rutina que ella sigue siempre. Un pie, luego el otro, los brazos elevados… Siento entonces que

mi cuerpo cae velozmente en una fosa negra, inasible…

Amanece. La luz se filtra por los dos extremos de este largo corredor. Parece que me encuentro en un hotel. Hay una hilera de puertas cerradas a ambos lados. Abro la primera que tengo a mano. Es una habitación sencilla, iluminada por una luz tibia, blanca y distante, como si estuviera flotando en el espacio abierto. En el centro hay una cama sobre la que ella aguarda completamente desnuda, con las piernas abiertas, el sexo expuesto con toda impunidad. Intento entrar, doy un paso algo inseguro, pero mi pie no encuentra soporte en el piso. Regreso. En ese momento un hombre se recuesta violentamente sobre ella y la somete… Destrozado, cierro la puerta. Abro otra, y la imagen es parecida, Clara Verónica abre las piernas y un hombre distinto entra en ella con embates furiosos. Y en la siguiente puerta, otro más se encuentra sentado a horcajadas sobre su cuerpo y la golpea en el rostro con los puños. Sus gritos son ensordecedores. En la siguiente habitación, un tipo la patea rabioso mientras ella se retuerce y se encoge de forma defensiva sobre el piso. Y yo, encolerizado, abro finalmente la puerta en la que ella aguarda por mí, la habitación del piso sólido que me permite acceder por fin a Clara Verónica. Su rostro está bañado en lágrimas, pero no me importa. Su cuerpo tiembla. Ciego de ira y celos, arremeto contra ella empujándola contra la cama, tirando de sus cabellos hacia atrás. Sus gritos me enloquecen, pero no quiero detenerme. Siento que la hago mía con cada acometida, sin embargo, su cuerpo empieza a desvanecerse, y, poco a poco, me doy cuenta de que no queda nada de ella, ni siquiera la galera negra para volver.

JERÓNIMO

Aquella frase expulsada de forma repentina por José Manuel se había convertido en una sentencia fatal para mi familia. Ahora, camino al cementerio en un interminable cortejo fúnebre, regresan a mí sus palabras envueltas en la misma entonación nostálgica que él usó en esa ocasión cuando iba a mi lado en el coche: *—Todos los homosexuales hemos sentido alguna vez el impulso de matarnos.*

Recuerdo que, en ese momento, ante aquella ráfaga imprevista que arrojó su boca como si nada mientras yo conducía por la autopista bajo una llovizna suave e incómoda, mi conciencia desató una especie de descarga eléctrica. Habíamos realizado una visita a un cliente de la empresa y hasta ese momento nuestra conversación fue abierta, franca, sin ningún pudor o prevención de su parte o de la mía. Éramos compañeros de trabajo, pero sobre todo amigos de muchos años, por eso me atrevía frecuentemente a indagar sobre su vida privada.

No recuerdo que hubiera morbo alguno en las preguntas que le hice. Más bien trataba de conocer cómo llevaba su vida desde que salió del clóset, algo que apenas sucedió un par de años antes y que me intrigaba como amiga de forma sincera.

—La verdad es que a mí el suicidio no me tienta demasiado, no creo que sea lo mío, aunque sí que lo he pensado más de una vez, pero conocí casos cercanos y no los culpo —siguió él, en medio de mi mutismo.

De pronto lo comprendí todo, a pesar de que era evidente y que de algún modo ya lo sabía… Los padres lo intuimos desde que nuestros hijos son pequeños, pero somos las madres las que nos damos cuenta antes, y, normalmente, si se dan las circunstancias y ellos lo sacan a la luz, nosotras nos convertimos en el soporte principal de nuestros hijos. A los padres les cuesta más, sin duda, pues en esos temas es donde se suele exacerbar su machismo. Sebastián, mi marido, fue siempre un homofóbico

incontrolable, y cuando nuestro único hijo, Jerónimo, era pequeño, ese odio irracional hacia cualquier manifestación homosexual externa se convirtió en una verdadera pesadilla. Sebastián veía riesgos para su hijo en cualquier esquina: en las películas, en las series de televisión, en la publicidad, en los libros, en donde fuera. Y, claro, el destino hizo su parte, y Jerónimo, que era un niño de cuatro o cinco años entonces, comenzó a desarrollar un amaneramiento exagerado en ausencia de su padre. Con el tiempo ya no le fue fácil disimular frente a él, y su adolescencia, por consiguiente, se convirtió en una verdadera batalla campal de desafíos, rebeldías, castigos, incluso agresiones físicas de parte de Sebastián. Nuestra vida se había transformado, lenta pero indetenible, en una pesadilla. Así, Jerónimo poco a poco se fue alejando de él e, inevitablemente, también de mí. Se convirtió en un muchacho retraído, silencioso e indiferente...

—Yo soy un sufridor. Me ahogo con gusto en la nostalgia y caigo fácilmente en depresión, aunque la suelo superar apenas llega, pero claro, hay gente que no lo soporta —concluyó José Manuel su perorata de esa tarde.

Apenas logré responder entonces con alguna interjección o quizás con un monosílabo afirmativo, pues mi mente ya estaba muy lejos de aquella conversación.

Recuerdo que disminuí la velocidad apenas vi el letrero anaranjado de la gasolinera y entré en la explanada. Necesitaba aire, refrescarme un poco, pensar...

—Debo ir al servicio —comenté, mientras estacionaba frente a la tienda. José Manuel también salió del coche.

—¿Quieres un café o alguna otra cosa? —preguntó.

Pero yo ya no le respondí. Había cerrado la puerta e iba camino de los servicios con la mente puesta en Jerónimo, que en ese momento se encontraba a miles de kilómetros de allí, alejado totalmente de nosotros. Desde que decidió estudiar música y viajó por su cuenta a los Estados Unidos, sin nuestro apoyo, él y su padre no habían vuelto a hablar. Sebastián jamás me lo dijo, pero yo sabía que tenía verdadero pavor de confirmar las sospechas que ambos albergábamos sobre nuestro hijo.

Jerónimo terminó mudándose a Nueva Orleans, y vivía allí desde hace cuatro años. Conmigo mantenía apenas contacto a través de impersonales y fríos mensajes de texto, y también por

medio de las cortas llamadas que yo le hacía cada dos o tres meses.

Entré en el servicio de la gasolinera y me contemplé en el espejo durante un rato largo. Solo veía miedo en mi expresión. Tenía ganas de llorar. Imaginé que Jerónimo conversaba con un amigo o con una amiga de la banda en la que tocaba para ganarse la vida y repetía la misma frase que me había dicho José Manuel unos minutos atrás: *Todos los homosexuales hemos sentido alguna vez el impulso de matarnos.*

¿Hace cuánto tiempo no hablaba con él? ¿Seis semanas, siete? Tan solo intercambiábamos esos gélidos mensajes, cada vez con menos frecuencia. En ellos apenas nos decíamos algo trivial, *cómo estás*, *qué tal va todo*, *bien*, *todo bien*, y así, y los vacíos y silencios los terminábamos rellenando con memes graciosos, vídeos o bromas típicas de las redes sociales. Pero ¿era aquello suficiente para que supiera cuánto lo amaba? ¿Sería capaz de darme cuenta a través de esos mensajes glaciales, escuetos, si es que algo le estaba sucediendo? ¿Sabía en realidad cómo llevaba su vida, si salía con alguien, si tenía novio? Todas estas interrogantes me habían caído encima de pronto con las palabras de José Manuel. Me lavé la cara y salí. Él ya me estaba esperando junto al coche.

—Te compré un café —dijo, moviendo con su mano una de esas bebidas heladas con un distante sabor a café.

Le agradecí y abrí la puerta de mi lado del coche. José Manuel entró y se sentó en el asiento del acompañante. Le dije que necesitaba hacer una llamada urgente.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

—Sí, no te preocupes —respondí, mientras me alejaba un poco para hablar tranquila.

Calculé la diferencia horaria. En Nueva Orleans, serían aproximadamente las seis de la tarde. Marqué el número de Jerónimo. Timbró varias veces, pero él no respondió. Me quedé mirando la pantalla y vi entonces que él se encontraba en línea y que me escribía un mensaje.

—Estoy en el ensayo, ahora no puedo hablar, ¿pasa algo? Contesté enseguida:

—No, mi vida, nada, solo quería saber cómo estás…

Él respondió de forma escueta:

—Todo bien.

Y al final incluyó uno de esos emoticones con cara de

sorpresa, seguramente por eso de *mi vida* —pensé.

Me quedé más tranquila, por supuesto, pero al llegar a casa lo iba a llamar. Sentía esa urgencia por saber de alguna forma si es que él también había pensado en quitarse la vida alguna vez. No tenía idea cómo hacerlo pues nuestra confianza se había deteriorado de un modo que llegar a ese tipo de cuestiones personales resultaba casi imposible. Necesitaba recuperar a mi hijo. Regresé al coche para seguir nuestro camino.

Dejé a José Manuel en su casa, que estaba en realidad muy cerca de la nuestra, y me despedí de él con un largo abrazo, sin saber entonces que sería la última vez que lo vería. Esa noche, apenas llegué, aprovechando que Sebastián aún no se encontraba en casa, llamé a mi hijo. Rescato ahora de mi memoria algún fragmento de esa conversación que, aunque no me reveló nada de forma decisiva, sí abrió de algún modo una rendija que me permitió, poco tiempo después, saber la verdad de lo que estaba sucediendo.

En algún punto de esa corta charla, como siempre inundada de silencios, yo le dije:

—Jerónimo, hijo, ¿hay algo que tal vez quisieras decirme, algún secreto que podamos compartir tú y yo?

Él hizo una de sus características y prolongadas pausas y luego de un rato dijo:

—Mamá, yo no tengo nada que decirte. No existe ningún secreto que nos hayamos guardado tú y yo, ¿cierto? Pues, entonces no tenemos nada que revelar.

Respondí también después de una larga pausa:

—Tienes razón. Pero es que, como madre, yo necesito saber si eres feliz, Jerónimo, es lo único que necesito saber… Él contestó de inmediato:

—Sí, soy feliz, pero yo sé que tú no eres feliz, mamá, y tampoco él…

Intenté decir algo más, pero Jerónimo se despidió con alguno de sus pretextos más comunes: que iba a salir, que lo estaban esperando, algo así...

Toda nuestra vida se desbarrancó algunas semanas después de esa llamada, pero de forma tan repentina que aún ahora parece un sueño. Una mañana llegué a la empresa y me encontré con la novedad de que José Manuel había dejado el trabajo.

—Renunció de forma súbita ayer por la tarde, sin motivo

aparente. Se llevó todas sus cosas y se marchó. Qué le vamos a hacer, ese chico era muy raro —me alertó Carmen, una de las compañeras más antiguas de la compañía.

Traté de llamar a José Manuel, pero su móvil siempre estuvo apagado. Mi amigo había desaparecido sin dejar huella.

Por la tarde, a la hora en que Sebastián llegaba a casa para almorzar, llamé pero él no estaba. Tampoco lo encontré en su oficina. Alonso, su asistente, me dijo que no había ido a trabajar. Su móvil timbraba repetidamente, pero él no lo cogía. En la mañana me había dicho que iría al despacho un momento y que volvería pronto pues debía preparar un informe importante. Preocupada, salí antes de la empresa y regresé a casa. Fue cuando encontré muerto a Sebastián, metido en nuestra bañera, en medio de un charco de sangre.

El cortejo llegará pronto al camposanto. Nuestro vehículo va detrás de la carroza que lleva el cuerpo de Sebastián. Han pasado dos días desde que lo descubrí muerto. Ayer por la noche llegó Jerónimo, que ahora viene a mi lado en el coche. No me ha dicho nada. Tan solo se ha limitado a sujetarme del brazo, a acariciar mi rostro húmedo, a consolarme.

José Manuel me lo había advertido a su manera, pero yo debía intuirlo y no supe hacerlo. Llevaba un buen tiempo de relación con mi marido, no sé cuánto con exactitud, pues Sebastián apenas lo insinúa en la breve carta que dejó para mí. No soportó vivir esa doble vida. Al final me pedía perdón, pero no decía una sola palabra sobre su hijo, Jerónimo, que, ahora comprendo, ha sido un hombre feliz.

YOLANDA

Estaba decidido a terminar con todo de una vez. Aquella sería la última ocasión en que miraría esa cama con las sábanas revueltas, esa habitación que por la mañana condensaba en el aire nuestros olores, los míos y los de mi esposa, alborotados entre sí en aquel espacio que, muy pronto, solo sería parte de mis recuerdos.

Tras ponerle el punto final a mi novela, que ahora en realidad era suya, de Yolanda, la llamé por teléfono, o quizás lo hizo ella en el mismo instante en que clavé sobre el manuscrito aquel símbolo fatídico. Ahora mismo no lo tengo claro, pero en todo caso, sea quien hubiera sido el que llamó, la conversación se produjo más o menos así:

— …

—Ya está —dije yo, sosteniendo el aparato con la mano izquierda mientras la derecha dejaba descansar en ese preciso instante la pluma sobre el manuscrito.

—¿Ya? —preguntó ella con una entonación alegre.

Me bastaba esa palabra tan corta para saber que estaba enamorado de su voz seductoramente ronca. En la línea había un ruido terroso. Se produjo entonces un vacío que debió durar unos pocos segundos, hasta que Yolanda habló otra vez.

—Nos vemos en la Gare d'Austerlitz, en la salida de siempre… Y, de inmediato, colgó.

Así, todo quedaba resuelto. Me tomaría tan solo unos segundos recoger el manuscrito de mi nueva novela y salir de esa estrecha vivienda con lo que llevaba puesto. No necesitaba nada más. Pronto dejaría atrás aquellos muebles tapizados en verde, mis cosas personales que tampoco extrañaría demasiado, y mis libros que, sin duda, iban a hacerme falta, pero que era imposible llevármelos conmigo. Y, por supuesto, dejaría a mi esposa y sus profundos silencios, sus depresiones y angustias, sus murmullos ininteligibles. La dejaría sin previo aviso, sin escenas ni llantos ni lamentos. Así todo sería más fácil.

Antes de salir, ya con el manuscrito bajo el brazo, contemplé por última vez el apartamento. Capas y capas de silencio lo cubrían todo como si se tratara de un espacio abandonado mucho tiempo antes, habitado tan solo por recuerdos fantasmagóricos. Cerré la puerta por última ocasión, descendí aquellas escaleras que no volvería a pisar jamás y salí a la calle.

Hacía frío. Cerré mi abrigo, levanté las solapas y enfilé hacia la salida del metro, pero un pensamiento fugaz cruzó entonces por mi cabeza. *¿Y si mi esposa venía en la misma dirección?* No estaba de ánimo para dar explicaciones así que debí dar un largo rodeo para llegar a otra estación que ni ella ni yo usábamos nunca.

Viajé de pie en uno de los vagones nuevos de la red de metro. El manuscrito de casi ochocientas páginas pesaba lo suyo. En pocos minutos llegué a la Gare d'Austerlitz y me encaminé hacia el lugar en el que nos encontraríamos con Yolanda. La gente, frenética por la hora de regreso a casa, se chocaba entre sí, apretujada, buscando las distintas salidas. Eso es justo lo que yo hacía, buscar la salida hacia una nueva vida.

Alcancé el túnel que enlazaba un andén con otro que estaba a media calle de distancia, el túnel que me llevaría hasta Yolanda. Mi corazón latía de modo ruidoso en mi pecho. El tumulto era insoportable a esa hora, pero al doblar en el último tramo del túnel, casi todas las personas se dispersaron en distintos sentidos. Un oficinista agotado venía de frente y una pareja de chicos jóvenes, tomados de la mano, pasaron a mi lado rozándome. Ambos se reían de forma estridente. No me detuve a pensar en el extraño suceso de la repentina dispersión de la muchedumbre porque Yolanda debía estar esperándome al final de aquel pasillo, justamente en donde aquella pendiente casi imperceptible provocaba la sensación de que el túnel se achicaba. Pero lo que vino a continuación fue más extraño todavía, pues a medio camino, cuando ya descubrí que la silueta de Yolanda se recortaba contra la luz de la salida, sentí que el túnel efectivamente se estaba estrechando de tal manera que me iba a resultar imposible alcanzarla. Me detuve un instante sin volver la vista atrás. Sin duda, era Yolanda la que estaba allí esperándome. Me pareció que ella también me había reconocido y que me hacía señas con la mano. Avancé un poco más, pero la estrechez del túnel empezaba a ahogarme. Creo, incluso, que me agaché para

poder continuar. Ella me seguía haciendo señas con la mano, como si estuviera apurada. Quizás lo estaba, igual que yo, pues de algún modo nuestras vidas cambiarían radicalmente a partir de ese encuentro. ¿Pero acaso ella no se deba cuenta de lo opresivo que resultaba aquel túnel? No entendía por qué nos habíamos citado allí, en esa conjunción de paredes, techo y piso. De todos modos, como podía, yo avanzaba. Mis pasos demasiado cortos resonaban uniformes, solitarios, toc, toc, toc, toc, y un eco los multiplicaba hasta hacerlos insoportables. La sensación de ahogo me empezó a sofocar, pero tampoco podía darme vuelta pues a esas alturas el túnel era tan angosto que me impedía girar. Tan solo me quedaba llegar a ella, a Yolanda.

Me sentía angustiado, oprimido, pero lo iba a hacer. Estaba a punto de alcanzarla, de rozar los dedos de sus manos frágiles que ella extendía hacia mí, a pesar de que lo que nos separaba ante tanta apretura era apenas una rendija, un espacio por el que yo no iba a caber. De pronto, ella retiró sus manos cuando aquella hendidura se iba a cerrar.

—No voy a caber —le dije con la voz apagada, pero ella no me oyó.

Sus ojos se fijaron en mí, en este ser diminuto en el que me había convertido al entrar en el maldito túnel. Noté compasión en su mirada, y tal vez desilusión. Ya no había forma de alcanzarla, jamás podría entrar por aquella fisura. Antes de que el túnel se cerrara del todo y me aplastara dolorosa, inevitablemente, logré ver cómo Yolanda se daba vuelta y caminaba decidida hacia la salida de la estación.

ALEJANDRA

Primavera

Hubo un tiempo en este lugar en que todo fue paz y calma. Sin saberlo, nuestra vida era completa y, de algún modo, feliz. Recuerdo que fui creada cuando se construyó esta casa, y que me hicieron ellos con paciencia y dedicación, y con amor, sin duda alguna.

No sé cuáles son sus nombres, cosa curiosa después de tantos años de convivencia, pero la verdad es que nunca los han revelado en mi presencia. Por esa razón, para mí siempre han sido él y ella. Por su parte, ellos se refieren a mí como Alejandra. Según comentaron alguna vez, este nombre es una suerte de homenaje a la biblioteca más importante de la que haya tenido noticia la humanidad.

Yo he sido parte esencial de su mundo y, de algún modo, ellos me permiten sentirme viva. De hecho, si tuviera que explicar lo que para mí es la felicidad plena, acudiría a esos momentos ya distantes en los que él o ella suspendían la lectura para comentar o leer un pasaje del libro que tenían
en sus manos, y entonces, yo volaba imaginariamente con ellos por ejemplo al delta del Nilo, y veía a la distancia las aguas azules del Mediterráneo en donde se cruzaban y descruzaban amores alrededor de aquella enigmática mujer llamada Justine; o, conmovida, escuchaba la delicadeza aterciopelada, casi mística, con la que describía un autor el indecoroso lecho en el que yacían un anciano y una jovencita virgen; o la referencia a esos parajes mágicos llamados con extraños nombres como Comala, Región o Macondo, que apenas se lanzaban al aire, alteraban mi interior con un corrientazo eléctrico que me llevaba de un lado a otro de las estanterías, de un libro a otro en los que se aludía a esos sitios fantásticos que se anudaban entre sí en mi memoria; o esa brutal descripción del último encuentro de una pareja en la casa

solitaria de un Gulag, y después, aquel "*…débil sonido de unas bocas que salivaban y sorbían…*", que podría haber sido *alentadoramente lúbrico*, según narraba su autor, pero que era el sonido del hambre, "*…el sonido de tres centenares de hombres comiendo en sueños*"; o aquella fragorosa e inquietante frase que él leyó una tarde hace tanto tiempo ya: "*…una vida no basta; se necesitan múltiples existencias para integrar una personalidad… somos espectros del tiempo, y nuestro presente contiene el aura de lo que fuimos y el aura de lo que seremos cuando desaparezcamos*. O quizás uno de los momentos más estremecedores, cuando aquel hombre perdidamente enamorado hizo una de sus recurrentes visitas luctuosas a la casa de la calle Garay y descubrió aquel punto fascinante, espléndido, que concentraba en sí mismo todos los puntos del universo…

Para mí, eso era ser feliz…

Verano

Aquella felicidad se empezó a extinguir de forma lenta e imprevisible. Toda esa dinámica entre nosotros fue desapareciendo poco a poco. El silencio se apoderó de ellos y de mí misma como si se tratara de un virus que se había propuesto inocularnos con discreción. En algún punto, los comentarios y las lecturas de fragmentos o frases extraídas de libros se agotaron y, un mal día, de pronto, él y ella dejaron de venir. A partir de entonces, las sombras, el polvo y el olvido me invadieron, y mi única obsesión fue descubrir ¿qué había sucedido con esa pareja que me habitaba, que me daba vida y, aunque sea por instantes, me hacía feliz? ¿Cómo empezó a desmoronarse todo? ¿Cuándo se asentó la penumbra en esta casa? Me llené de interrogantes y me dediqué, en la medida de lo posible, a fuerza de conjeturas y especulaciones, a encontrar las posibles respuestas que demandaban todas esas preguntas. Durante mucho tiempo me sentí acosada por la tristeza y el desamparo, abandonada a la suerte de un objeto inanimado que ha sido arrinconado en un desván.

Una noche de insomnio como tantas otras, súbitamente recordé unas palabras que él había leído en voz alta unos días antes de su repentina desaparición: *Todos somos más de una*

persona a lo largo de la vida —repitió, sin darse cuenta. Dado que era la única pista con la que contaba, y que eran las únicas palabras que recuerdo haber escuchado de él en mucho tiempo, intenté recrear cada instante de esa tarde inusual en la que su voz, que antes se dejaba escuchar con cierta frecuencia en este espacio, brotó de pronto de su boca como una inoportuna e irreprimible exhalación: *Todos somos más de una persona a lo largo de la vida*, dijo entre dientes, pero aquella frase resonó lo suficientemente clara como para que la escucháramos a pesar de que él quizás no lo hubiera deseado así. Ahora que lo pienso, era en realidad como si hablara consigo mismo o como si se tratara de un pensamiento que le fue arrancado de modo imprevisto, mientras sostenía en sus manos aquel libro abierto. Ella, enfrente, desde su sillón, bien apoltronada, lo miró por encima de los lentes que se sostenían apenas en la respingadura de su nariz. Unos segundos después, resoplando y sin mirarla, tal vez turbado por lo que había sucedido, él se sumió otra vez en la lectura.

Tengo claro que no cruzaron más palabras esa noche, pero, por alguna razón, aquella frase que a él se le había escapado quedó flotando, solitaria, en este espacio que se empezaba a encaminar a la ruina.

Yo seguía dando vueltas alrededor de todas esas preguntas que no encontraban sus respuestas.

Durante muchos años su ritual diario de lectura había empezado a las cinco de la tarde en punto y terminaba a las nueve menos diez, cuando él, somnoliento, cerraba el libro de turno, doblaba una de las esquinas de la página correspondiente y lo dejaba sobre la mesilla junto a su sillón. Ella aguardaba siempre cinco minutos más y luego colocaba el separador de gamuza violeta en la última página leída, cerraba también su libro y seguía los pasos de su marido que ya resonaban en la parte alta de la casa. En esta rutina había algo que siempre me llamó la atención ya que ella nunca dejaba aquí el libro que estaba leyendo, pero tampoco lo abría arriba en su dormitorio. Se limitaba a llevárselo a su habitación como un compañero inseparable y lo ponía a descansar sobre su velador hasta la tarde siguiente en que lo traía otra vez a mí para retomar su lectura. ¿Cómo sé esto?, pues si lo hubiera abierto en su dormitorio u otro espacio de la casa distinto a este, yo me podía haber enterado de lo que sucedía en esos lugares, pero, aunque de todos modos

había una conexión entre nosotros por medio del libro de turno, no era lo suficientemente fuerte como para descifrar algo de lo que pasaba entre ellos cuando no se encontraban aquí.

Cuando ellos desaparecieron, decidí hurgar en los últimos libros que ellos habían leído para intentar descubrir algo de lo que podía haber sucedido. Sin embargo, luego de un repaso de varias obras que habían vuelto a mí tras su lectura, no encontré en ellas nada más que silencio, el mismo silencio que se había asentado aquí incluso antes de su desaparición. Por esta razón, no he logrado saber si esa costumbre de ella era tan solo una manía sin sentido o si había nacido de modo espontáneo, o si algún pensamiento recóndito la indujo de algún modo a hacerlo para mantener entre nosotras algún enlace con su mundo fuera de este lugar.

Después de aquella ocasión en que a él se le escapó esa frase, ellos vinieron a mí una o dos veces más antes de desaparecer de forma abrupta. Durante esas tardes continuaron leyendo los mismos libros, y aquel ritual no varió en ningún aspecto. Recuerdo con claridad de qué libros se trataba, quiénes eran sus autores y sus títulos e incluso sé con exactitud qué espacios debían ocupar aquellas obras cuando las hubieran terminado de leer. En todo caso, en los dos anaqueles situados en lugares contrapuestos, ahora solo quedaban los espacios vacíos cubiertos de polvo, flanqueados por dos volúmenes de otros autores. En el caso del libro que leía él, aún permanece allí, sobre la mesilla junto a su sillón de lectura, con una página doblada en el punto en que dejó de leer la última noche, inaccesible para mí mientras no llegue a ocupar otra vez su lugar. El de ella, en cambio, desapareció también desde esa noche. A lo mejor se encuentra en su dormitorio, clausurado y silencioso. La verdad es que sin ellos y sin esos dos libros no solo me siento incompleta, sino también ciega. Me resta únicamente esperar a que vuelvan en algún momento a su sitio.

Otoño

La ansiedad me carcome. Pasan otra vez los días, largos y tediosos, y las noches eternas, insufribles en medio de esta soledad. No puedo dejar de pensar en la razón por la que me

abandonaron. Entre tantas divagaciones e ideas, regreso a esa fijación mía sobre el tiempo que había borrado casi por completo la conversación entre ellos. No solo aquí conmigo, a mi abrigo, sino también en el dormitorio del piso alto o en la cocina o en el comedor que se encuentran apenas del otro lado del tabique con los libros que van de la A a la D, por riguroso orden del apellido de sus autores. Desde hace meses o incluso años predominaban en toda la casa los silencios prolongados que solo se quebraban a veces por el golpe de una puerta que se cerraba o por el roce de los cubiertos con la loza, o, a lo mejor, por el agua que discurría entre las cañerías de la casa. Quizás hablaban en voz baja, ciertamente, pero aun así me habría enterado de algo de lo que decían cuando esos libros que ella solía llevarse al dormitorio regresaban a su lugar una vez que habían sido leídos. Pero, como ya he dicho, entre aquellas páginas tampoco había huellas que me permitieran seguir la pista de lo que sucedía en otras habitaciones. Tan solo anidaba entre ellos un angustioso mutismo.

Hoy extraño su presencia, pues con la casa desocupada solo me acompañan los ruidos de las cosas que la ocupan o la circundan: el rumor cansino de algún aparato que rezonga en la cocina y, en ciertas ocasiones, dependiendo del clima, el crepitar de la madera al expandirse o contraerse, o el murmullo de los cristales azotados por un vendaval o arañados por las ramas de la vieja magnolia del jardín. Esos son mis compañeros, los sonidos propios de los objetos que me rodean.

Me invade no solo la sensación gélida del abandono intempestivo, sino también un extraño desasosiego que no me suelta desde aquella noche de verano en que sus pasos, acompañados de los de otras personas, atravesaron por última vez el corredor que da a la puerta principal de salida. Fue apenas una mancha amorfa, amontonada y discreta, como una exhalación, la que alcancé a ver por el resquicio de mi puerta entreabierta. Esa puerta hoy sigue en la misma posición, medio abierta para dejar pasar una luz tenue en ciertos momentos del día, y medio cerrada pues no me deja sino atisbar la franja de una sombra más negra durante las noches.

Invierno

Finalmente han vuelto. Ha sido en la mañana, muy temprano. Una luz gris ha penetrado como una ráfaga en mi espacio cuando se ha abierto luego de tanto tiempo la puerta principal de casa. El aire y el día se han filtrado aquí por un instante. No los he podido ver aún pues cuando ingresaron pasaron de largo por el corredor y siguieron hasta la escalera con rumbo al piso alto. Pronto vendrán, sin duda, y me devolverán aquellos libros, y traerán otros que llenarán los pocos sitios que me quedan libres, y limpiarán de todas las estanterías y de los lomos de los libros el polvo que se ha acumulado durante todo este tiempo, y volveremos a la rutina de cada tarde…

La primera tarde no aparecieron por aquí, tampoco la segunda desde su regreso. La mañana del tercer día, la silueta de ella se definió en la puerta. Permaneció allí un momento, observándome, hasta que se dio vuelta y desapareció otra vez por el corredor.

Algo extraño está sucediendo. No lo entiendo aún y no tengo forma de saberlo hasta que los dos regresen a su rutina de lectura por las tardes, hasta que devuelvan a su sitio cada uno de los libros que faltan.

Esta tarde, poco antes de la hora usual, la puerta de hoja doble se abrió de par en par. A contraluz, se definió en el umbral la silueta de un hombre que no era él. Parecía más bajo y robusto. Por un momento se quedó allí de pie, observando en la penumbra las sombras estáticas de mi estructura. Pensé que iba a cerrar otra vez la puerta, pero lo vi dar un paso hacia el interior. Se giró un poco hacia su izquierda y extendió el brazo hacia el interruptor. Las dos lámparas altas iluminaron después de mucho tiempo la habitación. Entonces lo vi bien. Tenía aspecto descuidado, con la barba blanca crecida, cabello escaso en la coronilla y unas patillas largas y gruesas que le llegaban a la altura del labio superior. Vestía un pantalón gris arrugado, zapatos negros, agrietados y sucios, y una chaqueta negra que brillaba en las solapas. Sus ojos ratoniles observaban todo a su alrededor con cierta urgencia. Ella apareció detrás. Su figura recortada contra la luz del corredor. De inmediato, cuando entró aquí me di cuenta de que algo había cambiado, pues, aunque era muy parecida a ella, se veía más joven. Era como si el tiempo, su tiempo, hubiera regresado tres décadas atrás. Cuando se aproximó a una de las estanterías, la que está repleta de los libros de autores con la letra M y N, noté que su cuerpo y su fisonomía eran los mismos, pero su mirada era

distinta. La de ella siempre había sido una mirada dulce, alegre, vivaz, y la de esta mujer era evasiva, distante. Mientras el hombre recorría lentamente junto a las estanterías que recubrían cada pared desde el piso hasta el techo, ella permanecía con la cabeza baja, como si se le hubiera perdido algo en la alfombra. No dijeron nada hasta que la mujer se percató de que, sobre la mesilla, junto al sillón, se había quedado el último libro que él estaba leyendo antes de desaparecer. Mientras la mujer tomaba el libro, él quebró el silencio, preguntando:

—¿Cuántos volúmenes aproximadamente hay aquí?

La mujer respondió con algo de duda:

—Mil o dos mil, más o menos, imagino, quizás deberíamos contarlos...

Entonces la vi aproximarse a mí, justamente hasta el espacio vacío que debía ocupar aquel libro que sostenía en sus manos. Cuando ubicó el lugar exacto a la altura de su pecho, lo colocó con cuidado y lo empujó hasta el tope. En ese momento descubrí algo curioso: que sus ojos eran en realidad los de él, aunque los rasgos de su cara eran más bien los de ella, y no, no eran ni mil ni dos mil libros, eran tres mil ochenta y tres, exactamente.

Apenas me dejaron sola, acudí a ese libro que él había dejado inconcluso sobre la mesa, pero entre sus páginas solo hallé cierta inquietud o desasosiego que se podía sentir en las que sus manos y sus dedos habían recorrido, pero a partir de la señal de la esquina doblada, ya no era posible percibir nada más.

Los días siguientes fueron algo extraños. Varias personas desconocidas llegaron a casa y recorrieron sus espacios haciendo una serie de preguntas relacionadas con el tiempo de construcción, el sistema de tuberías, la calidad de la pintura, y cuando entraban aquí tan solo me contemplaban en silencio y usualmente no decían nada, o quizás me lo estaban diciendo todo sin decírmelo. Salvo por algún comentario fugaz que se refería a mi belleza, nadie se interesó por entrar y hojear un solo libro en particular o alguna de las colecciones que con tanto afecto conservo.

Primavera

Esta mañana, temprano, se armó un gran barullo. Varias personas

recorrieron la casa de forma alborotada. Llevaban y traían cajas y bultos, entraban y salían de forma apresurada. En la cocina se escuchaba el ruido metálico de las ollas o el roce persistente de la vajilla. Arriba, en el dormitorio, crujía el piso constantemente. A media mañana la mujer joven volvió aquí. Tan pronto como entró me di cuenta de que llevaba en su mano el último libro que ella había leído antes de desaparecer. La vi recorrer un tanto confusa los anaqueles hasta que encontró el lugar que debía ocupar ese libro que aún tenía entre sus páginas el separador de terciopelo violeta. Apenas lo dejó en su lugar, acudí a él. En un primer vistazo, lo que descubrí entre sus páginas era una sensación intensa de dolor que ella había sentido de pronto. Algo me decía que su alma se había partido en dos, y que él ya no estaba a su lado. Recorrí entonces otras páginas e incluso el lomo y la portada de ese libro, y, como una imagen fugaz, lo vi a él recostado en su cama, inmóvil, con la camisa del pijama abierta y una mancha violácea marcada en su pecho. Ella, desconsolada, se había recostado a su lado y lo tomaba de la mano. Y todo lo demás era confuso, una sucesión de imágenes en las que ella salía de la habitación acompañada de otras personas y descendían los escalones hacia el corredor de salida de la casa, mientras esa mujer, la que tanto se les parecía, cerraba la puerta principal con una llave que giraba varias veces en la vieja cerradura. Pero en esas imágenes ya no la veía a ella, ni siquiera su sombra, aunque sentí, eso sí, su presencia solitaria, marchita, en algún lugar extraño, un lugar al que claramente no pertenecía, y, por un segundo, me invadió la sensación de que ella también pensaba en mí con intensidad.

Esta tarde volvió aquel hombre hasta aquí. Vino acompañado de otras personas que hicieron un inventario detallado de todos los libros. En efecto, como lo había anticipado, contaron tres mil ochenta y cuatro volúmenes con el último que había regresado a su lugar. La mujer los acompañó hasta la puerta. Desde allí miró con frialdad cómo ellos hacían cuentas y calculaban todo: peso, volumen, número de cajas… Al despedirse, el tipo aquel dijo:

—Volveremos mañana, muy temprano, doña Alejandra.

Sentí aquellas palabras como una puñalada en el corazón. Me quedaba poco tiempo, por lo visto y escuchado. Pensé entonces que no me iba a pasar lo mismo que a ellos. No iba a desaparecer así, desmembrada como había terminado la pareja que me

acompañó todo este tiempo, ellos que siempre fueron uno solo incluso a pesar del silencio que los sepultó durante los últimos años. Mientras repasaba al vuelo decenas de libros, cientos de páginas, esquinas dobladas, notas al margen, párrafos resaltados o subrayados, pensaba que la tal Alejandra no se iba a salir con la suya. De modo que aquel nombre no era el que ellos me habían dado a mí sino a esa mujer que no había pisado esta casa jamás, o al menos no había estado nunca en mi espacio. Una ingrata que siempre se mantuvo lejos, mientras nosotros éramos felices. *¿Éramos felices?* —me pregunto, o solo lo era yo en su compañía.

Una vez que el hombre aquel desapareció, la mujer cerró la puerta con llave y permaneció en la casa, seguramente en la habitación de ellos en el segundo piso. Imaginé, llena de rabia, que estaría reconociendo por primera vez sus espacios, sus cosas, valorándolas, descartando esto de aquí o lo de más allá, tirando a la basura lo que le parecía insignificante o viejo o de poco valor material. Mientras tanto, yo seguía en una búsqueda frenética. Y, sí, finalmente encontré lo que buscaba, primero en *Auto de fe*, esa novela de un autor de apellido Canetti que tanto los había impactado a ambos hace años y que ahora me inspiraba a mí, y luego en un texto que ella había comentado con él varios años atrás sobre los árboles gigantes y milenarios que habitaban los bosques de ciertos parques protegidos de Norteamérica. Pero lo que me atrajo de esa historia que empezaba a recordar entre brumas no era tanto la descripción de aquellos seres magníficos que se elevan como alfiles descomunales sobre bosques inmensos de otros seres inferiores, sino su capacidad de vivir por cientos e incluso miles de años y decidir un día su suerte, inmolándose de forma repentina en el fuego de su propia arboladura para permitir el surgimiento de otros individuos más jóvenes de su especie. Y aunque no creo tener en mí algún resto vital de esos colosos de la existencia, imagino que, si me concentro intensamente, si pienso en ellos con todas mis fuerzas y si algo de lo que poseo es capaz de encender una chispa ínfima, tal como sucede con aquellos gigantes cuando han resuelto morir, todos en esta casa nos someteremos por noche al destino del fuego.

DANIEL

Si aún estuvieras aquí, me mirarías con ojos somnolientos, llenos de legañas y me dirías con tu voz de niño, *papá, otra vez llegas tarde*. O quizás me recriminarías como lo hiciste tantas veces en tu adolescencia, con esos silencios densos en los que te sumergías cuando volvíamos a vernos luego de cierto tiempo y tú te mostrabas frío e indiferente, distante, hasta que yo lograba remover algo en tu alma y conseguía que me miraras con tus pupilas almendradas, brillantes, y los cabellos del color de la paja de páramo chorreados sobre tu cara, y entonces te arrancaba o se te salía una media sonrisa rosada que, inevitablemente, me provocaba tristeza.

Hoy me duele que ya no me recrimines por mis retrasos. Me duele que ya no puedas decirme *papá* en tu media lengua de niño, o que ya no me lo expreses en tus pensamientos adolescentes con esa mirada hosca que te hundía en aquellos enmudecimientos constantes que eran una mezcla de reproche e ironía. Ahora que ya no eres parte de este mundo, Daniel, debo confesar con inmenso dolor que no llegué a conocerte como yo creía, que no llegué a quererte y a protegerte como te merecías.

Todo lo que ha sucedido es mi culpa, mi culpa por haberte descuidado, por haberme apartado de tu lado hace años y por dejarte a la deriva en esta ciudad en la que te sentías como un extraño, como un bicho raro, pero que, al mismo tiempo, te atraía a lugares como este: *seductor, mágico, misterioso,* según tus propias palabras, las últimas que escuché de ti en esa llamada telefónica hace algo más de un mes…

Hoy estoy aquí, aunque tarde como siempre. He venido a conocer (a reconocer en términos legales), el lugar que durante los últimos años fue tu morada y que se convirtió en tu tumba. He venido para saber cómo era tu vida, para conocer cuáles fueron tus posesiones, para encontrar respuestas, si las hubiera y pudiera soportarlas… Sabes, Daniel, desde que recibí la noticia de tu

muerte, he pensado que no seré capaz de escuchar esas explicaciones, y que en el fondo de mi alma solo deseo que alguien me las suelte de una vez por todas para caer muerto en el acto con un infarto masivo y así poder detener todo este dolor que me envuelve, o, si sobrevivo, que ya resulte irremediable haberlas escuchado, que sea imposible volver atrás...

La última vez que te vi fue hace un año cuando enterramos al abuelo. Luego estuvimos en una librería que solías visitar y te compré aquel libro titulado *La historia del arte*, de Ernst Gombrich. Recuerdo claramente la alegría que se reflejaba en tus ojos mientras hojeabas el libro. Y también recuerdo aquella conversación, la última en que nos vimos cara a cara, cuando te dije lo orgulloso que me hacías sentir y el amor inmenso, imposible de expresar, que tengo por ti, mi Daniel. Y te dije que no ibas a estar solo nunca más, que nos íbamos a ver pronto. Y mira en lo que terminó todo, en promesas incumplidas, largas ausencias como tantas otras veces, en palabras que llenaban vacíos pero que ambos, secretamente, sabíamos que eran tan solo nuevas mentiras.

Me estremece pensar que lo poco que queda acá es lo único que te vincula ahora con el mundo: un viejo colchón húmedo y descosido, una taza de barro desportillada, una olla de aluminio abollada, sin asa; una camisa sucia, remendada y un pantalón de un color indescifrable rasgado en la pierna derecha, roto en los bolsillos posteriores y en las rodillas. Con mi cámara fotográfica, con mi manía de atraparlo todo en este aparato, he empezado por tus cosas, por lo que hallamos aquí esta tarde. En estos objetos, que también están muertos como tú, se ocultan esas historias que tal vez ya nadie llegará a conocer.

Me pregunto, una vez más, antes de seguir el camino hasta el lugar en que te encontraron muerto, ¿quién era mi hijo para el resto de la gente?

Mientras caminamos por un sendero de pasto verde en medio de la mareante fragancia del bosque de eucaliptos, me dice el abogado, un hombre inteligente, sagaz, un buen tipo a simple vista, que necesita tener aquí a tu madre para que nos realicen juntos unos exámenes genéticos que podrían ser decisivos en la investigación del caso. Como respuesta tan solo lo he mirado y he seguido adelante sin decir nada. Intuyo sus buenas intenciones para hacernos aquel pedido imposible. Ya encontraré las palabras

adecuadas para darle una respuesta.

Avanzo en silencio, imaginando si tu madre, mi exmujer, que está perdida en Buenos Aires, conoce ya esta terrible noticia, si a estas alturas sabe que su hijo ha muerto de esta forma tan… *espantosa*.

Dice el abogado que hemos llegado al lugar en el que descubrieron lo que quedaba de ti, Daniel. Me temo que ahora empezará lo peor. Escucho sus palabras cuidadosas, reposadas, sin hacer alarde de tecnicismos legales y, sobre todo, tratando de no herirme demasiado con la brutal realidad del hallazgo. Te encontraron recostado sobre este tronco que ha sido cubierto por el musgo verde de la zona. He sacado varias fotos de este tronco. Al parecer, el crimen no se produjo aquí. El abogado me explica cómo aquella mujer que recogía hierba para sus cuyes en el bosque descubrió lo que quedaba de tu cuerpo. Hace una descripción general, una vez más sin entrar en detalles que, imagina, serán demasiado dolorosos para un padre. Y, sí, lo son, pero, para comprender, para conocer lo que sucedió, necesito saberlo todo.

—*Por favor, quiero todos los detalles* —anuncio, con la voz quebrada. El abogado inclina la cabeza, quizás con vergüenza o consternación, y me describe la escena:

—*El cuerpo y las piernas de Daniel estaban sobre este tronco, bocabajo, en un grado de descomposición que hacía imposible reconocerlo. Los pies, las manos y la cabeza nunca aparecieron… Los cortes fueron precisos, realizados con un arma pesada, perfectamente afilada… Pensamos que lo hizo alguien que conocía bien cómo hacer ese tipo de cortes, dónde seccionar…*

Se detiene para mirarme, para constatar si puede seguir con su relato o si debe detenerse. Estoy destruido, devastado, Daniel, pero aún tengo fuerzas para escuchar lo que viene. Asiento con la cabeza. Mis ojos se llenan de lágrimas, pero el abogado ya no las ve porque ha girado alrededor del tronco y se ha colocado de espaldas para describir el momento en que los médicos forenses dieron vuelta a tu cuerpo y descubrieron que nada más quedaban los huesos y el resto estaba vacío, que ni siquiera las larvas seguían allí.

—*Lo devoraron animales del bosque, seguramente… Y, como se lo dije por teléfono hace unos días, lo reconocieron tras haber humectado la piel de su espalda, que recuperó algo de su forma y*

extensión, y mostró aquel tatuaje desvaído del conejo blanco de Alicia en el país de las maravillas, Nivens McTwisp, se llama… Su abuela materna, la de D*aniel, quiero decir, reconoció su tatuaje*.

La imagen de tu tatuaje se presenta de pronto, nítida, en mi mente. Y también te observo con aquel otro tatuaje extraño que te hiciste hace tiempo ya en la mitad de la cara, aquella hiedra que descendía desde tu frente, cruzando levemente tu nariz recta para pasar por tu mejilla y terminar en el borde de tu quijada, y allí, misteriosa aparecía una orquídea con sus formas femeninas. ¿Qué significaba aquel tatuaje, Daniel? ¿Qué nos querías decir con esa hiedra y esa orquídea? Ni siquiera te lo reproché cuando vi una fotografía tuya con aquella monstruosidad deformando tu rostro, ese rostro bello de muñeco gringo, de rasgos perfectos, la envidia de cualquier hombre, el deseo de cualquier mujer… No te dije nada al respecto, pero siempre me pregunté qué significaba para ti aquel tatuaje.

Su abuela, dije en voz alta, sin pensarlo. El abogado, que ya conocía la historia de división entre nuestras familias, solo asintió. Ya habría tiempo de hablar de tu abuela, y también de la tía loca, la que perdió la cabeza por ti, ¿no es verdad, Daniel? ¿Algún día me lo pensabas contar? ¿Acaso fue ella la que te dejó así, como yo te imagino ahora con espanto, en este mismo lugar, en este mismo instante en que caigo de rodillas, derrumbado por el dolor que me desgarra por dentro?

El abogado me levanta y me sostiene en un abrazo. Mi llanto sobre su hombro es incontenible. Siento vergüenza por esta escena que solo es contemplada por una persona más, una asistente legal que tiene los ojos bañados en lágrimas.

Volvemos a tu choza, Daniel. Allí me relajo un poco. No comprendo cómo vivías en estas condiciones, hijo mío. Te imagino como un anacoreta, rodeado de animales, sucio, viviendo de la caridad de la gente del barrio más cercano a este bosque, Guápulo, uno de los más antiguos de la ciudad, atravesado por el camino de Orellana, por el sendero de los incas. Lo de los animales, varios perros y gatos, me lo ha contado el abogado. Me ha dicho que, tras tu desaparición, ellos se quedaron en este lugar a esperarte. Al final, todos salvo uno se marcharon, un perro que mostró su fidelidad y su amor por ti al morir aquí mismo por hambre o sed, o quizás por la pura tristeza. Cuando los agentes de la policía judicial descubrieron tu cuerpo y llegaron a tu choza, se

encontraron con esa escena impresionante: un animalito que decidió quedarse hasta morir en el hogar que tú le habías ofrecido, Daniel.

En efecto, este bosque es mágico. Tras una tarde soleada de nubes arreboladas, ahora las sombras de la tarde han caído sobre nosotros y una espesa neblina se ha empeñado en ocultar tu choza. Sentados en el suelo de tierra, recostados contra las paredes de adobe y caña, el abogado y su asistenta me ponen al tanto de las teorías que se han abierto en tu caso. Lo hacen con tiento, midiendo cuidadosamente sus palabras. Yo los escucho porque necesito encontrar respuestas, aunque luego me arrepienta, nada más por eso…

Mientras ellos desbrozan esta historia, según aparecen ciertos personajes a los que llaman sospechosos, me pregunto: ¿quién eras en realidad, Daniel? ¿Eras acaso ese muchacho bondadoso, gentil y pacífico que recibía favores de la gente del barrio? Dice el abogado que te regalaban agua, alimentos, y que siempre tenías una sonrisa marcada en el rostro. ¿Eras así, Daniel? O, tal vez, eras aquel joven extraño que, a pesar de vivir como un vagabundo, aparecía en las fiestas de la sociedad capitalina de clase media vestido con túnicas y ropas extravagantes, como un Jesús sin sus apóstoles, y volvía locas a las chicas (o a los chicos). La joven asistenta me ha mostrado una fotografía, seguramente la última que te hicieron, en la que apareces junto a dos ángeles femeninos que te abrazan sonrientes en lo que parece ser una fiesta en un bar.

Todo resulta tan confuso, Daniel. Esa imagen del joven rubito, amable como pocos en esta ciudad, protector de animales, ermitaño por decisión propia, se choca de pronto contra la historia de los vagabundos drogadictos, pendencieros, que aparecieron en el barrio y pretendieron montar también su campamento cerca de tu choza. Dice tu abogado que una noche se produjo un confuso incidente en el que te acusaron de haber quemado unos colchones viejos y sucios que aquellos malandrines cargaban entre sus posesiones. Dice la pasante legal, esta muchacha de mirada gris y llanto fácil, que esos tipos te amenazaron de muerte, que hay testigos que los escucharon jurar que acabarían contigo cuando los desalojaron de este barrio. ¿Fueron ellos los que te asesinaron, Daniel?

Si solo hubiera escuchado esta historia no tendríamos ninguna

duda y las investigaciones ya se habrían encaminado a esa gente a la que se logró identificar, pero el problema que tiene entre manos la policía es que hay otras personas sospechosas que podrían haber tenido razones poderosas para asesinarte, Daniel, como por ejemplo tu tía la loca, esa mujer que pese a doblarte casi en edad, se habría enamorado perdidamente de ti. Dice el abogado que ya la han interrogado en varias ocasiones y que no pueden concluir nada y que a todos les parece que podría estar mintiendo, pero, sobre todo, que de aquella fijación enfermiza hacia ti solo tienen como prueba unas extrañas fotos que te hizo mientras estaban juntos, ¿recuerdas esas fotos, Daniel? Hoy me las acaban de mostrar y no he podido disimular mi turbación al ver que ella solo conserva imágenes de tu rostro, tus pies y tus manos… Esa orate estaba obsesionada con la belleza de tu cabeza y con la delicadeza estilizada de tus manos y tus pies… ¿Fue ella la responsable de tu muerte, Daniel? Esas partes de tu cuerpo que ella fotografió varias veces son justamente las que nunca logró encontrar la policía…

Pero, aún hay más, hijo mío. Las conjeturas y las teorías del caso no se limitan a esa mujer y a los drogadictos del colchón. El abogado me muestra ahora los informes sobre aquel mafioso árabe que habría descubierto que te estabas acostando con su mujer. Ella, al parecer, confesó alguna vez que había tenido una aventura contigo.

—Y, lo más curioso de esta hipótesis —dice el abogado— es que aquel hombre, el marido engañado, resultó ser un experto en el manejo del sable persa Shamshir, un arma que por su peso y forma bien pudo usarse en este crimen por la limpieza y precisión de los cortes realizados tanto en las muñecas, tobillos y cuello de…

—… de Daniel —termino la frase por él, mientras lo veo asentir con aire de disculpa.

Nos envuelve entonces un silencio que no llega a ser incómodo pues ellos comprenden que necesito hacer una pausa para asimilar lo que hasta ahora me han comentado sobre el caso. Sin embargo, Daniel, yo sé que hay más teorías que no se me han revelado todavía. Algo me anticipó el abogado en el trayecto que hicimos en su vehículo hasta este lugar. *Son cuatro líneas distintas de investigación las que tenemos hasta ahora* —dijo en palabras casi textuales. Hasta ahora he escuchado tres. ¿Qué más debo saber,

Daniel? ¿Con qué otra sorpresa infame, terrible, me voy a encontrar?

La policía también está investigando a una banda de jóvenes que dicen ser neonazis, que acosaron y maltrataron varias veces a Daniel, según ciertos testimonios. Se comenta que rondaban por este lugar y lo acusaban de homosexual, de raro y alguna vez lo amenazaron en sus redes sociales… Recuerdo cuánto sufriste en tu infancia y en tu adolescencia por el acoso de otros niños. Hoy dirían que fuiste una víctima de *bullying*, y así fue, sin duda. Siempre te acusaban de ser raro, de vestir de forma diferente, de usar collares y pulseras hechas por ti mismo con materiales que rescatabas de la basura o de tu bosque, de ser demasiado amable con la gente, de que te preocupabas más por los animales que por los seres humanos, y mira, Daniel, lo que te hicieron esas personas…

—Uno de los miembros de esa banda de racistas revoltosos es estudiante de Medicina —apunta el abogado, y es entonces cuando reparo en que ha seguido relatando los hechos sobre esa línea de investigación.

—¿Un estudiante de Medicina? —repito, sin comprender aún su puntualización.

—Sí, es que por la forma en que se produjeron los cortes, los forenses piensan que o bien fueron realizados por un arma contundente y muy bien afilada como aquella espada que mencioné antes, o quizás fueron realizados con otro instrumento por alguien que tenía conocimientos de anatomía y sabía exactamente dónde y cómo seccionar los miembros…

Daniel, he cerrado los ojos en este punto para intentar disipar aquellas imágenes espeluznantes que se han formado en mi mente mientras habla el abogado. Me siento un idiota pensando que tan solo con cerrar los ojos será suficiente para alejar de mi cabeza todo este horror. Sin embargo, ahora mismo tengo una cuestión primordial que necesito aclarar y que me obliga a interrumpir la minuciosa explicación del abogado:

—¿Daniel sufrió antes de morir, doctor? —El abogado me mira con cierto aire de compasión.

—No lo podemos confirmar aún, pero por la forma en que se produjeron los cortes, creemos que Daniel estaba muerto cuando se los hicieron… Las cuatro hipótesis son sólidas. Cualquiera de ellas podría ser la que nos lleve al culpable —concluye el abogado.

Y, mientras tanto, tus restos siguen en aquel depósito esperando nuevos análisis, nuevas inspecciones forenses, y tú sin poder descansar, Daniel, sin la posibilidad de convertirte en cenizas para volver a la tierra, para flotar por el aire y volar entre las nubes como siempre soñaste.

—La policía ha emitido su primer informe —apunta el abogado con voz dramática pero cargada de ironía. Me mira a los ojos mientras saca de uno de los bolsillos internos de su chaqueta un papel doblado. Vacilante, me lo extiende. Lo contemplo sin tocarlo. Niego con la cabeza.

—¿Qué dice? —pregunto. Él lo vuelve a guardar en el mismo bolsillo. Se demora un momento.

—La conclusión es que se trata de una muerte indeterminada, y que, si no hay nuevos indicios o evidencias claras que permitan concluir que se trata de un crimen, se verían obligados a cerrar las investigaciones. —Sus palabras salen cargadas de indignación.

—¿Muerte indeterminada? —pregunto. El abogado me mira fijamente y asiente. Sabe que esto demandará una nueva respuesta. Permanece un instante en silencio y entonces dice:

—Al no contar con la cabeza ni con los órganos internos, les resulta imposible conocer con precisión la causa de la muerte. Toda la evidencia nos revela que se trató de un crimen, pero sus circunstancias y sus responsables difícilmente serán descubiertos y ellos, es decir, la policía no tiene ni el presupuesto ni el personal para investigar un caso como este.

También me quedo mirando al abogado. Su frustración se refleja en el brillo repentino de sus pupilas. Me da la impresión de que intenta contener esas lágrimas de rabia que ahora mismo nublan sus ojos.

Un silencio largo se apodera de nosotros. Afuera, apenas se escucha el viento tímido que mece las ramas de los eucaliptos. Y, si se logra poner atención, también es posible sentir la avalancha lenta y sigilosa de niebla que ha empezado a cubrirnos. Y yo estoy aquí, entre tus pobres posesiones, Daniel, en el medio de tu bosque, aplastado por el dolor, sin saber qué sucedió, quién te hizo daño. Estoy aquí, esperando justicia sin ninguna esperanza de alcanzarla. Estoy aquí, temeroso de mí mismo por esos pensamientos que me asaltan, que me inundan: ira, angustia, deseos de venganza… ¡Imbécil! Ni siquiera sabría contra quién ir.

Caen las sombras de la noche y los tres seguimos en tu choza,

en total silencio, con nuestras miradas centradas en este piso de tierra y matas de kikuyo. *Ya no hay nada más que podamos hacer* —pienso. Y, en este preciso instante comprendo que ya eres pasado, Daniel. Comprendo que ya no serás presente, que no hablaremos sobre ti ni contigo nunca más del futuro ni de otros tiempos, que no hablaremos…

Comprendo que ya no te abrazaré ni me podrás mirar con reproche, que ya no veré tu sonrisa limpia. Comprendo que todo lo que nos queda está tan solo resguardado por mi memoria, por los recuerdos que algún momento empezarán a resecarse, cuando mueras definitivamente para mí, Daniel.

Ya no importa nada de lo que sucedió, nada de lo material que hay en tu hogar. Por mí pueden llevárselo todo, pueden saquearlo todo y pueden archivar tu caso si les da la gana. Pueden dejar al asesino y a sus cómplices sueltos, me da igual. Nada me importa ahora que ya no eres, que ya no estás, que ya no existes.

Lo único que alborotará de ahora en adelante mi cabeza, junto a tus recuerdos, será esa pregunta que me acompañará inevitablemente hasta el final: ¿Quién fuiste, Daniel?

VICTORIA

Como un dios absoluto y todopoderoso, así se sentía Valerio Cerpa aquel domingo antes de entrar en la iglesia repleta de gente, colmada de ramos y palmas, de sudor ácido confundido entre los vapores melosos de incienso y palo santo. Llevaba el revólver cargado con ocho balas, una para cada ejecución. Irrumpió en el templo a la hora de la bendición de los ramos. Con el arrebato de un endemoniado, desde el portón principal hizo cesar los cánticos sacros convirtiéndolos en confusos alaridos que él mismo se encargó de aplacar con su voz poderosa, plena de autoridad y soberbia. Sostenía en su mano una garrafa de gasolina con la que roció el portón de la iglesia para luego prenderle fuego. Una enorme hoguera se tomó en pocos segundos la única puerta de salida del templo. El calor insoportable del fuego empezó a invadir el lugar en oleadas constantes, manando efluvios venenosos de azufre y carbón, como si todas aquellas almas se encontraran desde ya en el mismísimo infierno.

Sofocados y temerosos, los fieles se replegaron hacia el altar mayor de la iglesia formando un tumulto de cuerpos adheridos entre sí por la transpiración y el miedo. De pie sobre la primera banca de la iglesia, Valerio Cerpa dominaba a la congregación. Apuntaba con el arma a los más visibles que, horrorizados, pretendían fundirse en un enjambre degradante, formado por la multitud. La risa estrepitosa de Valerio Cerpa se confundía con el murmullo constante de gemidos y sollozos, y con el crepitar insoportable de los maderos de guayacán del portón principal. La mano trémula de Casimiro, el músico, rozó en ese instante las teclas del pequeño organillo de la iglesia. Silencio absoluto. El rostro rugoso de Casimiro palideció. Valerio Cerpa le dirigió una mirada pérfida y le apuntó con el arma directamente a la cabeza. Por un momento, todavía resonaron en el templo las notas disonantes de la torpeza de Casimiro. Valerio Cerpa continuaba mirándolo con los ojos desorbitados y enrojecidos. Las comisuras

de sus labios mostraron una sonrisa ligera y siniestra que se desvaneció mientras el pulgar de la mano derecha tiraba del gatillo hacia atrás, muy lentamente. ¡Clic! El leve sonido retumbó en el silencio momentáneo que había hecho la congregación. Casimiro, aterrado, cerró los ojos y esperó el fogonazo, pero unos segundos después volvió a abrirlos al escuchar la voz grave y autoritaria de Valerio Cerpa que le ordenaba tocar la marcha fúnebre. Las manos temblorosas entonaron entonces la lúgubre melodía…

Días antes de los sucesos del Domingo de Ramos, Valerio Cerpa había visto por primera vez a Victoria Buendía. Joven y hermosa, la muchacha apareció de pronto en el pueblo envuelta en el luto que vestía tras la muerte de sus padres en un pavoroso crimen que había estremecido a la capital un año antes de esta historia. La tragedia de los Buendía recorrió cada uno de los rincones de un país conmovido por las imágenes difundidas por la prensa: cuerpos calcinados, cruces invertidas y animales desollados, todo envuelto en un reguero de sangre, de símbolos y formas extrañas marcadas en las frías y mordaces imágenes de las fotografías publicadas en los diarios.

Valerio Cerpa había recopilado cuidadosamente las fotografías de la tragedia de los Buendía y las exponía desde entonces sobre las paredes de su dormitorio. Había leído una y otra vez el nombre de la hija huérfana en los diarios: *Victoria Buendía*. En cada uno de los recortes pegados en las paredes, aparecía resaltado en un círculo aquel nombre. A decir de la prensa durante los primeros días, Victoria Buendía estaba en Madrid cuando recibió la horrorosa noticia. Desde el momento en que Valerio Cerpa empezó a recopilar las fotografías y crónicas de la tragedia, sin siquiera conocer a la mujer, resolvió reconstruir la cronología de los hechos desde el mismo instante en que ella recibía la llamada fatal. Así, tras una breve vacilación en el teléfono, él la imaginaba trémula, desconcertada, mientras ella dejaba caer el auricular al piso y rompía en un llanto desgarrador. En su desequilibrada fantasía, la observaba deshecha, extraviada, mientras amontonaba las ropas en un bolso azul algo raído. La soñaba distante durante
el insufrible transcurrir de las horas de su viaje sobre el océano, quizá vagando entre la cruel realidad y el sopor letárgico de algún calmante.

Desde los ojos de Victoria Buendía, como si la hubiese poseído su espíritu, veía cómo aparecían los rostros desfigurados de varios familiares entre una muchedumbre de gente que esperaba en el aeropuerto. Algunas palabras inconexas desaparecían entre las imágenes trepidantes de semáforos y avenidas. La mirada irreal de la mujer se posaba en las cúpulas blancas del cementerio, en donde aguardaba el cortejo fúnebre. El sonido insoportable de lamentos y sollozos detrás de los ataúdes sellados por el horror que guardaban dentro. Un puñado de tierra cubrió la última rosa arrojada sobre los sarcófagos. Al final, un vehículo la condujo lentamente entre las calles de esa capital que ella, en ese momento, deseaba olvidar para siempre. Valerio Cerpa la imaginaba silenciosa, pensativa, sin derramar lágrimas, porque ella no era capaz de llorar delante de nadie, ni siquiera en circunstancias tan dolorosas.

En algún momento, Valerio Cerpa sintió que podía tomar posesión de los deseos de Victoria Buendía, que podía atraerla a este lugar alejado y conocerla en persona. Pensó en ella con más intensidad desde entonces, con verdadera obsesión, hasta que, tras una súbita decisión, sin saber por qué razones, un día Victoria Buendía dejó la capital y empezó un largo y errante recorrido por las estropeadas carreteras del país. Tan solo llevaba su mochila de viaje sobre la espalda. Caminaba largos trechos, descansaba por las noches en pequeños caseríos y reanudaba la marcha sin rumbo determinado. Así llegó a la costa. El bochorno era aplastante, de modo que Victoria Buendía decidió hacer los siguientes tramos en unos maltrechos autobuses que no tenían ventanas. Una tarde en que iba a bordo de uno de esos vejestorios y el sol penetraba por los marcos desnudos de la carrocería, decidió poner punto final a su travesía. Bajó del autobús en la primera parada, al pie de un puesto de frutas. La envolvió el aroma inconfundible de los mangos recién cosechados. Pasó junto a una buena cantidad de granos de café que se secaban al pie de la carretera. Escuchó a un grupo de chiquillos que corrían riéndose detrás del autobús que se alejaba. Se encaminó por un sendero polvoriento y pedregoso. Al entrar en aquel pueblo desconocido, la envolvió una sensación definitiva de distanciamiento, como si acabara de morir y toda la vida se le hubiera extraviado en la memoria.

En ese preciso instante fue cuando Victoria Buendía se cruzó

en la vida de Valerio Cerpa, cuando terminaron las conjeturas y fantasías que él hacía tiempo atrás sobre ella. Ese día la conoció en la plaza del pueblo. Era tal como la imaginaba y soñaba: misteriosa y sublime, siempre vestida de negro, indescifrable. Llevaba el cabello suelto y tenía una voz aguardentosa, llena de soberbia y firmeza. Con esa voz singular se dirigió a Valerio Cerpa, que estaba recostado en el tronco de un viejo árbol: *Conoces algún sitio para hospedarse en este pueblo*.

El momento en que la vio, Valerio Cerpa sintió que la conocía desde siempre. Aunque sus ojos se ocultaban detrás de unas gafas oscuras, sabía que en ellos se encerraban los tonos grises del mar encrespado durante los aguajes.

—No, en este pueblo no hay hoteles, pero podrías hospedarte en mi casa. Tengo una habitación vacía. Me llamo Valerio Cerpa, para servirte —dijo él. Ella le correspondió el saludo con una ligera sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blancos y menudos.

Ella permaneció en silencio.

Mirándola fijamente a los ojos, él volvió a hablar:

—Te mostraré mi casa, si no te gusta o te sientes incómoda, podrías ir al pueblo siguiente, al pie de la ensenada, allí hay un hotel. —Y diciendo esto, levantó el bolso de Victoria Buendía y empezó a caminar al amparo de las sombras que proyectaban los almendros que circundaban el parque.

En el trayecto, Valerio Cerpa le confesó que la conocía. Ella no pareció sorprenderse demasiado. Pensó que debería contarle sobre las fotografías de la tragedia de los Buendía que empapelaban las paredes de su casa, pero prefirió quedarse en silencio y que se sorprendiera al descubrir lo que había recopilado sobre ella y su familia.

A cada instante, mientras caminaban por el sendero polvoriento, él le dirigía una mirada breve, pretendiendo comprender su mutismo, su ensimismamiento, pero el semblante de Victoria Buendía permanecía inalterable y sombrío. Cuatro campanadas resonaron entonces en el aire salino de la costa. Victoria Buendía se dio vuelta para mirar la torre de la pequeña iglesia, el último vaivén del badajo dejó en el ambiente el rumor contenido de un nuevo campanillazo.

Valerio Cerpa fue el primero en subir las frágiles escalinatas, mientras Victoria Buendía aguardaba al pie de la casa. Luego de

abrir la puerta que no llevaba cerrojo, él miró hacia el interior del lugar, como cerciorándose de que todo estuviera en orden. Luego hizo un gesto con el brazo extendido y la invitó a entrar en la casa. La vivienda estaba formada por dos habitaciones divididas únicamente por un gran armario de madera apolillada. El salón comedor y la cocina, estrechos, conformaban los ambientes del lugar. Un penetrante olor de humedad cubría todos los rincones. Las paredes sucias y sin pintar, repletas de recortes de periódicos, constituían una galería siniestra para la exhibición de las trágicas imágenes de los padres de Victoria Buendía. Sobre la mesa del comedor aparecían apilados varios recortes de los diarios. Victoria se acercó hasta la pared más cercana y empezó a mirar una a una las fotografías amarillentas del macabro final de su familia. Él seguía sus pasos con una sonrisa de satisfacción. Las primeras imágenes de las afueras de la casa y algunos familiares en el entierro no le causaron mayor conmoción, pero luego, cuando se detuvo ante la fotografía que había aparecido en la primera página de los diarios, se estremeció y volvió bruscamente la mirada hasta el lugar en que se encontraba Valerio Cerpa, como si estuviese reprochándolo o buscando una explicación para lo que estaba sucediendo. Él entendió la turbación de la muchacha y le habló con tranquilidad:

—Recuerda que dejaste atrás todo eso. Esas imágenes ya no te pertenecen.

Victoria Buendía lo miró fijamente a los ojos, y luego de un segundo le mostró otra vez esa sonrisa que él acababa
de conocer en el parque. Ella se volvió hacia la pared y observó durante varios minutos las espeluznantes imágenes de cuerpos calcinados, entre los que se encontraban sus padres, que habían sido los primeros cadáveres identificados. Con sus dedos, Victoria Buendía delineó lentamente las dos figuras que aparecían en primer plano, unidas en lo que pudo ser un último abrazo y que, al final, formó una sola masa negruzca. De igual forma recorrió con la yema de sus dedos los restos de otras personas y algunos animales despellejados, para, finalmente, llegar a los símbolos sanguinolentos que había dibujado el asesino por todo el lugar.

Durante los días siguientes, los dos revisaron con verdadera obsesión cada una de las fotografías. Al principio, Victoria Buendía deambulaba en silencio por la casa, escudriñando los detalles del lugar, pero sin cruzar palabra con Valerio Cerpa.

Durante las tardes, a ella le gustaba ir a caminar por la playa, descalza, acompañada siempre de Valerio y del silencio al que ambos iban acostumbrándose. Por las noches, se sentaban en el umbral de la puerta, en la escalinata superior, y allí contemplaban el cielo sombrío durante horas, refrescándose con la brisa marina y escuchando el rumor sordo y persistente de las hojas de los almendros meciéndose al vaivén del viento, mientras el oleaje rompía a la distancia con repetitiva precisión. Las palabras de Valerio Cerpa se perdían en la ausencia de respuestas de Victoria Buendía que únicamente se limitaba a escucharlo, mirándolo siempre a los ojos, hurgando en su interior. Ella solía retirarse a dormir antes que él. En la penumbra de la vivienda, apartada en su lado de la habitación, ella se desvestía lentamente y dormía desnuda. Durante las noches, Valerio Cerpa se acercaba con sigilo y se dedicaba a contemplarla, escuchaba su respiración cadenciosa, olfateaba sus olores de hembra, el cabello, los hombros, las caderas, hasta llegar a la entrepierna. Su mano flotaba a escasos centímetros de su piel sin atreverse a tocarla, sin perturbar su sueño. Muy cerca de la cama de Victoria Buendía, encendía un último cigarrillo. La lumbre dejaba al descubierto por un segundo el cuerpo palpitante de la mujer, sus nalgas firmes, las piernas recogidas, y entonces Valerio Cerpa se recostaba en el sofá de la sala y desde allí seguía observándola en silencio hasta quedarse dormido.

La tarde del sábado, antes del Domingo de Ramos, ella le habló, aunque no se dirigía exactamente a él, sino más bien a una de las fotografías pegadas en la pared:

—El poder de Dios es inmenso —dijo Victoria Buendía.

Valerio Cerpa se levantó de la mesa acercándose por detrás hasta el lugar en el que ella se encontraba. Él la tomó suavemente de los hombros y preguntó:

—¿A qué te refieres?

Tras un breve silencio, ella contestó:

—A esta fotografía, allí está reflejado todo el portento de Dios.

Valerio Cerpa contempló un instante la imagen y comentó con cierta malicia:

—Quizá esto no fue obra de ningún dios.

Pero, de inmediato, ella replicó, sin mirarlo:

—Todo es obra de Dios.

—¿Todo? —se cuestionó Valerio Cerpa, con algo de burla en

su gesto.

—Sí, todo, y especialmente el poder sublime de crear la vida y acabar con ella. Decidir cuándo y cómo terminarla, con un simple pensamiento, con un gesto inexpresivo...

Valerio, sin dejar de observar aquella imagen, preguntó:

—¿Por qué crees que Dios resolvió esta muerte horrenda para ellos?

Victoria contestó:

—No sé, por ira, o simplemente por capricho, porque él tiene el poder de hacerlo. Así de simple, un día se despierta y resuelve quemar vivas a varias personas, desollar a los animales, esa es su voluntad y debe cumplirse.

Valerio insistió:

—Dime algo, Victoria, ¿algún día quisieras saber quién lo hizo?

Ella lo miró con fijeza y dijo:

—Sí, me gustaría conocer a la persona que fue capaz de hacer algo así.

Valerio, retirándose un poco hacia atrás, preguntó otra vez:

—¿Para qué quisieras conocerlo, para vengarte?

Ella avanzó hacia él y se situó a un palmo de su rostro.

—No, jamás haría algo por venganza, además no reconozco esos rostros, ya no me pertenecen.

Valerio insistió:

—Entonces, ¿para qué quisieras conocer al asesino?

Victoria Buendía, casi rozando los labios de Valerio, respondió:

—Para amarlo.

Luego de una pausa en la que solo se escuchaba la respiración de ambos, Victoria Buendía se dio vuelta hacia la pared y mirando otra vez la fotografía, volvió a decir:

—Sabes, realmente es admirable que alguien pueda hacer algo como esto. Debe ser fascinante recibir todo el poder de Dios para ejecutar su voluntad.

Ella dejó de contemplar la fotografía y caminó lentamente hasta la puerta, Valerio Cerpa la seguía. Mientras las primeras sombras caían sobre la costa, Victoria Buendía le preguntó:

—¿Tú harías algo así por mí?

Valerio Cerpa no respondió. En ese momento comenzó a caer una leve llovizna que pronto agudizaría la humedad del

ambiente. Victoria Buendía se levantó y caminó hasta la puerta. Él la siguió con la mirada, hasta que ella descendió por las escalinatas y se perdió por el sendero que conduce a la playa.

Aquel Domingo de Ramos, la columna de humo proveniente de la iglesia alertó a las personas que se encontraban afuera en ese momento. Algunos pescadores, alarmados, seguidos de varios chiquillos, se apresuraron a llegar a la puerta principal del templo. En ese momento solo se lograba escuchar las notas pausadas de la marcha fúnebre. Las manijas de metal y el cerrojo puesto desde adentro tomaron una coloración rojiza por el calor intenso del fuego. Entonces resonó en el aire el primer disparo, seguido inmediatamente por varios alaridos que venían del interior de la iglesia. Los que se encontraban en el exterior corrieron asustados en dirección del parque. Una viga enorme se desprendió desde lo alto de la torre y cayó al suelo con gran estruendo, frente al portón principal. El caos y la impotencia se apoderaban también de los que estaban arremolinados en la plaza central. Y de pronto, se oyeron siete disparos más…

En la madrugada, cuando todo había terminado, aún se observaban algunos rastros humeantes del incendio que devoró la iglesia por completo.

Sobre las paredes de la casa de Valerio Cerpa, que murió disparándose la octava bala del revólver aquel Domingo de Ramos, se hallaron los recortes amarillentos con las fotografías de la tragedia de los Buendía, ubicados de forma cronológica uno al lado del otro.

En una de esas imágenes, aparecida en el diario varias semanas después del suceso, se apreciaba el rostro calcinado de una muchacha. Al pie de la fotografía se mencionaba el nombre y la breve referencia: *Victoria Buendía, la joven que se creía ausente del lugar de la tragedia, fue el último cadáver identificado por la policía.*

ROCÍO

El silencio nos aplastó apenas entramos en la habitación de uno de los hoteles de paso que abundan en los accesos a la ciudad. Mientras ellos se arrancaban la ropa, poseídos por una furia ansiosa, me acerqué a la ventana. Por un instante, contemplé el espectáculo del fondo negro en el que refulgían las descargas de los rayos descolgándose de las nubes sobre la larga hilera de montañas. Una escena digna de este primer encuentro amoroso.

Me di vuelta y dejé atrás aquella ventana para echar un vistazo general a la habitación que apenas se iluminaba por el tenue brillo ámbar de la luz del pasillo. Para esto, ellos ya se encontraban desnudos, entrelazados, retozando sobre la amplia cama cubierta por una colcha color cereza. Sus bocas se devoraban, convulsas, acompañadas de caricias urgentes. Los dedos de él reconocían la piel de Rocío con avidez. A pesar de que ella ya no tenía la turgencia del pasado y de que algunas imperfecciones marcaban sus nalgas y sus muslos, él se deleitaba hurgando, presionando y explorando ese cuerpo que le era ajeno. Rocío, por su parte, se dejaba hacer, aunque por momentos también recorría con sus manos de porcelana fina la piel áspera y peluda de aquel hombre que bien podía ser su padre. Aquella suerte de exploración inicial resultó para ambos tremendamente lasciva. Apenas ella se abrió en flor, él la penetró con apremio. Sus labios se fusionaron otra vez en un beso que acompañó aquella danza algo más parsimoniosa, parecida a la marea en sus últimos espasmos antes de replegarse para dejar paso al nuevo oleaje.

Pensé en ese momento, mientras ambos se poseían con cadencia, que era la primera vez que los dos se veían desnudos, pues antes tan solo habían tenido la oportunidad de encontrarse en dos ocasiones para cenar, y entonces apenas se habían rozado las yemas de los dedos bajo la mesa, simulando con indiferencia que mantenían una aburrida conversación de negocios. Y más

tarde, en los estacionamientos subterráneos de la oficina de ella, aprovechando la oscuridad, en un arranque concertado por esa atracción física que no pudieron disimular, se habían besado con pasión.

Ahora Rocío se colocaba encima de él. Sus bocas y sus sexos actuaban al mismo ritmo. Me despreocupé un rato de lo que hacían para seguir mi recorrido por la habitación. Al otro lado de la cama, entre esta y el cuarto de baño, había una tina blanca, redonda, vacía. Imaginé que, en algún momento, cuando toda aquella ansiedad inicial cesara, quizás ambos se decidirían a abrir esas llaves para meterse en el agua caliente y abandonarse allí durante un rato para recuperar las fuerzas, aunque en el agua Rocío se convertía en una sensual serpiente. Más de una vez había visto a sus amantes enloquecer con ella en tinas como aquella, o en piscinas de bajo fondo, incluso en la orilla del mar, hace tiempo ya…

Con Rocío he comprendido que el juego de la infidelidad es un carrusel de seres rotos del que nadie sale indemne. Un juego riesgoso, pero terriblemente adictivo. Muchas veces Rocío ha sido la perdedora, cuando se ha quedado sola de pronto, saciada en parte o incluso insatisfecha y el hombre de ese momento inventaba cualquier excusa para dejarla después de haberse vaciado en ella, después de haber saboreado sus mieles. Y, por supuesto, he visto también a Rocío en fuga muchas veces, sintiéndose victoriosa mientras se alejaba de ese amante al que ella sabía que ya no vería nunca, del que se había servido tan solo para complacer su excitación momentánea, pero que, en el fondo, sin que ella lo supiera de inmediato, desgarraba su alma un poco más.

Esa sensación la comprenden quienes entran con frecuencia en las sombras de la infidelidad, que se dan cuenta pronto, por ejemplo, al cerrar la puerta de la habitación, al caminar por el pasillo hasta el *hall* de ascensores o hasta que se sientan en su automóvil y activan otra vez los sonidos del teléfono celular, que su vida ha vuelto a la realidad y ellos apenas han entrado en conciencia de lo que acaba de pasar, y se sumen en remordimientos, quizás fugaces o algo más permanentes, pero que hieren al fin.

La infidelidad, cuando se la practica con discreción, es una ruleta rusa en la que participas a sabiendas de que el tambor del

revólver no aloja ninguna bala, y que, por tanto, no vas a morir como consecuencia de ese acto, pero saldrás ineludiblemente afectado por él. Los infieles primerizos —Rocío lo fue hace mucho tiempo— suelen confundir la posesión carnal con un acto de amor. Más tarde o más temprano, a veces cuando el daño ya es irreparable, comprenden que son dos cosas distintas y que el verdadero riesgo de un acto de tal magnitud no está en la posesión sino en la intimidad, en la fusión de ambas que suele producirse normalmente luego de varios encuentros. Y es que, en el fondo, el acceso carnal no es lo que buscan en realidad los amantes, o no es lo primordial, sino más bien inmiscuirse en la intimidad de la otra persona hasta alcanzar y, en la medida de lo posible, traspasar esa línea difusa y riesgosa de la confidencia: los secretos de alcoba, facetas personalísimas del esposo o esposa, deseos no cumplidos o frustrados en la pareja, inquietudes, temores, disputas… Y hasta ahí, quizás, están dispuestos a avanzar los más experimentados, pues apenas aparecen las grietas auténticas de esa relación a la que se está poniendo a prueba, de la que ambos se burlan a escondidas, se corre el riesgo de que el amante, él o ella, caigan en aquellas hendiduras y todos resulten heridos. De algún modo, por eso me encontraba en alerta en aquel cuarto de motel junto a Rocío, igual que otras veces, muchas otras veces...

En el velador del lado de la tina relucían los aros dorados de ambos. El de ella, liso y pequeño, y el de él, grueso, surcado por tres anillas en relieve. En ese momento escuché los gemidos que caracterizaban el inminente orgasmo de Rocío, tres quejidos cortos y uno extendido que la sorprendió echando su cuerpo hacia atrás, contorsionándose sobre aquel hombre que emitió también un sonido gutural al vaivén de sus últimos embates.

Las manos de él, surcadas de venas azules y de un mapa caótico de arrugas, se posaron sobre la espalda de Rocío cuando esta se derrumbó otra vez sobre su cuerpo. Sus sexos permanecieron unidos. A pesar de su relajación, de la respiración intensa y acompasada de ambos, no se separaron durante algunos minutos. Permanecieron un rato más bien largo en la misma posición, ella sobre él, él dentro de ella. No hubo palabras de por medio, tan solo miradas profundas y besos, muchos besos, primero algunos sorpresivos de ella con los labios cerrados sobre los labios de él que respondían con la misma serenidad, pero

luego sus bocas se entreabrieron y se desplazaron de manera juguetona hacia las comisuras, hacia la quijada de él o a los pómulos de ella, hasta recalar otra vez en esas aberturas inundadas por la humedad del otro. Y, después, sus cuerpos que seguían unidos comenzaron otra vez a moverse con suavidad, armoniosos, recuperando el ritmo que había cesado poco tiempo antes…

Tras ese segundo encuentro, que fue una prolongación menos arrebatada y más melodiosa que el anterior, los dos se quedaron quietos, engarzados, contemplándose a los ojos de una forma poco usual. Ese instante se me quedó grabado pues fue entonces cuando la otra presencia, la que le pertenecía a él, se manifestó por primera vez en la habitación, y eso no era algo que sucedía normalmente en las aventuras con Rocío.

No era la primera vez que ella sucumbía a los encantos de un hombre mayor, eso estaba claro, pues le había sido infiel a su esposo en muchas ocasiones, siempre con hombres maduros, casados y de similar aspecto físico: altos, delgados y buenos mozos. Pero lo que estaba sucediendo allí era distinto. Este hombre que ahora le prodigaba besos cariñosos, que acariciaba con paciencia cada rincón de la piel de Rocío, era alguien que parecía saber perfectamente lo que ella anhelaba. Y sus miradas, la intensidad renovada, las vibraciones extrañas en la piel de ambos, habían provocado que esa otra presencia se definiera en aquel cuarto como una suerte de alarma. El riesgo en este punto, todos en esa habitación podíamos presentirlo ya, era inminente.

No tenía dudas de que ese hombre que yacía con Rocío también había sido infiel varias veces. Me había acostumbrado al juego de encuentros furtivos y fugaces, incluso a volver a ver el mismo rostro durante varias ocasiones, pero por esa misma razón comprendía que algo no había salido bien, o, lo que es más complicado aún, que algo había salido demasiado bien y, por tanto, existía el peligro real de cruzar aquellos límites que expondrían a la pareja a una situación mucho más enredada que una noche de sexo ocasional.

De pronto tuve la certeza de que todo lo que acababa de pasar entre ellos iba a arrastrarlos a una situación no deseada. Aquella sombra clara que se empezaba a definir al otro lado de la cama, también preocupada, contemplativa como yo de la pareja que permanecía abrazada sobre la cama, me anunciaba que ese riesgo

se cernía claramente sobre ellos. Aristóteles lo definió de la mejor forma mucho tiempo antes, cuando yo ya surcaba esta otra dimensión: "*El amor está compuesto de una sola alma que habita dos cuerpos*".

Entonces Rocío recibió la señal y, súbitamente, abrió los ojos y se apartó de él con cierta brusquedad. Atinó apenas a balbucear algo mientras iba al baño desnuda, recogiendo sus prendas de forma atolondrada. El hombre en un inicio se mostró desconcertado. Cubrió con la sábana su cuerpo desnudo, la erección menguando, y metió su brazo debajo de la almohada para recostarse de lado. Quizás pensó que ella se había levantado al baño por alguna urgencia, pero su mirada se tornaba vidriosa. A lo mejor él también empezaba a comprender que, de algún modo, sin quererlo, ambos estaban entrando en aquel terreno peligroso. Y si no lo había comprendido ya, esa otra presencia, la suya, que se había manifestado de forma clara en la habitación, pronto se lo haría saber. Para no encontrarme directamente con esa presencia que comenzaba a definir sus rasgos, me di vuelta. Aquella era la línea que nadie debía traspasar. El hombre que yacía sobre la cama debió percibir esa manifestación como un repentino desasosiego que lo envolvió de pronto pues, confuso, apresado por una súbita inquietud, se levantó. Buscó su ropa y empezó a vestirse. Mientras tanto, Rocío permanecía en el baño.

Decidí ir a ver cómo estaba ella. La encontré delante del espejo, nerviosa, mirándose sin apenas reconocerse. Como siempre, mi abrazo la sosegó y la posibilidad de que se abriera una grieta en su alma cicatrizó. Poco a poco su ansiedad se fue aplacando, hasta que su mirada volvió a recuperar el brillo de siempre. Ella se dio vuelta y caminó hasta la ducha. Abrió la llave, esperó a que el agua se calentara y entró en el pequeño cubículo de vidrio. Se bañó con pausa, como si estuviera aguardando que el tiempo transcurriera para eludir o evitar un nuevo encuentro con aquel hombre que la había llevado, al parecer, hasta esos umbrales que los infieles expertos no cruzan jamás. Sus dudas, obviamente recaían también en el hecho de que solo ella y no su amante pudiera sentirse así en ese momento, con grietas o fisuras que esa otra persona pudiera franquear para, finalmente, intentar habitarla.

Mientras ella se duchaba, escuché el ruido de la puerta que se cerró con un golpe seco. Gracias al sonido del agua, Rocío no

alcanzó a oír nada. Volví a la habitación. El hombre y aquella presencia habían desaparecido.

Al salir del baño, Rocío, vestida y acicalada otra vez, echó un vistazo rápido a la habitación sin inmutarse por la ausencia evidente, al menos en apariencia. Todas esas sensaciones caóticas se habían disipado con aquella ducha caliente. Yo la conocía a la perfección y sabía que se estaba conteniendo, y que, si superaba las primeras horas sin hacer una tontería como llamarlo o dejar un mensaje en su teléfono, pronto lo superaría y aquella aventura que había estado a punto de conmocionarla, quedaría en un simple recuerdo erótico, en otro encuentro más de su vida.

Rocío se acercó al velador, tomó su alianza y sus pulseras y se las puso otra vez con su coquetería intacta. Encendió el teléfono celular y esperó un instante a que la pantalla se iluminara. Lo primero que hizo fue bloquear el contacto de ese hombre. Luego descubrió que tenía varias llamadas perdidas, todas de su esposo. Solo en ese momento me di cuenta de que su amante había dejado una nota escrita para ella sobre la almohada, el intento final de un nuevo enlace que su presencia no había advertido y que en el futuro podría resultar catastrófico. Mientras Rocío revisaba los mensajes escritos que le había dejado su marido en el teléfono, me transformé en remordimiento y apremio, una vez más, y así, Rocío salió presurosa de la habitación sin descubrir ese papel escrito a último momento por el amante de aquella noche.

Cuando estuvo otra vez en la calle, conduciendo su vehículo en medio de un fuerte aguacero, Rocío marcó el teléfono de su esposo y con su voz más dulce, le dijo que iba ya camino a casa, que lo había extrañado mucho aquel día.

APOLIÓN

Conocí el infierno por dentro. Conocí a Satanás en sus distintas advocaciones. Al principio me provocaba asco y miedo, un miedo helado que nunca he vuelto a sentir. Más tarde, con el tiempo, aprendí a dominarme cuando lo tenía cerca, y entonces descubrí que podía ser todo un caballero, un tipo de lo más cordial, aunque, en el fondo, tarde o temprano, siempre aparecía la víbora que lo gobernaba. Lo vi en tantas ocasiones habitando seres distintos que, en algún momento, decayó el ímpetu de venganza que me había poseído desde el principio, hasta que cometió su único error…

La primera vez no puedo decir que lo vi, pero sí sentí su presencia brutal en todo mi cuerpo. De eso ya ha pasado mucho tiempo, pero los recuerdos en esas circunstancias nunca se borran de la memoria, peor aún cuando era una joven que apenas había traspasado el umbral de la niñez.

Me encontraba en un lugar desconocido para mí. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha. Cuando me la quitaron estaba de pie en medio de una habitación en penumbra. El aire acondicionado, a tope, zumbaba de forma delicada. Sentí que había entrado en un frigorífico. El piso era helado y relucía. Seguramente era de mármol, yo no lo podía saber. Apenas distinguía las sombras del mobiliario que adornaba aquel lugar amplio que olía a cloro y a semen, o quizás a una sola de las dos pues ambas huelen muy parecido. Eso lo aprendí con el tiempo. Me dejaron allí, sola, durante varios minutos. Mis ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad. Noté entonces que había varias columnas a mi alrededor y que aquellos objetos extraños que parecían muebles eran esqueletos de animales, esculturas, piedras enormes, armaduras y otras piezas que no logré identificar. Era como si hubiera entrado en un extraño y misterioso museo.

De pronto escuché una voz fina, casi femenina, que parecía

brotar de todos lados: Camina tres pasos a tu derecha. Detente. Gira a la izquierda, dos pasos hacia el frente, otra vez a la izquierda… ¡Alto! Yo solo obedecía.

Tras una breve pausa en la que una respiración agitada dominó el zumbido del aire, volví a escuchar: Levanta tu mano derecha, lentamente. Así lo hice. La luz ámbar de una lámpara se encendió de forma progresiva. Me encontré en medio de una enorme sala rodeada de pequeñas figuras indígenas que se exhibían en anaqueles de madera protegidos por escaparates de cristal. Al fondo de la sala colgaba un telar de colores vivos. Durante varios minutos solo hubo silencio, hasta que, de pronto, resonó otra vez aquella voz:

—¿Observaste las figuras?

Imaginé que la voz surgía de la parte trasera del telar. Respondí con un no atorado. Sentí repentinamente un olor delicioso a perfume. Era un aroma cautivador, pero imposible de definir.

—No te oigo. ¿Observaste las figuras?

Temerosa, respondí:

—No.

Cada vez que hablaba, las modulaciones de su voz tenían un acento más grave. Parecía la voz simulada de un travesti.

—¿Y a qué esperas? ¡Contémplalas todas, alimenta tu memoria con ellas!

Me acerqué entonces a los aparadores y las vi. Eran posturas sexuales, decenas de ellas, todas realizadas por personas de rasgos indígenas. En otra pared las figuras eran masculinas, siempre con el miembro erecto, penes desproporcionados que aquellos seres acariciaban de forma maliciosa.

—¿Te gustan? —preguntó.

—Sí —contesté, mintiendo.

—Me alegro. Son piezas originales de la cultura maya, únicas. El Kama Sutra de los mayas, le dicen. Su valor es incalculable —apuntó, licuando sus palabras con una entonación femenina.

Alguien carraspeó en otro lugar de la habitación, en el lado contrario al de la voz. Me pareció oír una risa ahogada.

—¿Cuál es la que más te gusta? —preguntó, resoplando, como si estuviera aburriéndose del juego al que me sometía.

—No sé —respondí, vacilando. Empecé a sudar a pesar del

aire gélido que inundaba la habitación. Mi lengua se secó y el estómago se me revolvió, crujiendo.

—Escoge una figura, obsérvala detenidamente y luego describe para mí lo que veas —ordenó.

Me acerqué, aterrada, hasta una de las estanterías. Mis ojos se detuvieron en la figura de dos amantes enroscados, como una serpiente de extremidades humanas con dos cabezas.

—¡Descríbela! —gritó. Esta vez su voz denotaba impaciencia. Me encontraba al borde del llanto. Lo único que pensaba era cómo podía salir de aquel lugar—. ¡Describe lo que estás mirando!

Mi voz brotó débil:

—El hombre abraza a la mujer. Están de pie. Ella levanta la pierna derecha y la pasa alrededor de los muslos de él…

—¿Qué más? —insistió.

—Ella acaricia su espalda…

—¿Qué más? —Su entonación era cada vez más violenta.

—Él la penetra…

De pronto me interrumpió:

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce —respondí.

Se produjo un silencio en el que apenas identifiqué el roce de una tela y el murmullo de los muelles de un colchón.

—¡Acércate! —ordenó.

Caminé hasta el telar que dividía la sala. Me detuve allí un instante.

—¡Entra! —dijo la voz.

Abrí con mis manos la cortina. En el fondo de la habitación contigua se recortaba la silueta de una cama, y detrás una ventana con las cortinas cerradas. La luz de la lámpara que iluminaba la exhibición, a mis espaldas, se apagó, y al mismo tiempo se encendió una luz blanca que lastimó mis ojos. Levanté la mano para cubrirlos. Así logré ver apenas lo que tenía enfrente. Sobre una cama gigantesca distinguí un bulto.

—Ven aquí —dijo.

Esta vez su voz sonó delicada. La luz seguía encandilando mis ojos. Me detuve a dos pasos de la cama. No podía ver al hombre recostado, pero podía oler su extraño perfume. Respiraba de forma aparatosa, resoplando y emitiendo un leve silbido cada vez que exhalaba.

—Retira las manos de tu cara. Quiero verte completa, quiero observar tus rasgos.

Obedecí. Aquella luz me lastimaba. Tuve que parpadear constantemente. Pasaron algunos segundos en los que él solo me contempló. Me pareció que la luz había disminuido un poco su intensidad.

—¡Desnúdate! —ordenó.

Sentí que las lágrimas inundaban mis ojos y resbalaban por mi cara. Habría querido suplicarle, rogarle que me dejara salir, pero comprendí que todo era en vano. Había caído en el infierno y debía pagar el precio por entrar allí. Me quedé desnuda frente a él y esperé que su voz irrumpiera otra vez en la habitación. Sentí que había otros ojos que me observaban desde distintos rincones, quizás en el espacio enorme que parecía haber detrás de la cama, o desde alguno de los negros recovecos que me rodeaban. Tardó un par de minutos en hablar:

—¡Ven aquí!

Respiré profundamente y me acerqué.

—Más cerca —insistió, palpando con su mano las sábanas.

La luz no dejaba de alumbrar mi cara de modo que siempre el hombre estaba protegido en una penumbra forzada por mi ceguera momentánea. Una mezcla de fragancias me envolvió. Me senté a su lado, recogiendo las piernas. La luz blanca me bañaba y me hacía sentir más expuesta. Todo mi cuerpo temblaba y mis dientes castañeaban. Una mano regordeta de anchos dedos llenos de anillos irrumpió en la luz para acariciarme. Me llamó la atención un anillo que tenía una serpiente enroscada, seguramente hecha de rubíes o alguna otra piedra preciosa de color rojo. Su mano era lampiña, ansiosa. Rozó mi hombro con las yemas de los dedos, descendió por el brazo y alcanzó mi pierna. Su cuerpo se movió con dificultad como si hubiera tratado de incorporarse. Pensé que quizás estaba recostado y se había sentado. Resolló y tosió una vez. Podía escuchar al hombre resoplando y gimiendo. Parecía que alcanzaba la cúspide de su excitación teniéndome a su lado. Me empezó a tocar, sus manos húmedas y otras manos que aparecieron de pronto sobre mí. En una actitud defensiva logré retirarlas y conseguí agarrar el miembro del hombre, pero me encontré con un pene minúsculo, flácido y reseco. Entonces me golpeó en el rostro, una y otra vez, con el puño. Varias manos cerradas me golpearon a continuación.

—¡Nunca me toques, puta de mierda! —gritó, desaforado.

Solo su voz resonó en el lugar. Los demás no hablaban, ni siquiera los escuchaba gemir o respirar, pero sus manos aviesas delataban su presencia. No pararon de golpearme hasta que perdí el conocimiento.

Desde ese día toda mi vida fue una caída permanente al abismo. Si en algún momento me detenía, aferrándome a algo que me pudiera sacar de aquella pesadilla, siempre aparecía él para hundirme una vez más en sus dominios. Allí lo perdí todo, mi juventud, mi voluntad, mi conciencia, mis ganas de vivir, hasta que, en algún momento, años después, cuando ya no les fui útil, me expulsaron y me dejaron en la calle.

Deambulé entonces por varios lugares que no reconocí, por ciudades que no recordaba haber visto jamás, entre personas que hablaban lenguas totalmente extrañas. Muchos años después, en uno de esos sitios por los que vagaba entregando mi cuerpo a cambio de comida con los que no me tenían asco, lo sentí cerca otra vez. Fue como un latigazo que llegó de pronto hasta mis fosas nasales. Allí, en algún lugar estaba él, sin duda, pues jamás podía olvidar aquel aroma único e irresistible. Seguí entonces su rastro y me llevó hasta una gran casa de piedra que se había levantado junto al antiguo pórtico de entrada a esa ciudad, a pocos pasos del inmenso barranco unido por un largo puente. Ríos de personas subían y bajaban por las estrechas calles del casco viejo, y aunque me confundía entre todas ellas, aquel olor me invocaba desde una puerta majestuosa de madera que se encontraba abierta de par en par, custodiada en el centro por un hombre de otra época que llevaba una pizarra en la mano mientras recibía a los elegantes clientes que hacían una fila para entrar. Era imposible que alguien como yo pudiera ingresar en un lugar como ese, lujoso y elegante, para degustar aquellos manjares que se exhibían en un gran ventanal mientras se asaban a fuego lento. Me quedé mirando durante un rato esas carnes doradas que daban vueltas entre las llamas que los lamían, mientras yo salivaba imaginando cómo sería llevarse a la boca algo así. Ya no recordaba entonces lo que era comer algo caliente, pero suponía que aquellas delicias por las que tanta gente bien vestida hacia fila debían saber a gloria.

Aguardé en el exterior de la gran casa manteniendo siempre encendido mi olfato para no perder el rastro de aquel aroma.

Algunas horas después, en medio de un gran tumulto, llegó hasta mí la oleada furiosa de su perfume. Y lo vi. Era otra vez aquel hombre descomunal y fofo que me había arrastrado hasta las tinieblas, satanás en persona. Estaba rodeado de varios jóvenes bellos, mujeres hermosas y elegantes, y dos niños. Me encontraba a pocos pasos, extendiendo mi mano como si estuviera pidiendo limosna. Mi aspecto no podía delatarme. Traté de acercarme a esa gente y solo en ese momento me fijé en sus manos. Allí estaba aquel anillo de oro con la serpiente de rubíes enroscada en sí misma. Una vez más lo tenía frente a mí. A pesar del tiempo transcurrido, no parecía haber envejecido. Sus formas eran igual de horrorosas: carnes aguadas y bamboleantes, el rostro enrojecido y abotagado, sudoroso. Todos los demás lo rodeaban, pues al final también era su amo, nuestro amo. Lo seguí unos pasos con cierta distancia, y, una vez más, lo vi inmenso, haciendo gala de su poder con toda esa gente que iba detrás, pero entonces todo el influjo de su presencia se destruyó de pronto, cuando en su grandeza, mientras se disponía a cruzar el enorme puente de piedra sobre el acantilado, lo vi abrazar a esa niña rubia que iba a su lado. Vi cómo la elevaba con sus brazos mientras ella reía, y lo vi acariciarla y besarla como si se tratara de un hombre común, como un ser inferior y vulgar que de pronto exhibe su debilidad ante el mundo, en medio de un sendero lleno de gente que iba y venía por encima de aquel gigantesco barranco. Todo lo que representaba su demoníaca presencia en ese momento, todo el temor que sentía por él, se había deshecho en ese simple acto humano que resultaba una verdadera torpeza incluso para alguien omnipotente como él.

Fue entonces cuando decidí abalanzarme contra su enorme y blanda corpulencia, justamente cuando sostenía a la pequeña con sus brazos en alto al borde de aquel abismo interminable, de aquella garganta letal que se lo tragaría en pocos segundos.

ENCARNACIÓN

La víspera de la muerte de Julia, en medio de un prolongado delirio febril, una voz que no reconocíamos repitió incansable: *Estamos muertos desde que nacemos*… Yo era muy pequeña, acababa de cumplir siete años y me impresionaba con facilidad. Recogida en una esquina de aquel vagón, impregnada del olor de los que viajábamos apretujados, recuerdo que cerraba los ojos con todas mis fuerzas y cubría mis oídos intentando escapar de aquel lugar rodeado de muerte y desgracia. Pero esa voz áspera martilleaba el silencio y me mantenía despierta. A mi lado, Julia era cada vez más espectral, y mi madre, que la cargaba sobre su regazo, se difuminaba poco a poco por el sufrimiento.

Imaginaba entonces, intentando acallar en mi cabeza todos los sonidos presentes, que nos encontrábamos aún en el pueblo. Jamás he vuelto a ver noches más negras que las del pueblo en el que nació mi madre. Pobrecilla, esa oscuridad en la que vivió de niña fue un presagio certero de su tragedia.

La fiebre de Julia, mi hermana mayor, no bajó en toda la noche. La voz aquella tampoco se calló nunca. Apenas amaneció, cuando los primeros rayos de luz se filtraron en el vagón, alguien notó que la niña estaba muerta. Mi madre se aferró a su cuerpecito frío, pero no logró impedir que el tren se detuviera cerca de Arévalo y nos dejara allí, en un descampado a las tres solas, desamparadas. Un reportero que estaba allí tomó una fotografía de ese preciso instante en que el tren se alejaba, mientras mi madre cargaba a su hija muerta y me sujetaba de la mano.

La vida nos entrega todo al llegar y luego nos lo quita poco a poco. En las tierras áridas de Arévalo, con ayuda de unos hombres que pasaban por el lugar, enterramos a Julia. Mis recuerdos de entonces son brumosos, pero aún guardo en mi memoria el sonido que hacía el viento cuando mecía tristemente un pequeño grupo de árboles que nos servían de sombra.

Estábamos a pocos kilómetros de Madrid y por fin se respiraban aires de paz. La guerra había terminado, pero el dolor y el hambre seguirían junto a nosotros durante mucho tiempo. Mi madre no iba a superar la pérdida de su hija. Se quedaría para siempre en el lugar en que enterramos a Julia, aunque nunca volvería a pisar ese sitio. Su mente se alejó inconscientemente de todo lo que la rodeaba. Solo pensaba en su niña, en el pedazo de su vida que había entregado a la tierra.

Aquel día, luego de haberla enterrado, caminamos siguiendo los rieles del tren. Yo aún no podía comprender hasta qué punto la desgracia nos había tocado con su mano. A momentos, cuando nos cruzábamos con las tropas vencidas de los rojos, me decía, *tu hermano debe estar con ellos*, y se acercaba y preguntaba a esos hombres maltrechos, espectrales, si conocían a su hijo que respondía al nombre de Juan Descalzo, pero todos le respondían con gestos negativos, con indiferencia algunos. Ni siquiera les quedaban palabras a los pobres.

Llegamos a Madrid por la noche, pero no encontramos el edificio donde estaba nuestro apartamento. Mi madre, agotada, daba vueltas en varios sectores que a mí me resultaban desconocidos. Dormimos a la intemperie, en una plazoleta en la que se habían reunido varios grupos de personas haciendo fogatas. Comimos cáscaras de patata y unos trozos resecos de tocino. Al amanecer emprendimos otra vez el camino a casa, pero nos hallábamos muy lejos aún. Todo estaba en ruinas en esa ciudad que se nos hacía extraña.

Cuando llegamos a nuestro barrio, descubrimos que varios edificios habían sido destruidos y todo aquello era una suerte de escombrera que olía a humo y polvo. Nos costó trabajo encontrar lo que quedaba del nuestro. Mi madre lo reconoció por el número de placa que aún colgaba de la fachada derruida. Entonces me dijo, mientras se alisaba el pelo con las manos: *Mira qué pronto hemos llegado, Emilia. Espero que tu padre no esté enfadado con nosotras… No importa, se pondrá feliz de vernos…*

Alguien, una mujer, no recuerdo ahora su nombre, reconoció a mi madre y le advirtió que no se podía entrar en el edificio, pero ella insistió. La mujer, extrañada por la reacción de mi madre, dijo: *Encarnación, dame a la niña, es peligroso que entren allí ahora.*

Mi madre nunca más volvió a salir.

Entre mis recuerdos revueltos de entonces quedan algunas frases sueltas que trataban de ocultarme que ella se había ahogado en el sótano inundado del edificio. Yo pasé un par de noches o quizás algo más con esa mujer que me acogió hasta que apareció mi hermano, tu abuelo, que llegaba como tantos, derrotado en aquella guerra. Pocas semanas después apareció papá, que también había estado en el frente con los republicanos, y desde entonces la vida, de algún modo, aunque resulte extraño decirlo, fue feliz otra vez para nosotros.

A Juan Descalzo, mi abuelo,
que nunca contó nada sobre
el final de su madre y de su hermana.

A Juan Ramón, que muchos años
después descubrió en un viejo diario de 1939 la última
fotografía de su abuela y de Julia, su hija muerta.

Y, por fin, a la tía Emilia,
que, a su modo, me confirmó la historia
del tren al final de su vida.

MOARRY

13 horas, 04 minutos…

Tú no elegiste nacer así. Eres así. Tu cuerpo fue obra de la casualidad, de un equivocado cruce genético o, tal vez, todo estaba ya escrito y tienes ese aspecto por decisión de aquel dios al que la gente ama, ese dios por el que la gente mata y muere. A lo mejor, después de todo, ese dios inferior existe y usa sus poderes proféticos para vengarse por anticipado de los que renegarán de él más adelante. Porque alguien debe cargar con la culpa de haberte creado con esta piel lechosa que transparenta tus venas azules, y el cabello y los vellos rubios como la cabuya, con los ojos malogrados por cualquier haz de luz que pretenda alcanzarte. Alguien debe ser declarado culpable por sentirte siempre rechazado, causando repugnancia o lástima, cuando menos…

Tú no elegiste nacer con el espíritu dañado, tú eres así porque en el proceso de tu creación quizás se produjo un error que te llevó a esa inclinación torcida que tienes hacia los más pequeños. ¿Esta desviación te la transmitió tu padre o acaso fue tu madre? ¿Y si en realidad fuiste hecho a la imagen y semejanza de un dios, qué clase de ser espantoso sería él? Un ser ínfimo e imperfecto, malévolo, sin duda… *Dejad que los niños se acerquen a mí*, dicen que dijo su hijo, ¿no?

Pero la gente no lo comprende, creen que eres un criminal y te llaman degenerado, enfermo… ¡Vaya palabras tan desagradables! En lo único que tienen razón es que llevas encima la carga insoportable de tu enfermedad desde que naciste con el trastorno de algún antecesor malsano, el tuyo propio o el del semental de toda la humanidad. Al final da lo mismo, pues ese dios resulta ser un padre que engendra hijos perversos para su propia diversión. Ese dios que ha demostrado ser tan pérfido que con solo un chasquido de sus dedos divinos trae al mundo hombres y mujeres

con el alma estropeada, como la suya misma, para provocar a los demás de su especie, para crear el caos entre ellos, para deleitarse con su gigantesca y patológica puesta en escena.

¡Despierta!

Despierta, cobarde, maldito inútil…

10 horas, 15 minutos…

Fuiste un niño huidizo, esquinado. Tu madre te ocultó desde que naciste. Alguna vez le escuchaste comentar con alguien que se avergonzaba de ti. Lo dijo en voz muy baja, pero no lo suficiente como para evitar que sus palabras alcanzaran tus oídos sensibles hiriéndote como un afilado cuchillo. Sí, podías tener la vista limitada, casi nula bajo la luz del día, pero tu oído compensaba otras carencias.

Es curioso que tu primer recuerdo nítido de la infancia sea aquella frase que tu madre expuso a aquel desconocido. Tenías cinco o seis años entonces. A tu padre no llegaste a conocerlo. Nunca supo de tu existencia pues ella se encargó de ocultárselo de la forma más vil: matándote antes de que nacieras. Esto te lo revelaron esas cartas que se cruzaron los dos jóvenes enamorados en sus primeros meses de escarceos. Apenas tres cartas a partir de las cuales lograste reconstruir una historia de vergüenzas y mentiras.

Toda tu vida ha estado marcada por la impronta tremenda que supuso tener una madre deshonrada por tu presencia, una madre que debió abandonar su pueblo y su familia católica apostólica y romana, humillada y condenada para toda la eternidad por llevarte en su vientre. Una madre que se vio obligada a sumergirse en los tugurios del gran Buenos Aires por la afrenta de llevar un hijo ilegítimo en sus entrañas. Sí, un bastardo, un engendro del mismísimo demonio. Una madre que debió separarse del amor de su vida hasta que tú nacieras pues no habría soportado el extenuante viaje entre la Argentina y Popayán, seis mil kilómetros de vías angostas y polvorientas, plagadas de peligros y sobresaltos. Una madre que, posiblemente, lloró de angustia y terror cuando te vio por primera vez después de haberte expulsado de su matriz tras una extenuante labor de parto. Una madre que a partir de ese momento te escondió de

todos, y que no tuvo el valor de abandonarte en una iglesia o ahogarte en las aguas chocolatadas del río de La Plata, pero que de todos modos te ocultó en aquella habitación de conventillo y te mató en una última carta enviada a tu padre: *Nuestro hijo nació muerto… Me encuentro desolada, solo deseo estar contigo… ¿Cuándo nos volveremos a ver?…*

Con el tiempo tu madre y tú consolidaron una relación soportada en silencios profundos y escasas muestras de afecto. No ibas a la escuela para evitar que los otros niños se ensañaran contigo. No podías salir a la calle porque los rayos del sol te hacían daño, y cuando no había sol tampoco podías porque los niños se burlaban de ti. Las contadas ocasiones que debías acompañar a tu madre a la consulta del médico que te atendía, ella cubría cada centímetro de tu piel con ropas de manga larga, guantes y un enorme sombrero de fieltro que bailaba sobre tu cabeza. Te sentías como un gnomo y el paseo se convertía en una tortura, especialmente en el verano. Luego estaban aquellas tediosas esperas en el consultorio del servicio público del doctor Rinaldi: cabeza baja, sentado en una silla hasta que se te adormecía el trasero y la parte posterior de los muslos, los ojos fijos en el piso de parqué, evitando cualquier contacto con los demás pacientes, especialmente si eran niños. Contabas una y otra vez los tabloncillos de madera del espacio que alcanzaba tu vista. El recuerdo del doctor Rinaldi, sin embargo, es más bien amable. Fue una de las pocas personas que se atrevieron a acariciar tu cabellera desteñida sin sentir repulsión, o sin demostrarla, por lo menos. *Albinismo oculocutáneo, albinismo completo*, fue su diagnóstico definitivo. Cómo olvidar ese término que marcaría tu vida para siempre: Albinismo oculocutáneo. *O-cu-lo-cu-tá-neo*, repetías una y otra vez, contando mentalmente las sílabas y remarcándolas con un leve movimiento de tus dedos, mientras volvían a casa…

Con tu madre aprendiste a leer y a escribir. También a sumar y a restar. Su forma de decirte que de algún modo te quería fueron sus enseñanzas y los libros que te llevaba a casa cada semana para que no te aburrieras en tu encierro: cuentos, fábulas, poemas, y luego Twain, Salgari, Verne, Dickens… Libros de segunda mano, casi todos, medio destruidos y con hojas faltantes, pero verdaderas joyas para tu imaginación. Leías cada minuto del día, y mientras más leías, tu vista menguaba de modo

irreversible. Tu madre colocaba la lámpara de pie detrás de tus hombros y con esa luz indirecta tú te sumergías en las páginas de los libros durante horas. Cuando no leías mirabas por una esquina de la ventana de la habitación el patio central del conventillo en el que una docena de familias hacía su vida compartiendo una sola cocina y un único cuarto de baño. Solo tú hacías tus necesidades en casa, en la bacinilla que mamá guardaba bajo su cama. Quizá la bacinilla era blanca o celeste, tu memoria no alcanza a tanto… Lo que sí recuerdas es que la vida en el interior del conventillo rayaba lo miserable, lo caótico, pero de algún modo tú veías cierta felicidad en esa gente o, simplemente, era el antirreflejo de lo que sentías. Gracias al vacío que te envolvía desde temprano en la mañana hasta avanzada la tarde cuando ella regresaba, desarrollaste una imaginación prodigiosa que se convirtió en tu mejor compañera de juegos. Recreaste mil veces las escenas de los libros que más te gustaban, y las cambiaste a conveniencia para ser héroe en unos casos y villano en otros. Con el tiempo, héroe en ocasiones, villano casi siempre… Héroe casi nunca, villano por necesidad… Pirata de Mompracem, Drácula, un fantasma pernicioso encadenado a la eternidad… Así, cuando los chiquillos curiosos subían las escaleras metálicas hasta tu habitación y pretendían asomarse por la ventana, les dabas unos sustos de muerte ya fuera envuelto en una manta blanca o con la sola proyección de sombras y sonidos desde el interior. De este modo mantuviste a raya a toda la tropa de cretinos que luego del susto, trémulos, aún vociferaban sus insultos: blanquito, ciego, abuelita, fantasma…

El conventillo estaba ubicado en Barracas, eso lo recuerdas claramente. Barracas era entonces un laberinto de calles estrechas y arenosas, una barriada plagada de casas vetustas, almacenes y verdulerías, abarrotada de migrantes y oportunistas, cafiches y putas, un reducto infernal en el que se cocían juntas miserias y desgracias… Los panaderos aparecían como por arte de magia temprano en la mañana y al final de la tarde con sus carritos de hierro cubiertos por mantas incoloras, esparciendo un aroma celestial que se filtraba por entre los barrotes de hierro de la ventana y se te quedaba retenido durante varios minutos en la nariz. Habrías dado lo que sea por hincarle el diente a esas facturas recubiertas encima por una delicada costra de dulce, pero tu madre nunca llegaba a tiempo para comprarlas. El

lechero, vara en mano, deambulaba también en las tardes junto a una vaca de carnes insuficientes que arrastraba las ubres por la tierra. Por más que te esfuerces, conservas pocos recuerdos claros de aquellos días: el olor a puchero a la hora del almuerzo, la pestilencia a cañería en las noches, el ruido persistente de los tranvías remordiendo los rieles oxidados que surcaban la ciudad…

Aquel mundo embarrado de nostalgias que se mezclaban con tus personajes imaginarios se derrumbó esa noche en que tu madre no volvió a casa. La angustia que tuviste cuando las sombras cubrieron la habitación solamente se puede explicar con aquella sensación de ahogo que te tomó por asalto obligándote a salir a la calle oscura. Sentías como si un hueso de melocotón se te hubiera atragantado. Recorriste las calles aledañas al conventillo casi fundiéndote con las paredes, agazapado como un malhechor, contemplando las fogatas en las aceras, escuchando los acordes solemnes de los bandoneones, gritos, altercados, risas destempladas... Tu aventura en solitario duró apenas unos minutos pues te aterró la inmensidad del mundo que se te abría cada vez que llegabas a una esquina. Lo que alcanzaban a ver tus ojos era un laberinto sin fin, un universo impenetrable. Volviste a la seguridad de tu habitación. Luego tu memoria conserva ciertas imágenes algo atropelladas, difusas: tu cama, los rayos del sol que se filtraban por la ventana, varias personas que te resultaban familiares rodeándote, volviendo insoportable el calor de tu dormitorio, quizá alguna palmada en la espalda, algún amago de abrazo, llantos aislados, y el recorte de una figura fantasmal cubierta por una manta gris descansando sobre una mesa en el centro del patio, descomponiéndose cada segundo bajo los rayos de un sol agresivo, feroz. No llegaste a ver el cadáver de tu madre desfigurada, cosido a puñaladas como le escuchaste decir a alguien aquel día, tan solo una mano lánguida, muy blanca, que se dejó caer cuando aquellos hombres levantaron el cuerpo y lo sacaron en volandas hacia la calle.

Lo demás es ahora una suerte de caleidoscopio en tonos grises que te muestra ciertos pasajes del tedioso viaje hacia aquel país lejano y desconocido cuyas fotografías te fascinaron: selvas, animales exóticos, montañas, tres océanos en diversos tonos de azul, tan distintos a las aguas fangosas del río de La Plata; también la imagen abotagada del párroco de Barracas que te

cuidó los días previos al viaje, el sofoco que te provocaba su franela negra, tremendamente gruesa, del hábito que vestía; las cartas que leías una y otra vez y luego guardabas en tu baúl añil con las ropas y los pocos libros que te permitieron llevar en el viaje; las promesas de encontrar a tu padre siguiendo las señas de la correspondencia interrumpida diez años atrás: *Alberto Moarry, Popayán, Colombia*… Tú tratabas de imaginar cómo era tu padre partiendo de ciertos rasgos tuyos que no eran en apariencia de tu madre: la cara larga, la nariz aguileña, las orejas pequeñas y enrojecidas, los labios finos… Lo imaginabas también a partir de aquella única carta que tu madre recibió de su parte, a partir de su letra cuidada, solemne, de sus frases cariñosas, poéticas, y lo veías huyendo de Salta una tarde o una noche, era igual, tras un último beso con tu madre que lloraba de pie en la estación de autobuses. Tu madre, que en ese último beso ya te llevaba en su interior. Y luego solo logras ver la figura de tu padre en un micro viejo y ruidoso a salvo de la furia pía de la familia de ella que lo buscaba para matarlo. Una carta en la que tu padre se refería a ti como *un amor extraño que empieza a germinar*…

Escuchas ahora el sonido chirriante de una puerta que se abre. Los recuerdos se han evaporado de pronto. En cada latido tu cerebro golpea el cráneo produciendo un eco acompañado de aquel dolor que te enloquece. Intentas hablar, pero tus labios parecen estar sellados. La saliva que tragas continuamente tiene un sabor amargo, como a tinta. Abres los ojos, pero te enfrentas a una oscuridad espesa. La nube que recubre tu memoria se levanta de forma lenta permitiendo la fuga de ciertos pensamientos que te ayudan a recordar que han pasado muchos años desde tu infancia, que has llegado a los cincuenta años contra todo pronóstico, pero que aparentas ser un viejo de ochenta; que te encuentras encerrado, que llevas las manos atadas con cadenas, que se te han amortiguado las nalgas y la espalda; que tu último recuerdo se sitúa en el patio polvoriento de la escuela del pueblo en la que das tus clases todos los días, y de pronto, las tinieblas que lo cubrieron todo…

Alguien respira agitadamente frente a ti. Intentas moverte, decir algo, sientes la lengua pastosa… Una mano fría te roza levemente el brazo. No puedes reaccionar, tu cuerpo no responde. Muy cerca, escuchas una campanada que proviene de la torre de la iglesia, y luego dos, tres, cuatro…

4 horas, 22 minutos…

Despiertas sofocado. Tu cuerpo está bañado en sudor. Tiemblas. Escuchas un gemido que se desvanece pronto, como si hubiera llegado contigo desde tus sueños hasta la realidad y debiera volver de inmediato a la dimensión a la que pertenece. Estiras tus brazos encadenados a la fría pared de piedras por las muñecas que se sostienen encima de tu cabeza. El colchón en el que estás sentado se ha movido. Te ayudas con tus piernas para atraerlo hacia ti. El esfuerzo te agota, pero consigues sentarte otra vez sobre sus muelles. Te has meado encima más de una vez. Logras apoyar nuevamente tu espalda contra la pared. Recoges las piernas, pero apenas te mueves sientes el peso de las cadenas que te pusieron en los tobillos provocándote un ardor tremendo. Las cadenas han lacerado tu piel. Tu boca está seca, pastosa, y persiste en tu paladar aquel gusto amargo de los trapos y el papel que la obstruyen. Por la tibieza del ambiente calculas que debe ser mediodía o quizá empieza a atardecer. Tu estómago cruje. No sabes cuánto tiempo ha pasado desde que te encerraron… No tienes noción del tiempo que ha transcurrido desde la última vez que bebiste agua o tomaste algún alimento. Nuevamente escuchas ese gemido, pero esta vez lo sientes a tu izquierda, a pocos pasos. A pesar de las vendas, intentas abrir tus ojos, un esfuerzo inútil con la vista tan estropeada. En todo caso, la presión de la tela no te lo permite. Aguzas el oído. Retienes tu respiración unos segundos. Logras identificar al menos a uno más que se encuentra aislado junto a ti en ese lugar. Te parece que está despierto, que ahora intenta decir algo o tal vez siente algún dolor. Luego se calla. Supones que también está vendado como tú y que su boca ha sido obstruida por papeles y telas. Tiene una respiración débil y acompasada. Te concentras en cualquier sonido que pudiera proporcionarte un indicio del lugar en que estás encerrado. Percibes, muy lejanos, ciertos ruidos que no te dicen mayor cosa: el motor de una motocicleta, voces distantes, quizás de un mercado, un golpeteo seco y rítmico, como si alguien estuviera esculpiendo en piedra. Estás en algún lugar subterráneo. Tu mente trabaja con lentitud, pues sigues algo adormecido. Intentas hacer memoria de los últimos instantes en los que tuviste conciencia. Recuerdas que llegaste a la escuela a la misma hora,

temprano por la mañana, pero, curiosamente, no había nadie en el patio principal, aunque la puerta central se encontraba abierta. A pesar de que faltaban tan solo cinco minutos para empezar las clases, los niños no habían llegado. Te acercaste hasta tu clase del Primero B, y entraste, pero los estudiantes no estaban allí. Entonces sentiste un fuerte golpe en la cabeza y todo lo demás fueron tinieblas, y hoy, sigues estando entre nebulosas, como si te estuvieras estancando en el tiempo…

00 horas, 03 minutos…

Alguien te sacude súbitamente. Son varias personas que ahora se encargan de liberarte. Escuchas el sonido metálico de los candados que se abren, pero casi no puedes tenerte en pie. Hay barullo a tu alrededor, y también en torno
al que se encuentra a tu lado. Te sujetan por los sobacos para que no caigas. Quisieras agradecerles por haberte quitado los grilletes y por despojarte de las cadenas que envolvían tu cuerpo, pero todavía no te han quitado esta masa que obstruye tu boca. Tampoco te han sacado la capucha. Nadie habla, tan solo resuenan los pasos de varias personas, como si se tratara de un ejército mudo que avanza resuelto hacia el combate. Subes unas escaleras con mucha dificultad. Los que te llevan soportan tu peso cuando estás a punto de tropezar. Se abre una puerta y el aire fresco te alcanza. A lo mejor la capucha que llevas tiene agujeros o no está bien sujeta a tu cuello pues se ha filtrado una luz en esa oscuridad a la que ya te habías acostumbrado. Apenas llegas al último escalón, sientes los rayos de un sol intenso. Imaginas que es mediodía. El calor y la humedad son asfixiantes. De pronto se escucha el rumor de voces distantes que, poco a poco, se convierten en gritos, insultos, un vocerío aterrador. Quisieras preguntar qué es lo que está pasando, en dónde te encuentras y qué piensan hacer contigo, pero estás imposibilitado de hablar. Tiemblas. Entiendes perfectamente que ha llegado tu hora, que vas a pagar por todo el mal que has hecho. Es posible que alguna de tus víctimas del pasado te hubiera descubierto en este lugar, alguno de los niños o las niñas de las que abusaste. Aunque aquí no tengan nada en tu contra, hay mucha gente que te podría reconocer. Tu perversión te terminó pasando factura, Moarry.

Los gritos de la muchedumbre son insoportables. No entiendes cómo no se te han echado encima todavía, cómo no te han linchado de una vez. Los hombres que te llevan se han detenido. Te suben por unos escalones. No debes estar a mayor altura pues pronto se detienen. El rugido de la gente es atronador. Tiemblas. Ahora te despojan de tu ropa mientras el barullo se incrementa. Estás completamente desnudo. No se dan cuenta acaso que los rayos del sol lastiman tu piel blanca. Eso que escuchas ahora son risas, burlas por tu color translúcido, por el pene empequeñecido y arrugado que ahora salpica por tus piernas un hilillo de orina que no logras reprimir. Alguien posa su mano sobre tu cabeza y te arranca la capucha. La luz repentina lastima tus ojos. De todos modos, no alcanzarías a ver sino sombras, espectros moviéndose a tu alrededor, la multitud exacerbada… Quizás es mejor haber perdido tanto la vista. De pronto, un silencio imposible se asienta en el lugar. Han cesado súbitamente todos los sonidos. Tan solo escuchas tu corazón retumbando en tu pecho y la respiración agitada. Y no hay nada más.

Tus ojos empiezan a acostumbrarse a la luz. Las sombras se definen lentamente. Hay alguien delante de ti, en una silla de ruedas, contemplando a la turba que los observa en total quietud. Es un hombre que luce una cabellera blanca y larga. Un hombre borroso que levanta su mano derecha y con ese solo gesto consigue aplacar todos los ruidos de este lugar. Imaginas que debe ser alguien muy poderoso para dominar con la mano a toda esa gente que te mira con ansias de venganza. De pronto, su voz potente, seductora, quiebra la quietud impuesta por su sola presencia, y sus palabras describen con total precisión el horror de tus actos, alguno de ellos contra una persona a la que no recuerdas pero que debe estar ahí abajo entre el gentío. Cada frase resulta contundente, y por supuesto, su sentencia, inapelable. Te ha condenado a morir a manos de esa turba violenta que ahora retumba con más fuerza reclamando tu cuerpo. Es tan diáfana la voz del viejo, tan convincente su entonación, que, a pesar del miedo que te embarga, tú mismo estás convencido de la sabiduría con la que él acaba de conducir este singular proceso. Sin duda, no cabe en tu caso nada más que una condena. Entonces se confunde entre los gritos de la muchedumbre tu nombre *Moarry, Moarry*, y tú entiendes que ellos te reclaman para hacer justicia, que conocen además tu

verdadera identidad, *Moarry, Moarry*, pero, cuando el viejo gira en su silla y lo miras de perfil, levantando su brazo y aplacando a la multitud con su mano extendida, comprendes que es él a quien todos aclaman. De entre los pliegues de tu memoria surge entonces la imagen joven de tu padre en aquella fotografía que mamá conservaba enmarcada en su velador, hoy convertido en este ser de rostro mustio, surcado de arrugas profundas, con la piel colgada en párpados y mejillas. Es tu padre que se ha plantado ante ti y ante esta multitud para dictar tu brutal sentencia. Tantos años buscándolo, imaginando que había muerto y resulta que lo tienes aquí, enfrentado a la horripilante escena que vendrá a continuación. Tu mirada intenta cruzarse con la de él, pero no te lo permite. Tampoco estás seguro de que pudiera reconocerte. Él siempre pensó que moriste al nacer, tal como se lo dijo tu madre en aquella carta: *Nuestro hijo nació muerto… me encuentro desolada, solo deseo estar contigo… ¿Cuándo nos volveremos a ver?…* Ahora quisieras poder decirle quién eres, cuánto lo buscaste durante todos estos años; quisieras descubrir que en su alma queda algo de misericordia, pero no puedes sino hacer apenas un gesto que debe resultar patético con tu boca sellada. La turba, enloquecida, presiona a Moarry, su líder, para que te entregue de una vez. Él ni siquiera te mira. Te ignora una vez más. Ni siquiera sabe quién eres tú. No te reconoce. No sabe que también eres Moarry, aunque dejaste de usar ese apellido hace mucho tiempo. Y tú que no recuerdas cuándo fue la última vez que lloraste, no puedes contener las lágrimas. Pero él, sin inmutarse, hace girar su silla para retirarse, para dejarte a expensas de esa gente que en segundos acabará contigo.

JIŘÍ

—¿Cuál es su nombre?, pregunta la funcionaria una vez más.

—Jirí, responde él en esta ocasión.

La dama de blanco se retuerce, molesta, mientras anota algo en la hoja que lleva sujeta con una pinza sobre su tablilla de madera. El viejo se mantiene impasible, con aire distraído, inmóvil en su silla de ruedas, las piernas cubiertas con una manta de cuadros azules y celestes.

—¿Y sus apellidos son…?

—Glaser Lederer, ya se lo dije el otro día —responde él con acidez.

La mujer solo asiente y gruñe. Vuelve a escribir algo con letra redondeada, colocando pequeños círculos sobre las íes en lugar de puntos, como lo suelen hacer las niñas.

—Una niña de muy mal genio en el cuerpo de una mujer —pienso.

—¿Dónde nació usted? —continúa.

—Pilzen, Checoslovaquia —contesta, imperturbable, y luego de un par de segundos añade con cierta ironía—, hoy República Checa.

La mujer menea la cabeza disgustada y registra la respuesta. Hace una pausa más larga que las anteriores. El jardín verde salpicado de flores atrae nuestra atención, la del doctor Glaser y la mía, mientras la mujer repasa las hojas del expediente en las que se registran sus anteriores visitas. Sin darme cuenta he estado tamborileando en la mesa metálica. La mujer, en toda su aspereza, me mira fijamente y luego mira mis dedos. El doctor Glaser enarca su ceja derecha y menea la cabeza cuando nuestras miradas se cruzan. No lo culpo por la antipatía que siente por la funcionaria de turno que ha venido a interrogarlo por segunda vez en pocos días. Aún no he podido conversar con él sobre esta nueva prueba, pero imagino que el hecho de que se la realice nuevamente en algo más de un mes no resulta alentador.

—¿Cuál es su nacionalidad actual?

El doctor Glaser me mira otra vez. En sus ojos hay un brillo especial, como si no supiera la respuesta y su vida dependiera de ella, y de algún modo se trata de un tema de vida o muerte para él, pues a su edad cualquier cambio resultaría fatal y eso es lo que queremos evitar, un cambio radical a estas alturas de su vida. De pronto, sin que la mujer lo note, él me hace un guiño rápido. Comprendo cuáles son sus intenciones, ya hemos pasado por este proceso en otras ocasiones y lo he visto actuar con interlocutores no tan ásperos como la dama que hoy tenemos presente y con ellos resultó un oponente implacable.

—El doctor Glaser acusa problemas auditivos —explico a la funcionaria antes de inclinarme un poco hacia él para repetir la pregunta más cerca de su oreja izquierda.

De todos modos, por precaución, mientras él me escucha, señalo disimuladamente la bandera que llevo prendida en la solapa de mi chaqueta:

—¿Cuál es su nacionalidad actual, doctor? —insiste ella, en tono agrio, conminándolo a responder con mayor agilidad.

Glaser sonríe de medio lado y contesta de inmediato:

—Soy ecuatoriano.

La mujer simula no haberle escuchado. Se queda en silencio mientras parece revisar una vez más las anotaciones anteriores.

—Ecuador, América del Sur, la línea equinoccial —añade él, con gracia, haciéndome un gesto cómplice con los labios fruncidos.

La mujer levanta la cabeza y afirma, severa:

—Sé muy bien dónde está Ecuador.

Ceñuda, continúa el interrogatorio:

—¿Estado civil?

El viejo contesta de inmediato:

—Soltero.

Y ella contraataca:

—¿Tiene usted hijos?

Noto entonces que el rostro del doctor Glaser se enciende. La mujer me dirige una mirada extraña, con un destello de ironía, como si hubiera descubierto en falta a su interrogado. La veo esbozar una ligera sonrisa antes de mascullar algo en francés, ya no en alemán, el idioma en que se había comunicado hasta entonces con el doctor Glaser. Él, por supuesto, no ha escuchado

lo que dijo la mujer, y yo tampoco, la verdad sea dicha, pero algo de aquel murmullo sí ha logrado pescar el hombre pues su monólogo siguiente, en un alemán impecable y en un tono solemne pero cargado de firmeza, deja a la funcionaria de una sola pieza:

—Llegué al Ecuador, en calidad de refugiado, en 1939, cuando tenía quince años. Era huérfano. Mi padre había muerto varios años antes y mi madre decidió quedarse en Europa junto a su hermana, que fue como mi segunda madre. Separarme de ellas fue la decisión más dura de mi vida, pero no me arrepiento, pues de no haberlo hecho yo habría seguido su suerte. Ambas murieron en Auschwitz. Viajé entre Europa y América con mi tío, el reputado pediatra Otto Lederer, que también se hizo ciudadano ecuatoriano. He servido desde entonces en varias misiones diplomáticas como funcionario de ese país, con mucho orgullo, además. Viví mi infancia en Pilzen, soy checo, lo seré hasta el día de mi muerte, y soy ecuatoriano, nacionalidad con la que moriré pronto. Mi nombre es Jirí, es decir, Jorge en checo, allí no hay ningún misterio. Soy soltero, y no, no tuve hijos, pero tengo varios nietos adoptivos en Ecuador. Ellos son mi única familia, aunque usted no lo comprenda. Y, la verdad, tampoco me quedan ganas de explicárselo, a los noventa y cuatro años ya solo tengo ánimo para mantener conversaciones inteligentes. Buenas tardes.

Tras esta andanada, el doctor Glaser retiró su silla hacia atrás, se dio vuelta después de hacerme una ligera venia con su cabeza y desapareció por el pasillo internándose en la casa principal del asilo. La mujer se quedó congelada, y yo también, la verdad sea dicha, pues, aunque conocía por encima la historia del doctor Glaser, muchos detalles de su vida eran parte de un secreto que él guardaba celosamente desde que llegó a este lugar ubicado en las afueras de Bruselas, que había sido su residencia durante los últimos años.

Por instrucción del embajador, había participado en esos interrogatorios a los que sometían al doctor Glaser para determinar su salud mental, que, sin duda, a la luz de lo que habíamos escuchado, era impecable. Sin embargo, los funcionarios de asistencia social, burócratas consumados, insistían en que él había perdido notablemente sus facultades mentales y que, en ese caso, lo mejor sería derivar al doctor Glaser a otro lugar en donde se le pudiera ofrecer el cuidado que

requería su salud. Por supuesto, estábamos muy lejos de coincidir con los funcionarios en qué era lo "mejor" para el doctor Glaser y, al parecer, también nos encontrábamos muy distantes en lo que se refería a su estado de salud. El embajador me había prevenido al respecto: *Por ninguna circunstancia podemos permitir que el doctor Glaser sea transferido de ese lugar que ha sido como su casa durante los últimos años. No lo dicen claramente, pero los problemas presupuestarios con los que cuentan estos asilos obligan a reducir el número de pacientes que habitan en ellos, y, obviamente, los mayores son observados con lupa… Pretenderán transferirlo a un hospital y ese sería un triste final para él...*

La funcionaria, una dama obesa de rasgos que parecían copiados de una de las obras de Van Eyck, guardó con resolución su tablilla, sus papeles y el bolígrafo con el que hacía las anotaciones. Su rostro, abotagado, se mostraba encendido por el rubor que le produjo la letanía del doctor. Recordé que el propio Glaser se había referido a ella durante su visita anterior como *miss Manzana Emilia* por los colores y la redondez de su cara, tan parecidos a los de esa variedad particular de manzanas entre rojas y amarillas que se cultivan en la serranía ecuatoriana. Obviamente me lo había dicho solo a mí en voz baja y en español, de modo que ella no había escuchado aquel apodo que ahora se me venía a la mente sacándome una sonrisa que en estos momentos era del todo inoportuna. Con toda deferencia pedí a la funcionaria que permaneciera un rato más allí para que pudiéramos conversar sobre el estado real de salud del doctor Glaser, pero ella, envarada, miró su reloj y me respondió que no tenía más tiempo, pero antes de darse vuelta, en tono solemne, concluyó:

—No solo se trata de la memoria del señor Glaser, doctor, sino también de su temperamento. Recibirá usted el reporte final la próxima semana, buenas tardes.

Mientras la mujer se alejaba, bamboleando su cuerpo en aquel uniforme blanco demasiado apretado, vi que el doctor Glaser, iluminado por una sonrisa amplia, volvía en su silla de ruedas por el corredor.

Lo esperé de pie tratando de poner mi rostro más serio para que él se diera cuenta de las consecuencias que podía provocar su actitud ante la funcionaria. Nos ubicamos en la misma mesa, frente al jardín que comenzaba a cubrirse de sombras. De entre la

colcha que cubría sus piernas, el doctor Glaser sacó un libro y me lo entregó. Era una bella y rayada edición del Fondo de Cultura de la obra cumbre de Heidegger, *Ser y tiempo*.

—Es para usted, querido amigo, las anotaciones al margen y marcas del libro son mías —me dijo en un español impecable, y luego añadió—: Por fin la gorda nos dejó en paz. —Sonreí y le agradecí por el obsequio, y estaba a punto de tocar el asunto de los reportes sobre su salud cuando él se anticipó y dijo—: No merece la pena perder un segundo más con ese tema, olvídese, mejor hablemos de otras cosas.

Esa tarde y las que le siguieron durante el transcurso de dos semanas en que visité al doctor Glaser casi a diario, puedo decirlo ahora cuando ha pasado ya cierto tiempo, conocí como pocas personas sobre la vida de este personaje singular que se había visto obligado a abandonar a su madre y dejar Europa apenas comenzada la Segunda Guerra Mundial, y que fue parte de esa pequeña migración de judíos que llegó al Ecuador durante aquellos años pese a la vergonzosa posición política que tenía entonces mi país frente a la causa judía. En una de las tantas grabaciones que hice esos días de visita al doctor Glaser, comentaba: *Llegamos en 1939 al puerto de Guayaquil junto a mi tío Otto Lederer y su esposa. Teníamos una visa para labores agrícolas, quizás una de las últimas que se expidieron en Europa desde que se puso en vigencia el Decreto de Expulsión de los Judíos del Ecuador promulgado por el general Alberto Enríquez, jefe supremo de la República. La verdad es que cualquier cosa era mejor que permanecer en Europa a expensas de los nazis. Ya usted sabe lo que sucedió con mi madre y mi tía...* En este punto la voz del doctor Glaser se cortaba. Hizo silencio durante un momento, tomando aire para reanudar la charla, se disculpó por la interrupción y siguió con su relato: *Nos dedicamos a la labranza y ganadería, aunque no era por supuesto lo nuestro, pero vivimos un buen tiempo de esas actividades nobles. Gracias a esas labores que aprendimos en Ecuador pude estudiar en el colegio Mejía de Quito, y aún me quedan de esa época varios amigos, aunque muchos ya han muerto, obviamente.* En ese punto lo había interrumpido para preguntar cómo fue llegar a los quince años, en calidad de refugiado, sin idioma, a un país absolutamente extraño y en particular a un colegio tan numeroso como el Mejía. El doctor Glaser, con una media sonrisa que aún tengo grabada en mi memoria, respondió: *No fue para nada fácil,*

claro está, pero yo aprendí el castellano en poco tiempo. Siempre tuve facilidad para los idiomas, hablo además checo, inglés, italiano, alemán y francés, así que el idioma no constituyó una barrera para mí. Y con respecto al colegio debo decirle que fueron quizás los mejores años de mi vida a pesar de las circunstancias que vivía entonces, de la distancia con mi madre y mi tía y su posterior muerte. Los amigos que hice ese tiempo fueron los mejores que tuve en la vida. La verdad es que poco tiempo después de mi arribo al Ecuador ya era uno más de los forajidos del Mejía. En la grabación se escucha su risa ronca. Recuerdo que al hablar de los años de su juventud y de Quito, la ciudad que amaba a la distancia, sus ojos se iluminaban. Seguramente en ese momento su mente se remontaba a la pequeña ciudad que lo recibió como suyo y lo trató siempre como uno de sus personajes más singulares. Me he preguntado si aún quedan muchas personas que recuerdan a ese extranjero alto y misterioso de cabello blanco que vestía siempre un largo abrigo color camel, y que deambulaba por las calles coquetas de la Mariscal y por el viejo barrio de La Floresta con su maletín de cuero marrón en el que no faltaban jamás ni los libros que estaba leyendo ni los que prestaba o regalaba a sus amigos, como una biblioteca ambulante el querido doctor Glaser. Me vienen a la cabeza otra vez las palabras de la funcionaria que una de esas tardes, precisamente cuando se cumplía una semana de la malhadada entrevista, aguardaba por mí en la entrada del asilo para entregarme formalmente una copia de la carta que acababa de dejar en la recepción para el doctor Glaser. Solo me bastó descubrir ese brillo alevoso de sus ojos para saber que se trataba de una sentencia fatal para el doctor, y también pensé entonces cómo era posible que un hombre tan interesante, afable e inteligente, un hombre de más de noventa años que solo buscaba paz y buena conversación hacia el final de su vida pudiera provocar reacciones como la de la funcionaria. Algún tiempo después, en una charla con uno de los "nietos" del doctor Glaser, comprendí que él solo mostraba sus virtudes, e incluso las derrochaba, con la gente que realmente le interesaba, y con los demás siempre había sido un hombre arisco y reservado, casi hostil.

La última tarde que pasé con el doctor Glaser en aquel confortable y —por qué no decirlo— hermoso lugar de reposo en las afueras de Bruselas, recuerdo que nuestra conversación se

extendió por una serie de ramales hasta que las sombras empezaron a cubrirnos. Abrigados por el clima veraniego que apenas despuntaba, nos alargamos en aquella inolvidable conversación sobre sus años como estudiante de la Universidad Central, en donde obtuvo el título de doctor en Química y Farmacia, y aquellos tiempos añorados en que el doctor Glaser se convirtió en una figura emblemática del Quito de los años setenta y ochenta. Me habló entonces de lugares entrañables como Libri Mundi, el sitio de encuentro con su gran amigo, el librero alemán Enrique Grosse-Luemern, y de los cafés y restaurantes de la zona, hasta que viajó a Venezuela, y más tarde a la universidad de York, Inglaterra, donde ejerció como asistente de Castellano, y luego a Cambridge. En esta última universidad el doctor Glaser fue jefe de la sección de Estudios Hispánicos. *Viví en Ecuador hasta 1989, y luego me volví un nómada incorregible. Recorrí varios países del mundo como funcionario de las embajadas de su país, que es también el mío. Mi último cargo, hasta hace pocos años, fue justamente el que usted ocupa hoy en la embajada de esta ciudad… Sabe, me habría gustado morir en Pilzen o en Quito, pero a estas alturas lo veo como un deseo muy difícil de cumplir.*

Otra vez me había resultado imposible entregar al doctor Glaser aquel informe que recomendaba su traslado inmediato a un hospital de especialidades cerca de Amberes. En su reporte final, la funcionaria concluía que el doctor Glaser mostraba un avanzado estado de demencia senil y que en poco tiempo requeriría ayuda permanente, ayuda que ya no se le podría brindar en el centro de reposo que había sido su hogar. De algún modo las conclusiones de la funcionaria eran reales, solo que el doctor Glaser se negaba a aceptarlo, pero lo cierto es que su deterioro, a veces encubierto por mí mismo con alguna ayuda furtiva o con mi consciente complicidad, era acelerado e irremediable.

Me dije, cuando la noche empezaba a caer sobre nosotros, que en la siguiente visita, que sería a más tardar dos días después, se lo entregaría y le explicaría además que estábamos haciendo todas las gestiones para rever o dilatar al menos unas semanas ese traslado. Me despedí del doctor Glaser sin presentir que aquella sería la última conversación que mantendríamos, pues dos noches después murió en su cama.

Tras haber recibido la noticia a primera hora apenas llegué a

la embajada, me presenté esa mañana, junto con el embajador, para encargarnos de los trámites de su funeral. La enfermera que lo había descubierto —el parte médico lo confirmaría más tarde — dijo que el doctor murió, probablemente mientras dormía, de un paro cardiaco. Tras una ceremonia íntima a la que acudimos solamente los funcionarios de la embajada, ordenamos su cremación y esparcimos sus cenizas en los jardines de un parque en Bruselas. *Al final, sus cenizas volarán como él, de un rincón a otro entre Pilzen, Quito y Bruselas,* me dijo un día uno de sus nietos adoptivos en una larguísima charla que sostuvimos en un pequeño café de la Mariscal que aún conservaba algún rastro del recuerdo de su abuelo.

A LA MEMORIA DE JORGE GLASER LEDERER,
GRACIAS A LA BUENA CONVERSACIÓN QUE HEREDARON SUS NIETOS.

MARCO ANTONIO

Mientras esperas el veredicto, te sientes abatido. No quieres levantar la cabeza pues estás seguro de que una mirada de la jueza podría delatar anticipadamente tu sentencia. A pesar de que intuyes lo que vendrá, tienes pavor de conocer tu condena. Cierras los ojos para intentar alejarte de esa sala estrecha en la que el aire se ha vuelto denso por el olor a humanidad que ha quedado flotando tras cuatro horas de testimonios, peritajes, alegatos e insufribles lecturas de autos y providencias.

La silla que ocupas es dura, incómoda, estrecha. Tienes la sensación de que tus pliegues fofos se desbordan por los costados. Desde atrás, donde se encuentra el público que ha asistido a la audiencia, se debe notar aún más el enorme volumen de tu cuerpo a punto de desparramarse. Sara, tu mujer, a la que has oído llorar todas estas horas, dirá que estás más delgado tras haber sido recluido hace un año en la prisión.

Virginia decidió no venir a la audiencia. *No podría soportarlo, papá* —anunció hace unos días cuando te visitó en la cárcel—. *Además, está el niño, Adrián, tu nieto*… El hijo de alguno de esos hijos de puta que la violaron aquella noche, un pequeño al que no has querido conocer todavía. Tú le respondiste que era preferible que ella no estuviera presente, que lo mejor sería que se alejara de este escándalo, que lo olvidara… Qué fácil resulta decirlo, sobre todo cuando no eres la víctima, cuando no estás envuelto por el amor de tu hija, esa hija por la que darías la vida y que sufrió la afrenta de los delincuentes que hoy te tienen en este lugar, enfrentando a la justicia.

Mientras la secretaria relatora avanza en la lectura de los extenuantes antecedentes del proceso, tu mente se aleja de la sala. ¿Dónde se encontrará Virginia en este momento? Estará seguramente cargando al pequeño, mimándolo, entregándole todo el amor que tú no le darás jamás por ser quien es, el hijo de uno de esos criminales. Sin duda tu hija debe estar pensando en

ti, desgastando tu imagen de tanto recordarte, de tanto llorarte. Resulta inevitable apelar a la memoria en estos momentos para volver a la noche en
la que ella y su novio fueron asaltados en aquel mirador de la loma norte de la ciudad. A pesar del daño que te haces a ti mismo, gracias a la lectura de los hechos, no puedes evadir los recuerdos de esa maldita noche en que cinco salvajes violaron a Virginia, uno tras otro, delante del novio al que golpeaban con brutalidad, al que obligaban a mirar sus más asquerosos embates, mientras le escupían y humillaban. Una pandilla de degenerados sometía a tu hija a las más protervas torturas. También el novio fue violado. Así se consumó aquel acto bárbaro, demencial, aunque esta última palabra la evitaron desde el principio tú y tus abogados. No, no se trataba de un grupo de orates o enfermos, sino de una banda de delincuentes de la peor calaña.

—Hay que dar gracias a Dios que están vivos —dijo el teniente Ortiz cuando se despidió de ti esa noche en el Hospital Militar, después de que se les realizaron los exámenes de rigor a tu hija y a su novio.

—¿Gracias a Dios? —gritaste en ese momento, mientras Virginia, aterrada, ultrajada, magullada, dormitaba bajo los efectos de un somnífero en esa cama que tú contemplabas detrás de un cristal.

El teniente Ortiz palideció y trató de explicarse balbuceando algo, pero tú lo frenaste en seco, agarrándolo por las solapas:

—¡Gracias a cuál Dios, pues hijueputa!

El teniente Ortiz solo atinó a disculparse:

—No era mi intención, general, lo siento…

Los demás agentes te detuvieron antes de que lanzaras contra la pared al cabrón aquel que pretendía dar gracias a Dios por lo que había sucedido. Y en esa trifulca, cuando te obligaron a soltar las solapas de la chaqueta del teniente, le advertiste:

—Quiero que encuentre a todos esos miserables, teniente, a todos, para encargarme de ellos personalmente…

Hoy, en la audiencia, el teniente Ortiz omitió hablar sobre este incidente. Tampoco dijo una sola palabra acerca de la amenaza que proferiste contra los delincuentes. Se portó como un caballero el teniente Ortiz, igual que todos esos agentes de policía que acudieron al hospital esa noche y te vieron destrozado, y miraron a Virginia, tu hija, humillada, desgarrada. En los

testimonios rendidos en esta audiencia ninguno de los testigos corroboró la versión del fiscal que aseguraba que tú habías prometido vengarte de los violadores de tu hija. Nadie sabía nada al respecto, nadie te escuchó lanzando amenazas, peor aún concretándolas…

A pesar de la insistencia del fiscal en los interrogatorios, ninguno de los testigos se doblegó. Todos relataron más o menos los mismos hechos, circunstancias similares, mentiras piadosas cuando se les preguntó si el día aquel, cuando acribillaron al primero de los delincuentes en un operativo sorpresa realizado en un club de alterne del sur, tú te encontrabas con ellos en una reunión de oficiales, una reunión a la que llegaste con mucho retraso, aunque esto nadie lo dijo, nadie recordaba ese dato clave.

Los testigos también confirmaron con versiones casi unánimes tu relación de los hechos del día en que se descubrieron los cuerpos de tres jóvenes que habían sido ahorcados y mutilados de forma horripilante en un hostal del centro de la ciudad. Tú habías afirmado que ese día permaneciste desde temprano en la mañana hasta altas horas de la noche en las oficinas de la Comandancia del Aire. Por esa razón no podías saber nada acerca de ese crimen espantoso cometido por alguien de mente tan retorcida y cruel, capaz de haber sometido a esos infelices a sufrimientos atroces antes de matarlos.

Pero lo que nadie pudo desvirtuar es que fuiste tú mismo el que ejecutó al último de esos delincuentes en la oficina de investigaciones criminales cuando lo habían detenido por un robo menor. Recuerdas claramente esa llamada en la madrugada en la que uno de tus hombres te anticipó que había caído el último de los violadores, pero que los agentes lo habían llevado a las dependencias para ser interrogado. Aunque tu memoria no es capaz de recordar nada más, sabes por tu esposa que saliste como un loco de casa mientras todavía el cielo permanecía oscuro, y sabes también que llegaste a las oficinas de la policía en tu propio vehículo, que lo dejaste sobre la acera e ingresaste en las dependencias empuñando tu arma, y que alguien, no sabes exactamente quién, te condujo hasta los calabozos, y te señaló la sala de interrogatorios, y sabes por ellos, por los testigos que se encontraban allí, policías y agentes de investigación, que irrumpiste en ese cuarto estrecho y te enfrentaste con la mirada de aquel criminal, el último que quedaba con vida, y no le diste

tiempo a nadie para detenerte, aunque es probable que ninguno de ellos habría hecho nada para evitar ese homicidio. Y así, le descerrajaste al cabrón un tiro en la frente, y luego dos más en la cabeza cuando ya estaba muerto sobre la mesa…

El problema es que había demasiados testigos y no todos estuvieron dispuestos a mentir por ti, unos por puro miedo y otros por responsabilidad profesional, porque eran los custodios del detenido, aunque en el fondo estuvieran de acuerdo en que esa clase de tipos es mejor que estén muertos, bien muertos.

La jueza ha pedido que te pongas de pie. Todos en la sala se han puesto de pie. Se da lectura al veredicto. No puedes levantar la cabeza. Te pesa demasiado lo que hiciste, porque has arrastrado a tu familia a este proceso. Pero no te arrepientes de nada, al final el mundo está mejor sin esos cinco hijos de puta. Y, por último, si te dan la pena máxima, veinticinco años, ya sabes que terminarás con todo antes de tiempo. Ya lo tienes planificado. Siempre contarás con buenos amigos para asistirte. No has escuchado las últimas palabras de la jueza, pero hay gritos en la sala, y tu abogado te abraza con fuerza y te susurra al oído esas palabras que nunca esperabas escuchar: *Es usted inocente, general, y está libre*… Tu mujer llora de la emoción y te abraza por detrás, pero tú no comprendes qué pudo haber sucedido. La jueza se retira, y los policías que te llevaron hasta el palacio de justicia te liberan de las esposas para que abraces a tus familiares. *En pocas horas usted será puesto en libertad*, te dicen, mientras sientes que varias personas te aprietan… Todo es confusión, llanto, algarabía, hasta que tu abogado, esbozando una sonrisa y guiñando un ojo, se apresta a despedirse de ti advirtiéndote al oído que deberás seguir la orden de la jueza de acudir cada semana a un psiquiatra para tratarte esa anomalía psíquica que hoy te liberó de responsabilidad en este crimen. Y cuando se despide, te dice que también debes agradecer a esas dos personas que están esperando en la puerta, que sin ellas aquí en la sala, quizás la jueza no habría fallado en este sentido. Al darte vuelta descubres allí a Virginia con el rostro bañado en lágrimas, y agarrado de su mano aquel pequeño que apenas ha empezado a caminar. Pero lo que te sobrecoge no es que tu hija y el niño estén allí, de pie, esperándote, sino la mirada del último delincuente al que ejecutaste dibujada con crueldad genética en el rostro de tu nieto.

CARLITOS

Como en tantas otras ocasiones, el maestro fue convocado a palacio pocos días después de la posesión del nuevo mandatario. Alguno de los anteriores, el menos vanidoso, había tardado unos cuantos meses en llamarlo. Otros, en cambio, lo hicieron casi al día siguiente, pues en el horizonte de su futuro solo veían negros nubarrones y no iban a desperdiciar la oportunidad de quedar retratados para la posteridad en aquel salón que era la historia viva de la patria.

El maestro, ya entrado en años, algo encorvado, trajeado con su leva oscura y con el pantalón azul, brilloso de tantas horas de planchado que había soportado, llegó esa mañana con bastante anticipación al centro de la ciudad. Se anunció, solemne, ante los guardias de colorido uniforme, pero después de unos minutos en los que se produjeron varias llamadas internas, le dijeron que la cita estaba prevista para una hora más tarde y que debía volver cinco minutos antes para su ingreso.

En todos esos años, tomando en cuenta incluso las visitas que hizo a los miembros de las dictaduras militares, nunca le había sucedido algo parecido. Siempre lo trataron con deferencia, y si en efecto llegaba antes de hora a sus citas, una manía de la que ya no podía prescindir a estas alturas de su vida, era recibido en palacio con toda cortesía para que hiciera antesala mientras esperaba al gobernante. Incluso aquel orate que gobernó la nación por poco tiempo se portó con él como un caballero. De hecho, se sorprendió de la seriedad y los modos gentiles de aquel hombre sudoroso y alharaquiento al que veía en televisión denostando a sus adversarios con lenguaje procaz o que aparecía en bailes provocadores con mujeres voluptuosas casi desnudas, o que comía con modales de albañil ante las miradas atónitas de los invitados extranjeros y de los avergonzados funcionarios de protocolo. El único inconveniente que tuvo el maestro con el loco fue que este abandonó el palacio en la primera asonada contra su

gobierno, apenas unos meses después de haber asumido el mando, y tuvo que terminar el retrato de memoria, usando para el efecto todas las fotografías del personaje que había logrado recopilar entre diarios y revistas.

Mientras recordaba estos episodios, el maestro deambulaba por la plaza central de la ciudad. Miraba la hora a cada instante. No podía retrasarse un solo minuto. El sol pegaba perpendicular a esa hora. Su cráneo, bastante desprotegido con los pocos pelos que le quedaban, le quemaba intensamente así que decidió sentarse bajo la sombra de un arupo que aún no había florecido. Uno que otro caminante lo saludaba con una venia. De seguro su rostro les parecía conocido pues había aparecido varias veces en los diarios, bien exhibiendo los retratos de los gobernantes de turno o develando alguna de las obras que le encargaban con cierta frecuencia otros políticos de menor grado, pero de enorme vanidad, o personajes típicos de la ciudad: señorones de alcurnia, damas emperifolladas, jovencitas debutantes en sociedad…

Cuando faltaban diez minutos, el maestro emprendió camino hacia el palacio otra vez. Lo hizo con paso lento, sincronizando a la perfección sus movimientos con las manecillas del reloj. Se detuvo un instante delante de los portales bajos para no adelantarse nuevamente a la hora fijada. Cuando faltaban apenas veinte segundos, reanudó la marcha y alcanzó la entrada frontal de la sede histórica del gobierno. Se produjo un nuevo intercambio de llamadas y la espera se prolongó por un cuarto de hora, hasta que un secretario personal del mandatario salió a recibirlo.

Con inusitada frialdad, sin haber intercambiado una sola palabra con él, el funcionario lo condujo hasta el salón en el que se exhibían los retratos de los gobernantes de la época republicana. Allí lo recibiría el nuevo presidente. Las últimas ocho pinturas colocadas en aquel salón eran suyas, pero el funcionario debía ignorar este hecho pues antes de que él pudiera comentárselo mientras recorría el ala contemporánea, en un simple gesto de vanidad que bien podía permitirse a su edad, ya se había quedado solo en el inmenso salón.

Las manos y las axilas del maestro sudaban copiosamente. Nunca había sentido esa sensación de temor antes de conocer a un gobernante. En algún caso, más allá del nerviosismo natural ante un encuentro de ese tipo, sentía curiosidad por ciertos

personajes que llegaron al más alto cargo por su extravagancia y singularidad, como el coronel revolucionario, por ejemplo, o el mismo loco, pero en los otros casos el maestro más bien había sentido cierta admiración por varios mandatarios, más allá de sus distintas ideologías, y luego, parafraseando a Zavalita, el personaje de Vargas Llosa en *Conversación en La Catedral*, no entendía el maestro *en qué momento se jodió este país*. Claro que este pensamiento impertinente jamás saldría de su boca transformado en palabras, jamás…

Apenas ingresó el gobernante, seguido por un numeroso séquito de secretarias y asistentes, el maestro sintió una fuerte punzada en el estómago. Esa sonrisa ladina y la mirada, penetrante, intensa, ligeramente malévola, lo achicó del todo. Además de su altura y de ese halo de adorno central, era un hombre imponente, buenmozo ciertamente, pero con un disimulado aire de amaneramiento. En esas cosas el maestro no solía equivocarse. Cuando él se acercó y le extendió su mano, gruesa y fría, y lo miró fijamente a los ojos, pensó: *Además de perverso, este es maricón*…

La reunión fue corta, distante, incluso incómoda para el maestro cuando el nuevo gobernante, haciendo gala de la ironía y del pésimo sentido del humor que lo caracterizaba, criticó algunos retratos de sus antecesores con frases que eran jaleadas con estruendosas e impostadas carcajadas e incluso aplausos y algún silbido desafinado de sus corifeos: *A este tal y cual le faltan los sacos de billetes*; *el viejo bobo le salió como galán de novela*; *no me diga que con el tonto aquel se le terminó la pintura negra; esa nube que rodea a este corrupto supongo que es la ambientación del infierno*… Y así, por el estilo. El maestro se limitó a sonreír de forma forzada en algún caso, y ante los demás comentarios solo guardó silencio. Sentía el cuerpo cortado, sudoroso, y le habían entrado unas ganas enormes de mear.

Después de un breve repaso a la galería, tomaron asiento en una de las salas esquineras y allí le recitaron las condiciones del trabajo, horarios, cuestiones de papeleo burocrático y más… Cuando salió de palacio, finalmente, el maestro respiró aquel aire contaminado por el esmog de la ciudad que le pareció glorioso. Disimuló con su contrato en la mano las gotas de orines que le habían caído en el pantalón al ir al baño. Atravesó la plaza para tomar un taxi en el sentido contrario. Llevaba en el pecho, muy

adentro, una desazón que no podía explicar.

El trabajo empezó a saltos y brincos, con una primera sesión llena de incidentes por los gritos desaforados que se escuchaban en el despacho principal, contiguo a la sala en la que él había dispuesto el caballete y el material. Las andanadas de insultos e improperios no cesaban. El maestro, con todo preparado, pensó que en cualquier momento se suspendería la cita, pero minutos después apareció el mandatario recién acicalado y vestido con un elegante traje azul marino, camisa blanca con bordados de colorines y la banda presidencial cruzada en su pecho.

El maestro se acercó y le extendió la mano, pero el gobernante lo saludó con displicencia. Lo acompañaba su hombre de confianza, ministro por más señas, de quien se decía además entre las habladurías de la gente que era su más íntimo colaborador. Las secretarias, funcionarios y empleados de servicios iban y venían, entraban y salían, siempre con sus rostros agravados, y él, de pie, en la pose marcial que el maestro aconsejaba, daba órdenes y se enfurecía cada tanto.

El lienzo, preparado con la debida anticipación, decía en una esquina, en letras encriptadas y solo reconocibles para el maestro, *CARLITOS*, que era el nombre de un misterioso personaje, guerrillero por más señas, que lo había contratado para hacerse un retrato de las mismas dimensiones unos meses antes, pero que no había vuelto nunca más por su taller, según decían las malas lenguas, porque había caído en un asalto del ejército a su campamento ubicado en la zona selvática. Allí mismo, donde ponía aquel alias, *CARLITOS,* al final del trabajo iría su firma y ese nombre encriptado se ocultaría para siempre.

El maestro empezó a bosquejar el lienzo con trazos firmes, pero sus manos temblaban. Nadie se dio cuenta de esto en el salón pues él no permitía mirones detrás del caballete. Definió la silueta del mandatario con dificultad, borroneando aquí y allá. A pesar de su mirada severa, que a momentos le chuzaba el pecho con ira y algo parecido a un secreto resentimiento, el maestro buscaba en el interior del mandatario todas esas virtudes que lo habían llevado a lo más alto del poder. Las primeras líneas lo dejaron algo más tranquilo, pues mostraban en la profundidad de aquel lienzo un personaje que empezaba a verse interesante, y… poco más, la verdad sea dicha. Aquella primera cita terminó de forma abrupta cuando el gobernante recibió una llamada de

teléfono que le pasó su secretaria personal en un celular. La primera reacción del mandatario fue palidecer, y luego abandonó el salón como una tromba, gritando a todo pulmón que iba a cerrar inmediatamente ese diario de mierda…

Entre varias interrupciones, meses enteros sin verse y unos cuantos sobresaltos en las oficinas de palacio, el maestro tenía el retrato casi listo. La siguiente reunión debía mostrárselo al mandatario y a su gente de confianza, entre ellos, por supuesto, a aquel ministro del gabinete más íntimo. A la primera dama no la había visto nunca, así que, asumía, iban a prescindir de su opinión.

En el taller de su casa, el maestro daba los últimos retoques al retrato, pero siempre había algo que retrasaba aquella visita final, bien sea por la agenda apretada del gobernante o por los nuevos procesos electorales que se habían fraguado a medio período para extender su permanencia en el poder, o bien porque el maestro inventaba una excusa y salía de viaje a recibir un premio o una condecoración de última hora, pero lo cierto es que no llegaba la hora de mostrarle su retrato al presidente.

La verdad era que el maestro tenía terror del resultado final de su obra al óleo, pues mientras más la retocaba, más se parecía aquella figura al personaje de carne y hueso en el que se iba convirtiendo el mandatario. Sin que el maestro lo hubiera advertido, por ejemplo, surgió en el retrato un halo oscuro, enorme, que se proyectaba alrededor del gobernante. El maestro dio unas cuantas pinceladas aquí y allá y trató de difuminar esa sombra casi imperceptible, pero si lo veía de lejos surgía otra vez, y si se ponía de costado, especialmente desde el lado izquierdo, era mucho más clara y espectral.

También emergió de pronto, un mal día, una suerte de islote de cabellos ralos que dominaba la cabeza casi pelada del gobernante, algo que resultaba real en el aspecto actual del hombre, pero que él mismo se había encargado de advertir al maestro que debía disimular con su cabello tal como lo tenía antes de tomar el poder. Y a pesar de que el maestro se empeñaba en tirar trazos sobre la frente, al día siguiente, sin saber cómo, el islote aquel que parecía la cresta de un buitre se distinguía nuevamente. Pero eso no era todo, pues al cabo de cierto tiempo, entre tantas pinceladas para corregir el retrato, sin que el maestro lo hubiera previsto, descubrió en un vistazo fugaz que el retrato

tenía cuernos. Si bien no era algo que saltaba a primera vista, si uno se colocaba en cierta posición, los podía ver. Y, así, el maestro retocaba y retocaba, pero esas extrañas marcas se empeñaban en reaparecer.

Una noche, cuando el maestro estaba cerca de terminar su trabajo, apareció en la galería su mujer, que le llevaba una taza de leche caliente. Al ver la obra pegó un grito, la taza se le cayó en el piso de cemento provocando un gran estruendo. Impresionada, ella le dijo que ese retrato los llevaría a la ruina. El maestro no comprendió todo ese alboroto hasta que la mujer se acercó al caballete, se encaramó en la grada y señaló las manos del retratado, deformadas a tal punto que parecían agarrar todo lo que tenían a su alcance. El maestro tomó distancia y lo vio, y su alma se heló de pronto porque no solo eran las manos lo que había cambiado en el retrato, sino también la posición de sus brazos y la postura del cuerpo que parecía la de un ave rapaz que extendía sus alas para intimidar a su presa. Y, además, el gesto del rostro tampoco era el mismo, se había vuelto ceñudo, severo, agresivo, como cuando humillaba y atemorizaba a los empleados y funcionarios de palacio.

Pero había más distorsiones que ahora el maestro y su mujer descubrían en el retrato, como aquellas arrugas inapreciables a simple vista que le daban un aire de amargura al rostro del mandatario, y esa especie de mueca retorcida que surgió de pronto en las comisuras de la boca y que desnudaba la ira del personaje. Los ojos, que fueron objeto de admiración y encantamiento para el propio maestro, se habían convertido, vistos así, a cierta distancia del caballete, en dos llamas centelleantes, temibles.

Su mujer, angustiada, fue lapidaria: *Es su vivo retrato, solo le falta hablar, salirse del lienzo e insultarnos a ambos*. Y el maestro, sincero y autocrítico, fue más allá, mientras se aproximaba al lienzo con una caja de fósforos en la mano: *Es un garabato*.

LAS MÁSCARAS QUE HEMOS SIDO

I
AMADO

Madre querida:

He decidido escribirte con la intención de romper de una vez por todas este silencio que se interpuso entre nosotros hace tantos años. Ahora mismo tengo una confusión de fechas y no sé cuántos. En todo caso debo decirte que ya me he enterado de que papá ha muerto. No puedo decir que lo lamento, pues recordarás, madre mía, que nuestro distanciamiento se produjo por su culpa, por el desprecio con el que siempre me trató, y tú sabes bien a lo que me refiero...

En fin, no es mi intención aparecer ahora de pronto para repasar esa parte turbia de la historia familiar. Mi propósito, en realidad, es ponerte al tanto de lo que ha pasado con mi vida, que, como sucede con todo el mundo, está compuesta de buenas y malas noticias, y eso es justamente lo que quiero que sepas, madrecita, lo bueno y lo malo que le ha sucedido a tu hijo en todo este tiempo.

Empezaré por la parte mala, cuyo relato se llevará buena parte de esta carta. En este punto, madre mía, me anticipo a las habladurías malintencionadas y a los chismes morbosos que nunca han faltado en la ciudad y que, me temo, muy pronto te llegarán de un modo u otro. Solo espero que antes de que te alcancen todas las mentiras que han inventado sobre mí, recibas estas letras con mi verdad por delante.

Dicho esto, empiezo por decirte que, tras recorrer algunos países durante años, finalmente crucé la frontera y me radiqué por un tiempo en una pequeña ciudad del centro de este enorme país, lo que llaman acá la tierra de los *rednecks*. En fin, en otro momento te explicaré el significado de ese término que se lo usa

de forma despectiva, pero que, curiosamente, describe a la gente más racista e inculta de esta nación. Los *rednecks* son, para ponértelo fácil, unos fascistas estúpidos de cuidado…

En esta ciudad, madre querida, cumplí en parte con tu más grande anhelo cuando me convertí en esposo y padre ejemplar, el verdadero jefe de una familia maravillosa que me hizo el hombre más feliz del mundo, mientras duró... ¿Te acuerdas que me decías desde niño que serías completamente feliz cuando yo tuviera una familia? Comprendo que la emoción te habrá embargado al leer esto, no es para menos, pero, madrecita, por esa misma razón he subrayado aquello de mientras duró, para que no se te pase por la cabeza esa idea que ya estará rondándote encima como una nube de abejas sobre su panal… No, mamá, no es posible que conozcas a mi familia por las razones que paso a explicarte enseguida.

Toda esa felicidad inmensa, inexplicable, que viví con ellas gracias a tus consejos, madre mía, se desvaneció el día en que Pilar, nuestra hija, desapareció. Imagino que a estas alturas ya habrás derramado algunas lágrimas. Yo también lo hago mientras te escribo, mamá, pero debemos mantener la calma. En tu caso no será tan difícil porque no llegaste a conocerla, y estoy convencido de que el amor y la compasión no se transmiten por correo. En mi caso, en cambio, porque los golpes de la vida me han enseñado a ser fuerte, mamá, más fuerte de lo que te puedas imaginar.

He hecho una pausa para retomar el ritmo y ser lo más objetivo posible en esta carta, madre mía. Sigo entonces:

A partir de esa desgracia, la madre de Pilar cayó en un letargo profundo y nuestra relación se convirtió en un silencio insoportable y prolongado, un simple transcurrir del tiempo. Aquí haré un aparte para decirte que no es mi intención causarte más daño del que nos hemos hecho con esta distancia, sino explicarte con mis propias palabras, sin intermediarios insidiosos ni recaderos de mal agüero, como los hubo siempre en la ciudad y los habrá todavía sin duda, el sinuoso derrotero por el que me ha llevado la vida desde entonces (llámalo si quieres y prefieres mala suerte, ya que siempre le echaste la culpa de todo al azar, que jamás estuvo de nuestro lado).

Sigo, en consecuencia, con mi relato. Ella (voy a omitir su nombre por razones personales), la madre de Pilar, con la que nunca llegué a contraer matrimonio como tú hubieras deseado y exigido, se destruyó a sí misma y destruyó la relación que ambos

habíamos construido hasta ese momento.

Recostada en su cama, inmóvil, contemplaba durante horas cualquier punto muerto, tan muerto como ella misma, en la pared blanca de la habitación o en la peinadora antigua que yo mismo compré en una venta de garaje de esas que abundan en los suburbios de este país.

La verdad sea dicha, su habitación (sí, mamá, dormimos en habitaciones separadas por decisión mía) era bastante oscura, pues por un descuido de mi parte, la pequeña ventana estaba cubierta por una cortina más bien delgada (que alguna vez fue blanca y luego se volvió de un extraño tono caqui), y en un principio permitía el paso velado de la luz del día, pero con el tiempo había sido conquistada lentamente por matorrales y ramas secas del montuoso jardín trasero de casa, una jungla reseca que le daba a esa habitación un aire opresivo. En fin, debo admitir que era bastante deprimente entrar allí, peor aún permanecer encerrado en esa habitación como hacía ella…

La descripción de su dormitorio la he incluido solo para que te hagas una idea del ambiente que me rodeaba entonces, algo que sin duda influyó en todo lo que pasó más adelante.

Cada día, por supuesto, yo iba a verla y le llevaba su comida, limpiaba un poco el dormitorio y trataba de que ella se aseara y se viera bien. Todo lo hacía con dedicación, madre mía, con verdadero amor y devoción, pero nada mejoraba nuestra relación.

Me resultaba desconcertante observar sus ojos grises, despojados de toda luz, muertos para mí y vivos en su interior solo para Pilar, para los recuerdos de la niña que era lo único a lo que nos aferrábamos ambos en la vida. En las pupilas de esa mujer, dos lagunas inertes, ondulaban la rabia, el odio y los reproches que me hacía en silencio. De todos modos, yo la atendía con la misma unción, con el mismo cariño, aunque era evidente que ella me despreciaba en silencio. Asumo que lo hacía porque de alguna forma yo seguía entero ante la adversidad que nos había impuesto la vida. También, quizás, me recriminaba porque no había logrado encontrar a la niña, porque todas las pistas, falsas o verdaderas, quién sabe, se habían borrado, diluido o extinguido con el tiempo.

A pesar de que la niña desapareció hace ocho años, su madre, en su estatismo, nunca dejó de mirarme de aquel modo extraño, amenazante, como si aquella desgracia hubiera sido mi culpa o

como si resintiera en su interior que yo no estuviera tan afectado como ella, que no hubiera quedado postrado por la impresión, sin habla, sin motricidad, sin ganas de seguir viviendo…

Como comprenderás, madre mía (y seguramente tú compartirás la misma opinión que yo), morir no era una opción en ese punto. Así se lo repetía cada día cuando le llevaba la comida, pero ella solo respondía con una mirada impertinente, agresiva, en total mutismo e indiferencia. Yo trataba de razonar para que se alimentara, para que mantuviera las fuerzas y se aferrara de algún modo a la vida. Le decía que Pilar bien podía aparecer en cualquier momento, que en muchas ocasiones los niños perdidos volvían a casa años después, décadas incluso, y que debíamos mantener la esperanza, mantenernos fuertes, juntos... Pero ella solo se limitaba a observarme con desprecio. En este punto es importante decirte que no quiero que guardes para ella ningún rencor, porque solo una madre (y tú lo sigues siendo aunque estemos lejos) puede comprender el impacto tremendo que significa perder a un hijo en las circunstancias que ambos sufrimos.

De alguna forma me resultaba comprensible su actitud de abandono ante la vida, pues la muerte es lo único que deseas ante una tragedia de esa magnitud, en especial cuando el tiempo de ausencia se extiende de forma irremediable hasta aplastarnos y convertirnos en un remedo de seres humanos, que es en lo que ella se convirtió, y yo también, mamá…

Pilar no había cumplido los cuatro años cuando desapareció. Han pasado ocho años desde entonces, creo que ya te lo dije antes. Recuerdo que ese día ella tenía puesto su vestido violeta y unos zapatos blancos de lazos lilas que yo le había comprado. Llevaba unas trenzas un poco chuecas (nunca logré hacérselas derechas). En fin, nadie vio salir a la niña del estacionamiento cubierto de aquel centro comercial. Nadie identificó al culpable ni al automóvil que, presuntamente, se llevó a mi pequeña. Era tan bella, madre mía, tan hermosa mi Pilar… Parecía una muñequita rubia de tez blanca y facciones divinas. ¡Te habrías vuelto loca con ella, mamá! Tenía un pequeño lunar ovalado debajo de su ojito derecho, una marca tan distintiva como graciosa. Seguramente Pilar lloró o intentó gritar cuando el secuestrador, en mi ausencia, la sacó de mi automóvil y se la llevó hasta el suyo, pues la niña tenía verdadero pavor de

personas extrañas. Te juro, madrecita, que solo la dejé un instante, unos pocos minutos que fue el tiempo que me tomó sacar dinero de un cajero automático en el supermercado del centro comercial. No había cámaras de seguridad en aquel estacionamiento, mamá, por eso nunca tuvimos indicios claros sobre el culpable. No hubo una sola pista de su secuestro, ni una sola…

Cuando Pilar desapareció, imprimí carteles con una foto en la que ella tenía un semblante triste, acentuado por esa mirada desangelada, igual a la de su madre. En este punto se hace necesario explicarte que Pilar era exacta a su madre, y que de mí no sacó nada, que era lo mismo que decía papá cuando me miraba, ¿te acuerdas?

En esos carteles, con letras muy grandes, sobre la cabecita rubia de Pilar, ponía muy claro: SE BUSCA, y debajo aparecía mi número de teléfono. La fotografía la tomé yo mismo un día en que la niña se encontraba jugando en la habitación de su madre. La sorprendí sentada en la alfombra a la que Pilar le había arrancado varios hilos de colores que luego su madre anudaba en largas tiras para hacer pulseras o collares con los que adornaba a nuestra pequeña. En la fotografía, la única que tenía a mano cuando hice los carteles, el lunar debajo de su ojo derecho no se veía con claridad, pues la imagen fue tomada desde el lado izquierdo de su carita. Quizás fue un error usar esa fotografía, lo admito, pero todo lo que dijo luego la familia de su madre sobre mí, madre mía, es tan infame, tan descarado y ruin, tan desagradable, madrecita, que no tuve más opción que alejarme de ella…

Ahora comprendes, madre querida, por qué no debes creer en ninguna de las habladurías y los chismes espantosos que llegarán a tus oídos de esas bocas malintencionadas de la ciudad, porque estoy convencido de que en cualquier momento alguien te irá con un chisme.

No creas en una sola de sus mentiras, ni en los hechos de los que se me acusa, ni en los lugares en que supuestamente me han visto, ni tampoco en las historias que esa gente perversa inventará solo para herirte, para herirnos a ambos.

Para tu tranquilidad, madrecita, soy un hombre que vuela libre, un hombre que conserva intactos sus sueños y anhelos, y aunque permaneceré lejos durante un buen tiempo, siempre te

tengo presente en mis recuerdos. Por ahora, la única razón que me aferra a la vida es encontrar a Pilar, madre mía, aunque debo confesarte que no tengo una sola pista por dónde empezar…

La única verdad es la que acabo de narrar en estas páginas, mamá. Cualquier otra cosa que te digan sobre mí son cuentos de gente enferma y malsana, gente que pretende evitar a toda costa que exponga al mundo mi vida entera, mi vida abierta como un libro… Sí, madre mía, por allí va en cambio la buena noticia que te tenía guardada, pues, aprovechando que ahora estoy en esta suerte de retiro voluntario, he decidido seguir los pasos de todos esos escritores que tanto admirabas cuando yo era un niño, cuando me contabas historias antes de dormir. Seré escritor, madrecita, y escribiré un libro para que te sientas muy orgullosa de mí y saques la cara por tu hijo frente a toda esa gentuza de la ciudad…

Ahora que las musas han resuelto quedarse a mi lado, ha llegado la hora de dejarte. Empezaré a escribir ese libro esta misma noche. Tu hijo que te adora.

AMADO

II
PILAR

Nunca había visto a mi hermano Ricardo tan alterado, tan abatido como esa noche cuando llegó a casa de su viaje. Lo esperábamos dos días antes, pero en otras ocasiones ya había sucedido que no aparecía el día anunciado. Mi marido y yo sospechábamos que debía tener una amante o alguna aventura pasajera, aunque nunca se lo preguntamos y él tampoco nos contaba nada acerca de su intimidad. Al final, Ricardo era un hombre adulto que podía hacer con su vida lo que quisiera, sobre todo después de lo que el pobre había pasado…

Pero, claro, nunca nos imaginamos que esta vez su desaparición tenía que ver con la tragedia que sufrió años atrás… Apenas abrí la puerta, pues él había extraviado sus llaves y debió tocar el timbre, Ricardo entró y se derrumbó en mis brazos. Lloró desconsolado mientras me abrazaba con una fuerza tremenda, como si estuviera a punto de caer en un abismo abierto bajo sus pies.

La vi, me dijo, *la vi, Carmen*, *pero no pude hacer nada, no pude recuperarla*… Yo intentaba tranquilizarlo, pero esa fuerza con la que me apretaba… Entonces llegó mi marido y se dio cuenta de que Ricardo me hacía daño. Nos separó y lo abrazó con fuerza. Respiré, aliviada. *La vi, cuñado, vi a Pilar, a mi niña*, nos dijo, y de pronto cayó al piso como si se tratara de una marioneta a la que su titiritero acababa de abandonar.

Cuando lo reanimamos, tras haberle administrado una dosis de Diazepam, Ricardo nos contó que había llegado unos días antes al aeropuerto de Miami. Esa misma tarde debía mantener una reunión importante de trabajo, pero lo que le sucedió mientras caminaba por el corredor que comunica las mangas del aeropuerto con la zona de inmigración trastocó todos sus planes. En uno de esos largos pasillos separados por un grueso cristal que divide a la gente que llega de la que se va, Ricardo creyó ver a su hija, Pilar, que desapareció hace más de diez años junto a su madre, Irene, en una tragedia que marcó desde entonces a toda nuestra familia. En el momento de la desaparición, la niña

acababa de cumplir dos años y mi cuñada treinta y uno.

La última vez que alguien las vio fue esa tarde de abril en que las perdimos para siempre. Una amiga de Irene, Mary, le dijo a la policía que se había saludado con ella en Walmart mientras hacían fila para pagar. Pilar, siempre inquieta, hizo un berrinche a su madre por un dulce que ella no le compró. Más tarde, en el estacionamiento exterior del supermercado, la seguridad encontró el auto de Irene con la cajuela abierta y las compras que acababan de hacer metidas todavía en el baúl. Nadie vio nada sospechoso. Las cámaras de seguridad del lugar se encontraban en mantenimiento aquel día y por esa razón no se pudo buscar ni la matrícula del vehículo en el que se las llevaron, ni una sola imagen que pudiera revelar, aunque fuera en sombras, el rostro o los rostros de los culpables. Los investigadores del caso, que aún se encuentra abierto, al principio nos dijeron sin dudar un instante que se trataba de un caso de secuestro, pero jamás recibimos una llamada pidiendo rescate y esa teoría se diluyó con el tiempo.

Desde entonces, Ricardo se convirtió en un espectro. Dejó su empresa en manos de los trabajadores, gente de su confianza que hizo lo posible por sostener el negocio como pudo, y se mudó a vivir con nosotros porque le resultó imposible volver a su casa repleta de recuerdos de su mujer y de su niña. Y de ahí en adelante, dedicó su vida a buscarlas deambulando como un loco por todo el país.

Hace pocos meses, resignado, decidió retomar su empresa de representaciones. Desde entonces mi marido y yo notamos un cambio en la actitud de Ricardo. Había recuperado su carácter extrovertido, su simpatía y el deseo de vivir, aunque aquel dolor insoportable, aquel luto no declarado ni comprobado, va siempre con él como una suerte de sombra que vela su rostro.

En todos estos años nunca escuchamos que Ricardo nos dijera que había visto a alguien parecido a Irene o a Pilar, por eso cuando llegó aquella tarde y nos contó lo que había sucedido en el aeropuerto de Miami, supimos de inmediato que era verdad, que la niña, acompañada de una pareja mayor y de otra niña más chica, se había cruzado con él del otro lado del corredor del aeropuerto, en uno de esos siniestros esquinazos del destino.

En su relato, pausado por efecto que hacía el Diazepam, Ricardo nos dijo que aquella niña venía en dirección contraria,

muy cerca del cristal que los separaba, distraída con un teléfono móvil o algún juego que llevaba en sus manos. Él la vio durante un segundo, quizás dos, pues se le había parecido a Irene en las fotos que ella tenía de cuando era niña, y se le heló la sangre apenas descubrió aquel singular lunar ovalado debajo de su ojito derecho, una marca de nacimiento que caracteriza a Pilar. No tenía una sola duda, a pesar del tiempo transcurrido, que además encajaba perfectamente con la edad de esa niña que debía estar entre doce o trece años, de que se trataba de su hija.

Se volvió loco. Golpeó el cristal y gritó su nombre, *Pilar, Pilar, hija*, mientras la gente que iba en su misma dirección lo miraba de modo extraño. Volvió a golpear el cristal y entonces la pareja que iba con ella, con nuestra Pilar, se interpuso entre la niña y Ricardo y la apartó hacia el otro lado del pasillo. La mujer, una señora esbelta de cabello rubio y gafas oscuras, sujetó a las dos niñas (¿¿¿sus hijas, sus nietas???) de las manos y siguió caminando en dirección a una de las puertas de embarque, mientras que el hombre, un tipo fornido de barba entrecana, que usaba una gorra de béisbol y unas gafas de cristales amarillos, le dio la espalda a Ricardo y se alejó rápidamente con las niñas y aquella mujer.

Ricardo, que para ese momento intentaba regresar por el pasillo, entre la gente que había llegado con él en ese vuelo, daba alaridos y golpeaba el cristal como un enajenado, hasta que sucedió lo que tenía que suceder, y es que de la nada, apareció un guardia de seguridad del aeropuerto y ante su actitud hostil, alterada, le dio una descarga brutal con una pistola eléctrica.

Ricardo recobró el conocimiento en una habitación sin ventanas, sobre un camastro de metal, temblando de frío por el aire acondicionado que bajaba desde las rejillas laterales del tumbado. Apenas se incorporó, dos hombres uniformados ingresaron en el cuarto. Sus movimientos eran exactos, lentos, precavidos, sujetando ambos el estuche del arma que llevaban en la cintura al lado derecho en posición de alerta.

Ricardo levantó sus brazos, temeroso. Acababa de emerger de un sueño extraño y doloroso. Sentía un cosquilleo por todo el cuerpo y aún no comprendía qué había sucedido. Los dos hombres le pidieron en inglés que se pusiera de pie y que se diera vuelta. Él obedeció. Cuando le colocaron las esposas en las muñecas cruzadas sobre su espalda, recordó recién que había

visto a Pilar, su hija, en uno de los pasillos del aeropuerto.

Las investigaciones, aclaraciones y su liberación sin cargos tomaron veinticuatro horas. Durante ese tiempo él permaneció en la zona de seguridad del aeropuerto. También durante ese tiempo, Pilar había desaparecido una vez más sin dejar rastro.

A pesar de que la policía federal acudió en su ayuda y recibió su denuncia sobre la presencia de Pilar en aquel aeropuerto, y a pesar de que los investigadores de Florida pudieron verificar que Ricardo había interpuesto diez años atrás una denuncia por la desaparición de su esposa y de su hija en Atlanta, Georgia, la búsqueda de los sospechosos y de su niña entre miles de pasajeros que pasaron aquel día por esas terminales, sin una sola idea cercana sobre la identidad de las personas que se la llevaron, se convirtió en una misión desesperantemente lenta.

Ricardo volvió a casa, deshecho, y no recuperó el ímpetu de los últimos tiempos ni renovó las ganas de vivir hasta que recibió en su móvil, seis meses después, aquella llamada de un agente federal que le pidió que se presentara inmediatamente en la comisaría de nuestra área, Buckhead, para reconocer a una persona que acababan de rescatar de una casa del barrio.

III
IRENE

Ellos piensan que no los escucho, que no comprendo lo que dicen, pero una parte de mi cerebro se encuentra intacta, muy a mi pesar.

Muchas veces finjo dormir y entonces los oigo susurrar a mi lado o incluso hablar en voz baja en el salón o en la cocina. Me tienen lástima.

A Ricardo le han caído los años encima. Parece un viejo, pero debe estar entrando a los cincuenta. Hago mis cálculos en silencio a partir de lo que ellos comentan. Hablan mucho de los diez años que transcurrieron desde que desaparecimos. Por tanto, yo debo tener ahora cuarenta o cuarenta y uno. Mi hija, Pilar, estaría cerca de los doce.

No sé en qué fecha estamos, no me lo han contado pues el último médico que me visitó dijo claramente que mi condición es irreversible. También comentó que en mi estado actual de postración es muy probable que viva poco tiempo. Mis órganos se empiezan a atrofiar, pronto fallarán. Eso me alegró mucho, por supuesto, aunque no pudiera demostrarlo.

Cuando me encontró la policía en esa casa, encerrada en aquella habitación mugrienta, lánguida, inerte, supuse que para Ricardo iba a ser una gran decepción descubrir
que Pilar ya no estaba conmigo y que yo ya no era la misma, que era una mujer incompleta, fallida…

Esta mañana, en el corredor, Ricardo le ha dicho a mi cuñada: *¿Cómo le explicaré que hace unos meses vi a Pilar y no pude hacer nada, que me fue imposible recuperarla?* Luego se ha puesto a llorar y ella ha cerrado la puerta de la habitación. Creo que también se me han escapado unas lágrimas, aunque a veces imagino que solo lloro por dentro y que en mi fachada sigo imperturbable, que no hay vida en mis ojos ni en mi rostro pues soy una muerta con signos vitales.

Esas palabras pronunciadas por Ricardo no me dejan en paz. *¿Cómo le explicaré que hace unos meses vi a Pilar y no pude hacer nada, que me fue imposible recuperarla?* Yo quisiera preguntar

también: ¿Dónde la viste, en qué circunstancias, por qué no pudiste rescatarla? Y luego, aferrándome a cualquier respuesta que deje un hilo visible, insistir: ¿Acaso aún tenemos esperanza de encontrar a nuestra hija?

Ricardo se quedó anoche durante un largo rato a mi lado. Fue cariñoso, como antes, como siempre había sido con nosotras. Me acarició el cabello y besó mi rostro. Es compasión lo que siente, sin duda, y curiosidad, obviamente, porque más allá de lo que le informó la policía cuando me rescataron, que aquel hombre se les escapó de las manos, él quisiera saberlo todo, comprenderlo todo, descubrirlo todo por mis propias palabras…

Imagino que se lo cuento mientras él toma mi mano y me contempla desde un costado que no me permite mirarlo. Le digo: Amor, al principio yo no sentía odio por él, sino más bien lástima. También sentía miedo, por supuesto, pero desde el día en que nos secuestró en aquel estacionamiento, jamás fue violento con nosotras. ¿El secuestro? No lo recuerdo, lo siento. No recuerdo nada de aquel día.

Él cobija mi mano entre las suyas. Esas manos grandes, ásperas, ahora me sostienen en esta vida. Sigo con mi relato: Era un demente, un hombre incompleto que pensaba formar una familia con nosotras. Supongo que, por esa razón, a pesar de las circunstancias, de nuestro encierro forzado, fue amable con ambas. Pero todo cambió esa noche en que no logré escapar de la oscuridad del sueño. Caí en un foso oscuro, silencioso. Nunca supe cuánto tiempo transcurrió hasta que comprendí que no estaba muerta, que solo se había desconectado una parte de mi cerebro y de mi cuerpo. Al principio me alertaron unos ruidos en la habitación, los pasos recios de aquel hombre en el tablón, el choque de cubiertos y el roce con la loza. No podía mover mis extremidades y tampoco tenía control sobre mí, pero escuchaba todo lo que sucedía a mi alrededor, y podía sorber el agua o el té que él me daba con una cucharita. Intentaba en vano hablar, preguntar dónde estaba mi hija, pero las palabras se quedaban atoradas en mi garganta.

Cuando abrí los ojos, Pilar ya no estaba allí. Él intentó explicármelo, me dijo que alguien la había robado en un centro comercial, incluso fingió que lloraba. Yo no le creía, pero no había forma de hacérselo saber. Empecé a odiarlo, pero estaba petrificada. Dependía de él para todo, incluso para morir que era

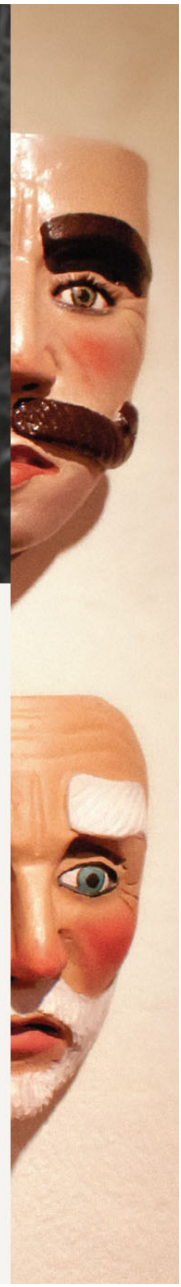
mi único anhelo

Desde entonces me alimentó, me aseó y limpió mis desechos adoptando siempre esa actitud de marido culpable. Estaba loco. Me mostró los carteles que hizo con la foto de Pilar, unos carteles que, según él, se encontraban en todas las calles de la ciudad. Pero yo sabía que todo era mentira, que todo aquello era una farsa y que ya no volvería a ver a mi hija.

Pasó mucho tiempo, no sé cuánto, hasta que un día alguien extraño abrió la puerta del sótano. La luz irrumpió de pronto. La silueta de un hombre armado, apuntándome, se recortó en el umbral. Dio unos pasos y detrás apareció otra silueta igual. Bajaron sus armas y se colocaron a los dos costados de la cama. Todo era confuso. Ellos me hablaban, pero yo no podía responderles. Me sacaron en una camilla, de modo que solo pude ver los tumbados altos con la pintura descascarada, los marcos de las puertas, desportillados, y luego el cielo limpio, y el aire helado que me acarició el rostro después de muchos años…

Ricardo llora mientras aprieta mi mano entre las suyas. Sus labios cálidos, ligeramente ásperos, se posan sobre el dorso de mi mano. Si pudiera sentir mi corazón se daría cuenta de que se ha acelerado. Alguien apaga la luz del dormitorio. La puerta se cierra. Ahora estamos solos los dos. Él me suelta la mano. Solloza. Me dice con la voz suave, *perdón, perdón*, *perdón, mi amor,* y entonces me cubre la cara con una almohada, primero lo hace con delicadeza, pero luego presiona con fuerza…

Tan solo alcanzo a pensar que lo amo, que es la única persona que haría esto por mí. Y mi último pensamiento es para ella, para mi Pilar, una niña hermosa que jamás me verá con lástima.



Todos guardamos algún secreto. Algunos veniales, simples vicios que nos avergüenzan; otros, en cambio, tan afilados como cuchillos, lo que los hace inconfesables.

Estos últimos son la carne de este libro de relatos, en los que Óscar Vela encontró una manera de conjurar los espectros que lo acechan desde hace más de 20 años: criminales, víctimas, dementes, proxenetas, infieles, locos enamorados.

Su profesión de abogado le ha permitido tener una cercanía especial con el dolor, la mentira y el horror. Su oficio como escritor le ha abierto la posibilidad de traducirlos en palabras y entender la literatura como un inmenso archivo del alma humana que a veces se atreve a desentrañar los secretos que ocultamos los seres humanos.

Y eso es lo que consigue en estas páginas, develar los verdaderos rostros que se esconden detrás de las máscaras que nos ponemos día a día para encarar al mundo. Los personajes de este libro reafirman el verso de un poema de Jorge Luis Borges: "Absuelto de las máscaras que he sido, seré en la muerte mi total olvido".

A E Autores Españoles
& I e Iberoamericanos